

La polilla en la casa del humo

GUILLEM LÓPEZ





Bienvenidos al pozo, una caverna insondable con mil galerías y túneles, fortalezas pétreas cerca de la superficie y barrios profundos de nichos cavados en la roca. Este es el escenario, brutal y despiadado, en el que habita Veintiuno, un joven que pasa las horas envuelto en una nube de bok en la casa del humo, desde donde interpreta sus posibles destinos: entregar su cuerpo al dios de la mecánica y ser útil en una excavación sin fin, convertirse en un paria o, finalmente, ascender a través de los bajos fondos, pero deberá pagar un alto precio por medrar.

Premio Ignotus 2017 (Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror) en la categoría de mejor novela

Premio Spirit of Dedication 2016 (European Science Fiction Society) en la categoría de mejor autor

Guillem López

La polilla en la casa del humo



Título original: *La polilla en la casa del humo*
Guillem López, 2016

Revisión: 1.0
08/06/2019

*Lo mejor que puedes hacer, cuando estás en este mundo,
es salir de él Loco o no, con miedo o sin él.*

LOUIS-FERDINAND CÉLINE
Viaje al fin de la noche.

*Hogar, hogar... Unos pocos cuartitos, superpoblados por
un hombre, una mujer periódicamente embarazada y una
turbamulta de niños y niñas de todas las edades. Sin aire,
sin espacio; una prisión no esterilizada; oscuridad,
enfermedades y malos olores.*

ALDOUS HUXLEY
Un mundo feliz.

*Me gusta jugar con palabras, me gusta soñar. Pero ¿sabes
lo que realmente deseo? ¡Que os vayáis todos al diablo!*

FIÓDOR M. DOSTOIEVSKI
Memorias del subsuelo.



Este es el trato. Yo contaré mi historia, la de verdad, y vosotros la escucharéis os guste o no, porque hablaré de drogas y marginados, de sexo, violencia y muerte. Seguro que sabéis a qué me refiero. Ese impulso tan jodido cuando te dicen: no mires abajo, pero lo haces, miras y cuando sientes el vértigo ya es demasiado tarde. Así son las cosas. Vivimos en un abismo con mil galerías y túneles. Es oscuro, húmedo y maloliente. Podéis imaginarlo si cerráis los ojos. Bienvenidos al pozo. Alguien me contó que, hace tiempo, los hombres y mujeres de la superficie se pusieron a cavar como locos, tan profundo que dejaron atrás el infierno. ¿Quién sabe por qué lo hicieron? Lo importante es que así nació el pozo y a eso nos dedicamos: a abrir minas y pasadizos sin parar. Quizá, cuando todo acabe, os reconozcáis entre la multitud que me mira horrorizada y señala con el dedo. La verdad, cuento con ello, sois mi última esperanza. Por el momento, y como en las buenas historias, no comenzaré por el principio, sino tres días después.

Me encontré sin trabajo. Había dejado el único empleo por el que alguien se dignaba a pagarme y lo hice sin plan previo o idea alguna de lo que venía a continuación. Pasé esos tres días borracho y colocado, quemando mis pocos ahorros. Cuando desperté en mi nicho, comido por las pulgas y asaltado por las pesadillas, decidí que podía comenzar a preocuparme. Solo me quedaba calderilla, los tobillos despellejados, dos llagas bajo la lengua y el recuerdo de un sueño horrible: estaba en mi puesto de trabajo y me empalmaba de tal manera que Gorro, mi capataz, se ofrecía a chuparme la polla. En ese momento comenzaba una lucha terrible en la que él se abalanzaba sobre mí con la boca abierta y yo intentaba pararlo por todos los medios. Horroroso. En parte porque no pensaba regresar a la cantera ni aunque ese desgraciado se aplicase con todo su empeño en mi manubrio.

Al contacto con el suelo, un estremecimiento helado me mordió los pies

descalzos. La cueva apestaba al sebo tibio de las velas y a sudor rancio. Todos habían salido ya; solo quedaban las moscas, zumbando sobre los restos del desayuno. Me asomé a la gruta principal y topé con un grupo de mineros *koher*. Quinqués de aceite destellaban en sus cascos. Las articulaciones hidráulicas silbaban a cada paso. El hollín camuflaba sus cicatrices y también las juntas y las grapas que unían carne y metal. *Ahí va mi futuro*, pensé. Excavar y morir, ese era el pronóstico para todos.

—Capullo. —Escuché tras de mí la aflautada voz de Ancas, mi una hermana—. ¿No tendrías que estar trabajando?

Al volverme la descubrí entre las sombras. Su cuerpo escuálido, apenas cubierto por harapos.

—¿Y tú? —respondí.

Ella se limitó a sacar la lengua, morada, casi azul. Después se escurrió tras la cortina de su nicho.

—Que te folien —mascullé.

Los mineros desaparecieron en la gruta. Las lámparas iluminaban el túnel con una sucesión de burbujas doradas. En la distancia, la profundidad ululaba un aliento que apestaba a humedad y azufre. Me apoyé en la baranda y miré abajo. Había un resplandor lejano y el latir de los hornos y las máquinas se sentía en los huesos. Al momento, llegaron los alaridos de los sacerdotes y sus alabanzas y, tras ellos, chasquidos de látigo y golpes de campana. *Ahí va mi futuro*. En ocasiones me imaginaba en unos años, embutido en uno de esos *mecatactos*, con la piel cosida a las planchas de metal remachado, un motor rugiendo entre las piernas y las válvulas y los escapes de sudor en la espalda. Era inevitable. No faltaba mucho para ser arrastrado al templo y convertido en un hombre, bendecir mis partes nuevas y quemar despojos de carne y grasa en nombre del dios de la mecánica. Así funcionan las cosas en el pozo, donde no hay otra luz que no sea la de los hornos ni más sonido que el repicar de las cadenas.

—Un padre te matará cuando se entere de que no vas a trabajar. —Escuché la voz de Ancas de nuevo.

Di media vuelta y le enseñé los dientes. Joder, cómo la odiaba.



Dediqué los últimos cuatro ciclos de mi vida a picar grava. Eramos tan jóvenes que nos daban un martillo pequeño, casi un juguete. Te sentabas en el suelo, junto a un montón de cantos rodados y los desmenuzabas, tan pequeños como fuese posible. Después venía Gorro, el capataz, los barría a su capazo y transportaba el polvillo resultante al silo. Todavía hoy, no consigo imaginar el propósito de todo aquello. Gorro era un idiota tan jorobado que no podía levantar la cabeza. Pero ahí estaba, de capataz; vaya ironía. Se lo tomaba muy en serio. Si no le gustaba tu trabajo o no le parecían suficientemente pequeños los guijarros se quitaba el gorro de lana y te daba con él. A veces también utilizaba una fina varilla de metal para fustigarnos, aunque casi nunca lo hacía. Los chiquillos solíamos reír con sus amenazas y su voz áspera. Desde la distancia, he descubierto que no era un mal capataz y que utilizaba su idiotez como refugio. ¿Qué será de él? ¿Morirá de la misma forma en que vivió? Hay muchas preguntas sin respuesta aquí abajo. Es fácil caer en sus trampas, porque una vez comienzas a pensar demasiado, te cargas de especulaciones y acabas en otra parte; hurgas adentro de la misma forma en que los mineros excavan la roca y ¿qué encuentras?: otra pregunta y la culpa. En mi caso, hablo del retrasado de Gorro sin resentimiento, quizá con un poco de envidia.

Fue mi segundo fracaso en el mundo laboral. Cuando no era más que un retaco mocosito me dedicaba a pelar ratas para el Prelado de la gruta norte. Corría el rumor de que el sacerdote sentía predilección por los niños jóvenes. Yo nunca tuve ningún problema, pero Yello, que era un ciclo menor que yo, se lanzó de cabeza al pozo principal un buen día, sin motivo aparente. Nadie preguntó por qué lo hizo. Yo me largué poco después. Estaba harto de pelar ratas. Picar piedra era igual de aburrido y pagaban mejor. Claro que la paciencia no es una de mis virtudes. Ancas llevaba razón. Un padre me mataría cuando se enterase de que había dejado el trabajo.

*

Disimulé en mi nicho hasta que todos salieron. No era la primera vez que lo hacía. Cuando una madre vivía, esperaba entre las mantas cada nueva jornada. No sé por qué. Mi imagen la enternecía y se quedaba allí plantada, mirándome en silencio con su ojo sano. Recuerdo algunas cosas más de ella, pero no voy a explicarlas ahora; tampoco más adelante. No soy de esos. Con un padre era diferente. Le importaba una mierda lo que yo hiciese. Era responsabilidad mía. Sin trabajo no había sueldo y cuando llegase el final de semana y no aportase un mísero cristal al presupuesto familiar comenzaría la hora de las explicaciones.

Husmé los restos del desayuno de un padre y unos hermanos. Mendrugos de pan mohoso, huesos que chupar y un par de tragos de vino. No habían dejado mucho. Tras la cortina, escuché a Ancas sorber. Aparté la lona de un fuerte tirón y la sorprendí con medio tazón de gachas frías. Ella bufó como una *arañagato* cuando intenté quitárselo y se resistió con uñas y dientes, pero no pudo hacer nada.

Lloriqueó en un rincón mientras yo lamía el interior del cuenco. Después se acurrucó a mis pies. Una cresta huesuda deformaba la piel de su espalda. No quedaba mucho que rebañar, así que acabó chupando mis dedos sucios. Lo hizo con obsesión ciega, como un niño de teta. Renunció poco después y, sin mirarme, regresó a su nicho y corrió la cortina.

*

La gruta se desperezaba. Hombres y mujeres infectaban la tierra y sus cuerpos demacrados vibraban en las sombras. Larga vida a los devoradores de la piedra. Pronto, una multitud harapienta circularía arriba y abajo por galerías y túneles. Había superpoblación de hambre, piojos y miseria

arrastrada con resignación de una parte a otra. Era patético. Una legión de cadáveres andantes dispuestos a trabajar hasta caer exhaustos por una mísera paga y un lugar en el que dormir a buen recaudo. Yo era diferente. Quiero pensar que era diferente y por eso dejé el trabajo. Tenía que hacer algo, pero ¿qué? Supongo que esa es la gran pregunta aquí abajo: ¿qué hacer con tu vida? ¿Qué hacer con ese pedazo de tiempo que resta entre que te sacan del cubo y hasta que te arrojan al pozo del reciclaje? Preguntas, el veneno de las preguntas. Y yo sin trabajo y sin ideas; cabreado todo el tiempo; aburrido y cabreado.

Mis devaneos intelectuales fueron interrumpidos por Uñas, un viejo danzarín que desplegaba un paraguas sobre su cabeza. Quién sabe de dónde lo había sacado. Se rumoreaba que alguien lo trajo de la superficie. Él solía atribuirlo a una herencia, aunque también dijo que lo encontró en las fauces de un cocodrilo muerto. Nadie hacía mucho caso. Estaba loco. Había unos cuantos colgados en el pozo. Cada uno con su marca personal. Uñas tenía un paraguas; Tuerto Tres se pintaba el cuerpo con tiza; Meloso se acompañaba por *Flor*, una rata negra que transportaba en un bolso de piel; Maná, un tambor de hojalata; y así un iluminado por cada galería. Quizá esa era la mejor solución posible aquí abajo. Es algo que descubrí hace tiempo. Uñas vivía mejor que todos nosotros. Se reía de sí mismo y de los demás; de los sacerdotes, los guardias y sus bastonazos; de los mineros y constructores, los cirujanos y las bandas de vampiros; se reía de todo, aunque había algo taciturno en ello. A veces apostaba conmigo cuándo lo encontrarían con su paraguas de papel metido en el culo.

—¡Joven! —dijo al llegar a mi altura—. ¡Joven de juventud eterna!

Yo no respondí. No era necesario. Las palabras no significaban nada para Uñas. Así que chasqueó los dedos dos veces y continuó su camino, cantando y bailando.

—La araña tiene patas de sobra —canturreaba—. Es una suerte si te quedas coja. ¡Tralarala!

*

Hace tiempo, Gago, uno de los hermanos que vive en nuestra cueva, me contó una historia sobre Uñas. Dijo que había sido sacerdote del dios mecánico, que vivió en la superficie, en una pirámide de piedra y que había volado en máquinas aladas, como murciélagos de metal y madera. Eso explicaría su cuerpo sin modificaciones, sin un solo cable o circuito, incluso con ojos reales y no prismas multifocales como los vendedores de *bas*.

Gago me explicó que Uñas había enloquecido cuando el mundo de la superficie se derrumbó como una galería de arcilla y todo se vino abajo. Que su cielo infinito se contaminó y que los hombres de piel tostada se mataron los unos a los otros. Uñas escapó al submundo, con nosotros. ¿Por qué haría eso? ¿Quién en su sano juicio viviría por propia voluntad en el pozo?

No hay que dar demasiada veracidad a las fantasías de Gago. En parte porque todavía enviamos cristales y azufre y demás mierdas de las profundidades a la superficie. Alguien compra, aunque nosotros no olemos el beneficio de ese sucio negocio. También porque, como cada tarde, Gago apestaba a leche agria y sus dientes se veían tan podridos como los de un adicto al *bas*. Y porque es un maldito hijo de puta y no olvido cuando él y los otros unos hermanos me metieron en un barril de brea y la fiebre casi me lleva por delante. Por mí podía cantar todas las alabanzas del mundo, perder las manos con su *mecapercutor* o el culo en alguno de esos pasadizos que frecuentaba para conseguir hongos.

*

Quiero dejar una cosa clara: una familia me quiere y yo los quiero a ellos. Es nuestro vínculo sagrado. Los sacerdotes de la mecánica bendicen la familia. Somos la primera piedra sobre la que se construyó el pozo. Todo se sustenta en la familia y el vínculo. Un padre, una madre y unos hijos en propiedad, en un nicho privado, tras una cortina, royendo los huesos del puchero. A veces, cuando suena la campana del descanso, es lo único que se escucha en el pozo. Dientes cariados que roen, sorbos al tuétano de la miseria. *Metesaca, metesaca*, pincha y corta. Es un murmullo extraño, como de

termitero insomne.

Cada uno aporta a una familia lo que puede y recibe lo que puede coger. Así te preparan para la vida real. Un padre y unos hermanos son adultos. Ancas y yo todavía no. Sus cuerpos ya no son lo que fueron alguna vez. Han sustituido piezas y elementos por órganos mecánicos que los monjes fabrican con basura y chatarra inservible. Son útiles y trabajan bien. Unos pocos ciclos más y acabarán convertidos en *mecatacts*, especialmente Hugo. Es un auténtico creyente. Ha sido elegido picador y excavador de primer grado dos veces consecutivas. Recuerdo la ceremonia en el templo. Toda la una familia fue invitada y nos sentamos en las primeras filas. La multitud observaba en silencio y se apelotonaba tras las rejas. Nadie quería perderse detalle. Los siete elegidos fueron ungidos en aceites y entonaron los cánticos. Una docena de monjes redoblaban en tambores de lata de todos los tamaños. El *Pater* les hizo jurar sobre *el Manual* antes de cosechar sus ofrendas con bisturís y herramientas de buena manufactura. Hugo entregó la lengua. Estalló una euforia repentina cuando el cirujano enseñó a la multitud aquella lamprea sanguinolenta. Joder, era enorme. Gago se volvió y, superponiéndose al griterío, dijo que una madre habría estado orgullosa. Un padre y yo no añadimos nada. Supongo que ambos sabíamos que eso no era cierto.

Mi relación con una familia consiste en un juego interminable en el que yo me oculto y ellos no me buscan. Los monjes dicen que es cosa de la edad, que pasa cuando te acercas al momento en que te convierten en adulto. No sé si es cierto. La verdad es que evito cruzarme en su camino. Un padre ya no habla nunca. A veces sueño con su voz, aunque es posible que mi imaginación vaya por libre porque no recuerdo la última vez que habló. A pesar de todo, es un buen creyente. Ha consagrado su vida y la de una familia al dios de la mecánica. Quizá ahora se arrepiente. ¿Quién puede saberlo? Lo que es seguro es que ya nada le importa lo suficiente como para abrir la boca. Es como un trozo de carne con cables y soldaduras. Pase lo que pase, se lo tiene merecido.

*

En esos días, descubrí que no era el único desempleado ocioso del pozo. Tras la marea desnutrida aparecían los vagos y también los que no eran viejos ni jóvenes y no los quería nadie. Hombres y mujeres que no hicieron sus ceremonias quirúrgicas y vagabundeaban con su cuerpo original, sin modificar. Ya era tarde para ellos. A su edad, la carne no acepta los implantes ni las conexiones del *mecatacto*. No sé por qué es así, pero es algo que todo el mundo sabe. Podrían sustituir sus piernas y sus ojos casi ciegos, pero no serviría de nada. Son inútiles al sistema. Así que se dedican a esperar la muerte. Sentados en las pasarelas colgantes o en los corredores estrechos, mascando hongos, fumando y bebiendo leche agria. Solo esperan, como yo.

Hubo un tiempo en que me esforzaba por morir lo más rápido posible. Buscaba pelea en cualquier parte, con los monstruos más horrendos y peligrosos que pudiese echarme a la cara. Así perdí dos dientes, tengo un bulto extraño entre las costillas, y apenas puedo cerrar el puño izquierdo debido a un tajo de cuchillo. Esa inquietud se ha diluido con el paso de los ciclos. Como a los hombres y mujeres de mediana edad. Al fin y al cabo, es cuestión de tiempo. Ellos alcanzarán antes su objetivo. Matemática del pesimismo.

Fuese lo que fuese, había pasado los últimos tres días observando a todos esos hombres y mujeres que no dejan huella al caminar. Supongo que evaluaba posibilidades. ¿Podría convertirme en uno de ellos? Quizá si evitaba por todos los medios la ceremonia que me convertiría en un adulto; si escapaba de la cueva y desaparecía para siempre jamás; si ponía tierra y piedra de por medio y encendía la ira de los sacerdotes con mi fuga. El pozo era un laberinto de galerías y pasadizos. Podría escabullirme en la noche y convertirme en otro Uñas. Él tampoco tenía implantes y conservaba manos y ojos lechosos y también la polla entre las piernas. Huir sin salir de las profundidades, marginarse entre los marginados. Solo necesitaba un plan y este vino a mí.

*

Iba camino de la casa del humo cuando encontré a Pocho. Llegaba por la

cuesta de la galería siete y caminaba de esa forma desgarrada, tropezando con su propia sombra. Los faroles dibujaban burbujas de gas azul que se reflejaban en su calva. Pocho nació el mismo ciclo que yo, aunque tenía la apariencia de un anciano con disentería. Creo que nunca ganó una pelea. Otros se encargaron de ganarlas por él. Era un miserable cobarde con amistades. Trabajaba como aguador de los matones de Papi Piskos, el dueño de todos los negocios y trapicheos en el pozo, desde el tráfico de *savia* hasta el control de los topes que te llevaban a la superficie por un riñón y unas cuantas mamadas.

—Veintiuno —dijo al verme con una especie de sorpresa incómoda—, fuera de mi camino. Más te vale no molestarme.

Yo ni siquiera me detuve y pasé a su lado. Él se lanzó contra el muro, ocultando las manos a la espalda. Eso fue lo que me hizo volverme.

—¿Qué tienes ahí, Pocho? —lo interrogué y sonreí de forma demasiado perspicaz.

—Nada que te interese —respondió con la boca pequeña mientras trataba de escabullirse. Descubrí sus ojos ebrios y la saliva seca en la comisura de su boca. Manchas de vómito, la nariz irritada.

—¿Qué celebras? —pregunté.

—Día de cobro —respondió él—. ¿Acaso no lo sabes?

—Pocho, Pocho... —musité con una cantinela—. No puedes engañarme.

—¿No?

—Has hecho algo malo, ¿verdad? —dije—. Se te nota en la mirada.

—¿Sí? —estaba aterrorizado.

—Dime que no te has metido a chapero. —Lancé un puñetazo a su hombro—. Tienes un gran futuro por delante.

Arrugó la boca y mostró aquel panorama devastado por las caries y las palizas. Dio un paso atrás y se escabulló. Un cristal de ámbar de tres puntas tintineó en el suelo. Él pareció ignorarlo. Lo observé desde el rabillo del ojo. Su piel manchada, el pelo hirsuto como el de un cadáver andante. Si fuese cirujano hubiese dicho que Pocho había muerto tiempo atrás, que alguien lo acuchilló en una gruta de comeculos o que se quedó tieso tras una ingestión de hongos, que lo encontraron en su nicho, seco como un filete de pescado en salazón. Con la distancia se sintió seguro y el orgullo le pudo.

—No tienes ni idea, Veintiuno —dijo como quien paladea un escupitajo—.

Yo también puedo dar buenos golpes.

Estallé en una carcajada y lo señalé de pies a cabeza, repasando toda su colección de asimetrías y enfermedades. Aquello lo indignó todavía más y exclamó.

—¡Es un asunto importante! —insistió—. Un asunto de primera, ¿sabes?

—No me digas.

—Sí. ¿Qué pasa? ¿No me crees?

—Sí, claro. Lo que tú digas, Pocho.

Me volví sobre el hombro, como si alguien me estuviese esperando. Abrió los ojos, ofendido y enajenado. Los labios hinchados, vibrantes como gusanos. En ese momento me asaltó la duda. Quizá tuviese razón, quizá por una vez había hecho algo importante, algo que mereciese la pena.

—¿Qué ocurre, Pocho?

Entonces trató de ocultar lo que fuese, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué tienes ahí, Pocho?

—Vete a la mierda.

—Vamos, déjame verlo.

—Ahora ya no. Te vas a tragar tus palabras.

—Joder, Pocho...

—Y me vas a chupar la polla. Algún día todos vosotros me chuparéis la polla.

—Pocho —dije, casi con resignación feliz—, tú no tienes polla.

—¡Vete a la mierda! —aulló y me apuntó con su dedo huesudo—. ¡Idos todos a la mierda!

Dio media vuelta y desapareció al trote, con su cojera, su sarna y sus locuras a cuestas. Lo despedí con una carcajada breve que se diluyó en la gruta con la misma rapidez que el tullido de Pocho. Recogí el cristal que se le había caído y decidí gastarlo en algo útil.

*

En la casa del humo todos somos iguales. La mayoría como yo: sin un

oficio, ocultos de sus mayores, de las obligaciones de una familia o un contrato de esclavitud. En realidad, no era más que un lugar en que pasar de todo y fumar *bok* a un precio aceptable. El paso del tiempo se suavizaba, convertido en un tobogán de algodón, como la capa de los sacerdotes con galones o los cojines sobre los que duerme y folla el prefecto. A veces pensaba en eso; fumaba e imaginaba al prefecto y sus perros falderos y en todas las putas que los rodean, en la *savia* que esnifan y en todo eso que tienen y que nosotros no podemos alcanzar ni en sueños. Pero, por encima de todo, me imaginaba durmiendo sobre un montón de almohadones de raso, de seda, de todas esas telas brillantes que traen de la superficie. Después me pagaba otra pipa de *bok* y lo olvidaba todo. Soñar en la casa del humo tenía su precio. Aunque eran sueños de mierda que se esfumaban demasiado rápido. Somos tan miserables que ni soñar sobrios nos está permitido.

*

Acababa de encender mi segunda pipa cuando llegó Lazo. Me espabilé al escuchar su voz. La chusma al completo lo saludó con alegría y él estrechó muchas manos. Lazo era un líder natural. Todo lo contrario a mí. Yo puedo pasar desapercibido, pero él tiene luz propia, como una jodida *chispavuela*. En ocasiones, al ver la adulación babosa de esa panda de drogadictos, me preguntaba qué hacía él en la casa del humo, por qué no estaba en el harén de algún burócrata o había ingresado tiempo atrás en el seminario. Era evidente que no encajaba allí, entre nosotros.

Alto y moreno, con todo el pelo. Delgado, pero no desnutrido. Conservaba todos los dientes y, además, los tenía limpios. La piel clara, aunque no enfermiza, y vestía con sacos teñidos, sin remiendos ni manchas de aceite. Todos lo admiraban, incluido yo, a pesar de que no tengo muy claro el origen de mi admiración. ¿Y la de los otros? No eran más que un hatajo de drogatas serviles que solían bajar la cerviz ante cualquiera que pareciese mejor que ellos. De todas formas, Lazo había sabido montárselo bien y lo mantenían un par de amantes bien posicionados. Se tiraba a un sacerdote y también eran

conocidas sus visitas a las galerías cercanas a la prefectura. Por mi parte, lo veía como a un igual, alguien con quien hubiese podido compartir propósitos.

Se acuclilló al otro lado y dio un par de caladas a la pipa que alguien le ofrecía. Yo sonreí y él respondió con el mismo gesto. No éramos amigos en el sentido de amigos hasta la muerte. Hablamos muchas veces sobre cualquier cosa, nos reímos de algunos chistes, compartimos sueños irrealizables. Así es como funciona en la casa del humo, pero nadie es colega de nadie. Con Lazo era diferente. Yo sabía que le gustaba, podía verlo en su mirada, en la cadencia de su voz. No era cuestión de compasión o condescendencia. Había un respeto lejano. Quizá porque percibía en mí algo especial, algo que me hacía destacar entre aquella morralla humana.

Eramos gente extraña. A veces, las conversaciones se animaban y pasábamos del silencio a una algarabía confusa. Hablábamos de las voladuras en el pozo principal o de algún minero al que se le iba la cabeza y mataba a toda su una familia tras la última campana. Era algo que ocurría a menudo. Solo cambiaban los nombres y el lugar. Alguien se saltaba las normas y acuchillaba a un hijo o una madre y después se lanzaba de cabeza al pozo o se entregaba a los sacerdotes que lo crucificaban como ejemplo del mal ejemplo; por sus pecados los castigaban, por perder días de trabajo, faltar a la mina y matar a futuros *mecatactos*.

Así eran los días en la casa del humo. Encendíamos otra pipa y olvidábamos todo lo dicho. Hay, en la esencia del vicio, en todo ese placer omnipresente e inmediato, un impulso irrefrenable hacia la muerte. Una sensación vertiginosa que te empuja hacia ese epitafio común en todos nosotros, en esa última frase: *¿porqué no?* El que no ha sentido alguna vez la seducción de la muerte, no sabe lo que es vivir.

*

Tenía la cabeza en otra parte. No estaba escuchando. Descubrí que Ñam, sentado a mi derecha, me miraba fijamente, esperando una respuesta. *¿Has dicho algo?* Resopló y vi la paciencia y el hastío en sus ojos, a partes iguales,

cogidos de la mano. Nam sí era un buen amigo y perdonaba mi falta de atención. Sabía que no era personal.

Nos conocíamos desde hace quién sabe cuántos ciclos. Me gustaría pensar que desde niños, pero soy incapaz de recordar nada de aquella época. Así que podría ser verdad que nos criamos juntos; que escapamos del colegio en mil ocasiones para fumar a escondidas y hacernos pajas en grupo; espiamos a su una hermana follar con un desconocido; juntos vimos nuestro primer cadáver: un adicto cuyo cuerpo estuvo tendido en una gruta mal iluminada hasta que se hinchó como un balón azul y le tiramos piedras; una vez le confesé mi amor y nos dimos un beso. O podría ser mentira. Todo falso. Era un buen amigo. Esperé mi respuesta, pero yo no recordaba de qué estábamos hablando. Entonces desistió y acercó la lumbre a la cazoleta de la pipa. Regresaba el silencio. ¿Cuánto tiempo? Y después, como una erupción, la charla, en forma de monólogo vomitado a los pies.

*

Estaba pensando en una cosa. He visto a Pocho y ¿sabes lo que me ha dicho? ¿Lo sabes? Que tiene un asunto entre manos. Pocho. Algo grande y... no, no lo digo yo, fue él, que es algo grande, que... algo grande. ¿Puedes creerlo? El muy...

Y yo me he acordado de... ¿Te acuerdas de aquel piel gris que dormía en una madriguera junto al colector del túnel treinta y seis be? ¿Te acuerdas? Tenía, joder, tenía los ojos tan hinchados como un *chupasangres* y dormía hecho un ovillo de huesos y pellejo. Puto gris. ¿Te acuerdas? Bueno, no sé si dormía porque tan solo estaba allí arriba, en su agujero, mirando a todos pasar. Dicen que encontraron en su nicho cristales suficientes para dejar el pozo. ¿Lo sabías? Joder, ¿cómo es eso posible? Quiero decir, ¿cómo es posible? Ese gris no era más que una rata de túnel y., ¿qué fue de él? ¿Lo reciclaron? Seguro que sí. Y todos esos cristales, acabaron en manos de Papi Piskos y sus sicarios. Eso es lo que ocurrió. Es verdad, no me mires así. ¿He levantado mucho la voz? Dime si levanto la voz. A veces, cuando fumo,

levanto la voz. Te juro que es la verdad. ¿De dónde sacó aquellos cristales? Joder. Tenía una fortuna en su nicho y dormía sobre ella. ¿Te acuerdas? No era más que un mierda, un tío raro. Y estaba forrado.

Creo que Pocho va a ser nuestro próximo tío raro con un montón de cristales en su nicho. ¿Te hace gracia? Tengo una corazonada, Ñam. Algo me dice que es verdad.

*

—¿El qué?

—Si Pocho tuviese toda esa fortuna.

—Pero ¿qué dices?

—¿Y si fuera verdad? ¿Y si fuera todo verdad?

—No lo es, Veintiuno, no es verdad.

—Pero, ¿y si lo fuera?

—Tío, déjalo ya. No sigas con tus historias.

—Escúchame, Ñam. Lo he visto.

—¿El qué?

—Pocho me lo ocultó, pero pude verlo. Era un saco de cristales. Creo que era un saco de cristales.

—¿Crees?

—Lo vi. Un saco enorme.

—Y ¿de dónde va a sacar Pocho tanto cristal?

—Dijo que se traía algo entre manos.

—Y qué. ¿Hablamos del mismo Pocho?

—Quizá dio un palo y estafó a alguien.

—Sí, ¿quién se iba a dejar robar por Pocho?

—Papi Pizkos.

—Joder...

—Lo estás planteando mal, Ñam. La pregunta es: ¿quién tiene esa cantidad de cristales al alcance de Pocho?

—No puede ser.

—Ha metido la mano en la caja del puto Papi Piszkos, Ñam. —Pues está jodido. Jodido de verdad.

—Vamos a por él, Ñam.

—¿Qué dices?

—Vamos a por él. Lo machacamos y nos lo quedamos todo. Tú y yo, Ñam. Tú y yo.

—Estás loco. ¿Pocho ha robado a Piszkos y quieres que nos metamos por medio? Estás loco.

—Me lo acabo de inventar.

—¿Es mentira? Joder, Veintiuno, para ya.

—¿Tú qué opinas?

—¿Qué opino? Pero si es mentira. Solo cuentas mentiras.

—Ñam, escucha, quizá no lo sea.

—¿Lo has inventado o no?

—No lo sé. ¿Tú qué crees? ¿Es mentira?

—Tío, no me cuentes estas cosas. Prefiero no saberlo.

—Si fuese cierto... Joder, si fuese cierto.

—Veintiuno, no juegues con eso.

—Hazte otra pipa.

—Has fumado demasiado.

—Hazte otra pipa, joder. ¡Eh! Ahí está otra vez. ¿Lo escuchas?

—¿El qué?

—Escucha, joder. ¿Lo oyes?

—Son las máquinas, tío, solo son las máquinas.

—No, no son máquinas, Ñam. Son bebés, son bebés llorando, están... están agonizando, joder, están casi muertos. Bebés, bebés que salen del coño. ¿Lo entiendes? Salen del coño, joder, del coño.

*

Cuando alcanzas la edad te convierten en algo útil. Hasta ese momento eres una idea, un proyecto. Sobrevives en las grutas, te defiendes de las

violaciones y los abusos. Eso te curte, te hace duro por fuera. Pero hay un tiempo, una frontera difusa en la que ya no eres un crío, ni lo suficientemente adulto como para aguantar las amputaciones y los implantes del *mecatacto*. En ese lapso eres otra cosa: algo que no es carne ni hueso, a pesar de que sangra; que no tiene una verga ni un chocho, pero folla; que mata de una cuchillada en el cuello o muere si le aplastan la cabeza; alguien que no existe, aunque se arrastra oculto en la mugre. Somos eso sin nombre. Más que niños y menos que adultos. Salvajes. Alimañas de los túneles que roban los huevos de las serpientes. Somos todo lo que ellos no se atreven a mostrar en público. Somos su miedo. Aquello que prefieren olvidar: la vergüenza ajena, las excusas de unos padres y unas madres, los pecados del hierro y el fuego. Somos tan jóvenes que no tenemos recuerdos propios y queremos destruirlo todo, pero no sabemos por dónde empezar.

*

Aquel día, cuando salí de la casa del humo, mientras mis pensamientos todavía divagaban en las brumas de la droga, me di de bruces con los sacerdotes que lanzan alabanzas al dios de la mecánica y arengan a los que regresan del trabajo. Una veintena de chiquillos zumbaban a su alrededor. Larvas danzarinas en torno a un púlpito.

—¡Bien hecho! ¡Seguid así! ¡Bien hecho!

Hombres y mujeres erosionados por el cansancio y la modificación corporal. Las piezas cambiadas de sitio, en un rompecabezas imposible. Válvulas y pistones eran la única melodía de la multitud. Regresaban a los nichos, algunos a comer y cargar las baterías, otros a beber *bas* y dejar pasar el tiempo, a buscar consuelo en la doctrina de los funcionarios. Más tarde, al apagar las luces, el pozo descansaría de la misma forma en que lo hace una rata gorda que murmura su digestión de malos sueños.

Unas pocas horas después, esos mismos sacerdotes celebrarían entusiasmados el regreso al trabajo, dando campanazos.

—¡Vamos! ¡Ánimo! —gritaban—. ¡Alabad a Dios y cavad hondo! ¡Más

hondo!

Y así siempre. Te quitaban las piernas y los brazos y los sustituían por pinzas y cadenas. El hierro no es una buena piel porque se oxida. Lo sabe todo el mundo. Se corrompe con la sangre y los caldos que supuran los hombres. Carne remachada y embutida a fuerza de plegarias y martillazos. La mina te necesita. Necesitas a la mina.

Lo único bueno era que, con suerte, durabas poco. También podría ser que las modificaciones te friesen la mollera y entonces ya nada te importaba lo suficiente. En realidad, el único trabajo bueno era el de los sacerdotes, que comían caliente, follaban y dormían en colchones de lana. O el de los sicarios del hampa. Papi Pizkos les pagaba el quirófano y ellos le servían como perros de presa. Se convertían en creyentes, tan fuertes como los guardias del prefecto y con la misma impunidad. Nadie se metía con los sicarios del hampa. Son la ley aquí abajo, una de ellas.

Está la ley del dios de la mecánica y sus sacerdotes, la ley del prefecto y la ley del hampa. Demasiadas normas no escritas. Es como caminar a tientas por un pozo desconocido, puedes resbalar en cualquier momento y convertirte en pasto de los gusanos. Ni siquiera es algo que esté en tus manos, si todavía las conservas. La luz al final del túnel es el motor dorsal de un *mecatacto* que comienza su turno. ¿A quién le importa? Cuando sonase la primera campana todo comenzaría otra vez. Las ruedas giran y giran sin principio ni final, ¿quién sabe cuándo comenzó todo? ¿Quién sabe si acabará algún día?

*

En todo eso y muchas otras cosas pensaba en mi camino de vuelta a casa, entre tambaleos, arrastrando el hombro contra la pared quemada. Todavía estaba colocado y preferí quedarme fuera, en cuclillas y hundir con saña el meñique en mi nariz. Dentro, unos hermanos discutían por un mendrugo o la propiedad de una manta. Un padre cenaba en silencio. Mejor que no levantase las lentes del cuenco, abandonase la cuchara y pusiese paz entre nosotros. La paz duele. Así que las discusiones acababan con un simple rugido de un padre.

Los unos hermanos y una hermana se esfumaban, él continuaba masticando la grasa y las proteínas y yo me sacaba los mocos y esperaba un mejor momento para entrar.

—¿Qué haces? —preguntó Ancas a mi espalda. Apenas me volví hacia ella. Era una niña pálida y flaca, aunque en los últimos meses sus tetas, pequeñas y puntiagudas, habían crecido como un hongo que fermentaba bajo el saco. Al igual que yo, entraba en esa zona difusa en que no se atisba más futuro que el templo y el bisturí de los sacerdotes. Sus ojos de *cazapicos carroñen* resplandecían en la oscuridad. La llama de las lámparas la convirtió por un momento en una mujer pequeña y fibrosa. Alguna vez la había visto en las grutas. Se movía con un grupo de diez o doce chicas, formando una manada. Las llamaban polillas. Era la única manera que tenían para sobrevivir allá abajo. Convertirse en sabandijas huidizas que robaban y reciclaban todo lo que caía en sus zarpas. Fabricaban sus propios cuchillos de cristal y oro con que defenderse de los violadores y los caníbales. No siempre lo conseguían y alguna caía en las trampas de un adicto o de los sacerdotes borrachos y aparecía muerta o moribunda, con su cuerpecito de muñeca destrozado y la carne marcada por mordiscos y arañazos.

Yo no respondí a su pregunta y Ancas se sentó a mi lado. Dentro, las discusiones comenzaron de nuevo. Se escuchaban golpes y el tintineo de un perol y jarras de peltre. Era la hora de la cena, de pelear por la cena.

—Creo que Pocho le ha robado a Piszkos —dije como quien no quiere la cosa—. Le ha robado un montón de guita.

Ancas me miró y pestañeó varias veces. Suspiró y yo me arrepentí al instante de aquella confesión estúpida. El *bok* me suelta la lengua.

*

Soñé que un animal invisible me mordía los pies. Dientes de piedra trituraban mis huesos, que crujían y se astillaban con cada dentellada. Todo mi cuerpo se sacudía. No podía escapar. A mi lado, Pocho, jadeaba y se hacía una paja. Me miraba lascivo, lamiendo mi boca en la distancia. Entre sus dedos, lo

que debería ser su rabo destellaba tal que una linterna. No tenía intención de ayudarme aunque yo tampoco suplicaba ayuda. La negrura de aquella boca monstruosa me masticaba, él le daba a la zambomba y yo pensaba que no se corría nunca, no podía correrse. Creo que me dolía más su esfuerzo inútil por echar su leche sobre mí que ser devorado vivo. Cuando desperté, estaba empalmado y ardía de fiebre.

La gruta todavía dormía. Aparté la cortina de mi nicho y rodé fuera. La sed me asfixiaba y palpitaban las heridas de mis labios. Los pies descalzos al final de las piernas. Allí estaban, sucios, callosos, de dedos torcidos y uñas rotas. Suspiré. Todavía sentía los huesos quebrados, como si pudiesen hacerse añicos con el primer paso. Tiré de los pantalones de saco y aparecieron las tibias, cual dos cañas de marfil sucio. Mi corazón saltaba enloquecido bajo la garganta.

Levanté la vista y descubrí a un padre, sentado a la mesa, frente a un tazón de gachas pastosas al que hincaba cucharetazos. Su boca se abría y cerraba de la misma forma en que lo haría la de un *sapovaca* cuando devora las algas podridas de los acueductos.

Masticaba de forma monótona. No había ningún placer en ello.

Un padre levantó la mirada hacia mí. Continuó con su desayuno. Tan solo había un par de cirios encendidos y sus gafas ahumadas reflejaban el destello titilante. Parecieron diminutas en su cara abotargada. Los discos giraron para enfocarme. Supongo que intentaba reconocermé y que no lo consiguió porque, sin un gesto aparente, continuó con su desayuno. En su costado, las agujas de los galvanómetros vibraron con vida propia. Alguna válvula silbó y escupió pequeñas nubes de vapor. Yo me hice a un lado, precavido y felino, y regresé a mi sucio catre. Al rato, escuché sus pisadas hidráulicas y lo vi pasar a través de los agujeros de la cortina. Los amortiguadores de sus juntas chirriaban un poco. Se estaba haciendo viejo. La mina lo envejecía.

Me quedé tumbado hasta que escuché salir también a unos hermanos. Sus cuerpos son menos aparatosos e imponentes que el de un padre. La mayoría conservaban sus brazos y un ojo o parte del vientre y el pecho. Todos caminaban sobre piernas mecánicas excepto Trampas, que rodaba con una serie de cadenas dentadas. Allá iban, al tajo. Ganar cristales para comprar basura y aceite, modificarse el cuerpo, colocarse con *savia*. En unos años

habrían sustituido lo poco que les quedaba y ya no serían unos hermanos sino otra cosa. Como un padre. Apenas puedo recordar cómo era antes. Creo que en alguna ocasión soñé con sus ojos, los de verdad, y eran muy claros, casi de agua limpia, pero no estoy seguro. No tanto como de la pesadilla que me despertó esa mañana.

En la soledad de mi nicho recordé el plan que había germinado en la casa del humo. Algo que tenía que ver con mi sueño, con Pocho y con aquello que se traía entre manos y que esperaba no fuese su polla.

Salté del nicho y di un vistazo rápido a los restos del desayuno. Había comida podrida en el suelo y unas pocas ratas peleaban por ella. Rebañé los cuencos con regodeo. Comida fría, viscosa y un poco dulce. También encontré cáscaras secas y algunas migajas de pan. Bajo un plato di con un trozo de tocino medio aplastado. Sabía a cuero viejo y lo mastiqué hasta que la mandíbula suplicó un descanso. También agua fresca en una jarra de barro. Al beber se derramó sobre mi pecho y la piel se puso en guardia. Las ratas gimoteaban de forma lastimosa y eso me recordó a Ancas. Eché un vistazo a su nicho. Estaba vacío. Me relamí la grasa agria de los labios. Se había perdido un gran desayuno.

*

Pocho solía dormir en un agujero en la parte izquierda de la Sima Rota. No era el peor lugar del pozo, tampoco el mejor. Cada uno tiene lo que merece allí abajo y Pocho merecía rodearse de otros como él: hombres y mujeres anodinos, ni populares ni apestados, de los que desaparecían y nadie echaba en falta, de los que abrían la boca y nadie escuchaba. Pocho era un cualquiera que trabajaba como aguador para los hombres del hampa. Y la verdad es que eso lo situaba muy por encima de mí.

Di una patada a la tapa de barril que cerraba su agujero. En ese momento repicaban seis campanadas en lo profundo del pozo. Los sacerdotes llamaban al trabajo y yo a un miserable con el que había soñado un rato antes.

—¡Pocho! ¿Estás ahí?

La portezuela improvisada se vino abajo y con ella el hedor a mierda y vómito me golpeó en las narices. Era como tragar un escupitajo denso, ácido y dulzón, que te arañaba la lengua en su camino al estómago.

—Joder...

Ante mí se abrió un pasillo excavado en la piedra. A un lado había una montaña de chatarra, baterías y cajones de madera quemada. Al otro, un jergón vacío. Telarañas abandonadas se balanceaban con la respiración de la cueva. Un bicho largo como mi brazo arrastró su miseria bajo la basura. La halitosis de la madriguera anunciaba algo muerto, abandonado o ambas cosas.

—¿Pocho?

Escuché su voz tras de mí y, asustado, di un respingo y me golpeé la cabeza con el dintel de la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ancas a mi espalda.

Me volví con las manos en la coronilla y lancé un zarpazo que ella esquivó sin esfuerzo.

—¡Joder! Me has asustado —dije.

—¿Qué haces? —insistió.

—¿Tú qué crees?

—¿Buscas a Pocho?

—Cría idiota —escupí—. Largo de aquí. ¿No tienes nada mejor que hacer que seguirme?

—To no te sigo, capullo —se excusó—. Solo pasaba por aquí.

—Pues lárgate y déjame en paz, joder. Esto no es asunto tuyo.

—Qué te folien.

—¡Espera! —grité y ella se volvió a los pocos pasos—. ¿Por qué no regresaste ayer? ¿Dónde has dormido?

—Eso tampoco es asunto tuyo.

—No creas que me importa. Pero si vas a abandonar la cueva para irte a vivir con esas polillas con las que vuelas, mejor que se lo digas a un padre.

—A lo mejor sí me marchó.

—Genial. Escribe cuando llegues a ninguna parte.

Ancas bizcó los ojos y sacó la lengua. La observé desaparecer y aparecer a medida que atravesaba las burbujas doradas de los fanales que bordeaban la sima. Yo me dolía del coscorrón. Una rana albina abandonó de un brinco el

nicho de Pocho, llevaba algo entre las fauces, algo de comer.

*

El recuerdo de mi sueño acechó mis pensamientos durante todo el día, como un dolor de tripa iba y venía sin razón alguna.

Había registrado el nicho de Pocho y encontrado bastantes cosas que llevarme al buche o al bolsillo, pero nada de ámbar. Un saquito con hongos secos, dos papas arrugadas, una frasca con un caldo que apestaba a meados, una navaja oxidada, un librito de papel con dibujos y un poncho de lona con capucha. Nadie se muda y deja todas sus cosas tras él, a no ser que haya tenido un golpe de suerte o esté en un pozo de reciclaje con unas cuantas puñaladas.

Camino de la casa del humo, recordaba las palabras de Pocho. *Algo importante entre manos, Veintiuno, algo grande*, dijo. ¿Y si era verdad? ¿Y si el hijoputa se había largado? Algunos lo consiguen. Reúnen un montón de cristales y pagan a un topo para llevarlos hasta la superficie. Durante un tiempo eran la comidilla, un rumor entre los que todavía no nos habíamos modificado lo suficiente y pasábamos el tiempo fumando y bebiendo, soñando que podíamos salir de aquí y descubrir un lugar nuevo. Pronto, los rumores se esfumaban con el humo de las pipas y se pronosticaba su muerte en el intento: estafas; traficantes de colágeno; que los habían visto en la sima de los sodomitas; que se pudrían en algún agujero; que vivían en la superficie y respiraban aire limpio y se bañaban y follaban y no tenían que pelear con las ratas por cada comida... A nadie le importaba, excepto por el hecho de fantasear con aquellos falsos rumores.

Esa imagen se reforzaba mientras hojeaba el librito de papel que encontré en su agujero. Escrito con símbolos desconocidos y también dibujos obscenos en los que aparecían mujeres de pier nas largas y tetas enormes y también tipos musculosos y bien alimentados. Pocho se convirtió en uno de esos dibujos, aunque parecía un parche recosido en una tela de calidad. Su cuerpo deforme, raquítrico, de piel cerúlea y desteñida no encajaba entre tanto personaje esbelto. Somos mierda aquí abajo, ¿qué otra cosa podríamos ser en

la superficie? Contrahechos, feos por necesidad genética. Sin embargo, lo veía, podía imaginarlo como un monstruo rodeado de bellezas. ¿Cómo no sentirse un monstruo en un lugar así? Aquí abajo, Pocho era uno más, pero allá arriba... supongo que yo también sería un monstruo, un desliz fronterizo. El orgullo miserable me musitaba que también aquellos hombres y mujeres de piel suave y tostada, de músculos largos y pelo oscuro, serían vistos como monstruos aquí abajo, entre los *mecatactos* y los apestados, los sifilíticos y los ciegos, no serían más que un culo que violar o un cuerpo a exprimir: colágeno fresco, sangre limpia. Todo depende de la profundidad desde la que se mire.

*

Hice buen negocio en la casa del humo. Cambié los hongos por un par de pipas. La primera la fumé yo solo, en un rincón, esquivando las conversaciones de los otros y sus tejemanajes. A veces, al fumar, se me ocurrían cosas geniales, grandes ideas que me catapultarían al lugar que me merezco. Aunque todo quedaba en hipótesis, posibilidades que nunca he llegado a realizar. Me decía a mí mismo, por ejemplo, que podría inventar un artilugio para iluminar las grutas más profundas. Todos me lo agradecerían. Pasaría a ser alguien famoso. Dibujaba en mi mente los diseños y trazaba las líneas imaginarias de planos inexistentes. Un aparatoso entramado de tubos, poleas, lentes y espejos que conducían la luz a todas partes. Soy bueno en esas cosas, la verdad. Construir, a veces solo con la imaginación o con palabras, se me da bien. Debería haber ingresado en el seminario. No me importaría haber sido sacerdote. El dios de la mecánica bendice a los suyos.

Cavilaba si había llegado tarde al agujero de Pocho cuando Ñam se sentó a mi lado. Lo saludé con un golpe de barbilla. Encendió una pipa y dio un par de caladas profundas. Era un tipo simpático pero muy nervioso. Sus ojos nunca apuntaban en la misma dirección. Tiempo atrás trabajamos juntos como aguadores para *mecatactos* de segundo nivel. Yo me fui cuando recibí el tercer fustazo en la espalda. Ñam aguantó un ciclo entero. No sé por qué lo hizo.

Quizá pensaba que se consigue algo a través del trabajo, que puede uno ascender, ser cabo o sargento de una cuadrilla de *mecattractos* modificados, de barreneros o porteadores, pasar de recibir a dar órdenes, ser un vendido, uno de esos esclavos de cadena larga. Un día, al regreso de la mina, lo violaron una pandilla de matones y, desde entonces, ya no fue el mismo. Creo que intentaba matarse, aunque no parecía tener ninguna prisa.

—¿Sabes lo de Lazo? —preguntó.

Al escuchar su nombre busqué alrededor, como si esperase verlo entre el humo neblinoso de la pereza.

—Se larga —continuó Ñam—. Se ha pagado un topo.

—Eso no puede ser —murmuré.

—Me lo dijo ayer.

—¿A ti?

—Se marcha.

—Pero... ¿de dónde ha sacado el ámbar necesario? No puede ser. ¿Sabes lo que cobra un topo cualquiera?

—Más de lo que tendremos tú y yo jamás, sí. Pero Lazo lo tiene o lo tenía porque se larga.

—No puede ser —balbuceé y Ñam me miró desde el hombro y sonrió, como si pudiese prever mis siguientes palabras y ahorrarse las suyas—. No me ha dicho nada.

Y entonces se confirmó su intuición y enseñó los dientes pequeños, de rata.

—¿Y por qué tendría que decírtelo, maldito cretino? —escupió.

Todos los jodidos drogadictos que había a nuestro alrededor cabecearon en silencio.

*

Claro, ¿por qué extraño motivo debería confiarme a mí sus planes? ¿Por qué? Había fumado con él durante los últimos ciclos, compartido mis pipas, mis proyectos, cada chiste y cada decepción. Animé sus ansias de libertad como si fuesen posibles. De la misma forma que hacemos los unos con los

otros. Alimentando sueños en esta pesadilla de vida.

Así que salí sin despedirme y caminé de un lado para otro. Descendí una escalinata excavada en una gigantesca estalactita y me encontré frente al Puente de las almas que cruzaba sobre el Cremoso. Es un río subterráneo de agua tan cargada de cal que tiene el aspecto de leche fresca. Discurre desde el Elevador de la joya hasta el Traspié, donde se convierte en una catarata que desaparece en la oscuridad convertida en una lluvia de estrellas fugaces. A veces, las profundidades desvelan su parte hermosa. El lado oscuro de la vida también tiene un lugar agradable. Quizá en la superficie la luz ilumine todo demasiado. La claridad camufla las cosas horribles, cegando a incautos e idiotas. Así que, extraviarme me llevó a un templo en las tripas de la tierra. Los feos tenemos un lugar sagrado aquí abajo, un cementerio donde morir en silencio, sin perturbar la conciencia estúpida de los hipócritas. Ellos, allá arriba nos necesitan para ser lo que son. Sin nosotros, ¿qué son sin nosotros?

En definitiva, me encontré solo, suspiré y apoyé los codos en la baranda del puente.

¿Y de mí? ¿Qué va a ser de mí? Lazo se marchaba, dejándome abandonado con aquella caterva de fracasados. O quizá no pensé exactamente eso, pero la tragedia exige alguna licencia dramática y voy a tomarme las necesarias porque, después de todo, es de mi vida de la que hablamos. Pongamos que estaba jodido. Cualquier poeta borracho podría explicarlo mejor que yo con menos palabras. Sucumbí al derrotismo y el miedo me paralizó. ¿Quién puede culpar a todos los que cayeron en el camino? Ceder a las visiones de los hongos, a los sinsentidos de tanto excitante sintético y licor hormonado. ¿Quién puede culpar a los que eligen morir antes que vivir aquí abajo? El pozo es el purgatorio de lo incorrecto, el lugar en que sentirse culpable por decreto. Somos lo que somos porque otros son lo que son. Y yo era un miserable, un lugar que cae en los límites de los mapas, lejos del centro de todo.

¿Y si saltaba? ¿Por qué no poner fin a esta historia? ¿Quién iba a echarme de menos? Joder, juro que esos pensamientos estallaron entre mis cejas. Llegado a ese punto, el estómago rechazó aquel vergonzoso regodeo en el dolor propio y me regaló un fustazo en la espalda. ¡Despierta! ¡Mata! Rabia y orgullo, por fin.

Entonces lo vi y me convertí en una especie de cazador al acecho. Lazo caminaba por la avenida bajo el puente. Entraba y salía de las sombras y, al principio, me pareció un producto de mi imaginación efervescente. Pero no lo era. Ahí estaba mi otro yo, mi amigo deseado, mi otro lado en el espejo de agua sucia y turbia y contaminada de aquí abajo. Lazo avanzaba por la avenida junto al río y la gravedad se retiró y ya no volví a sentir la necesidad de saltar. Mis pies se aferraron al suelo y mis ojos se volvieron un cepo. Corrí tras él y aquellos espectros sin nombre ni apodo me esquivaron, hombres y mujeres anodinos, perdedores en busca de un lugar sagrado en el que desaparecer.

*

Lazo esperó a la salida de una cueva desdentada. Lo observé, acuchillado desde la distancia, en un rincón sombrío. Parecía otro. En la casa del humo nuestros sentidos se nublan y alteran la realidad. Desde mi escondrijo lejano, Lazo era todavía más hermoso, más joven y esbelto. También se le veía triste. Esa clase de tristeza que, como el sudor, daba una pátina brillante a sus rasgos.

Entonces se puso en pie y yo dejé de respirar. Una docena de siluetas se acercaron hasta él. Ni niñas ni mujeres, eran las polillas y entre ellas: mi una hermana, Ancas. Los harapos apenas cubrían sus cuerpos pellejados y dejaban su trabajo a las sombras. Se dispusieron a su alrededor, como era su costumbre. Habló la que parecía más mayor. Lo hizo durante un buen rato. Pensé que iban a matarlo, que en un parpadeo saltarían sobre él y acabaría acuchillado y rajado de arriba abajo. Pero no fue así. Lazo escuchó y apenas tuvo un par de réplicas. Cabeceó con determinación y se dieron la mano. Lo que pasó a continuación me hizo levantar la voz. En realidad fue casi un grito porque ellas se giraron y otearon hacia las sombras en las que me ocultaba. Cerré los ojos y recé al dios de la mecánica para que no me pillasen. Bisbiseé una plegaria y, en mi recuerdo, se repetía una y otra vez el momento en que Ancas se acercó y besó a Lazo. Después, buscaron en las sombras, cogidos de la mano, el origen de esa voz conocida que había gritado: ¡no!

*

Hay una gruta en la parte alta, casi llegando a la zona en que viven los que trabajan para el prefecto y sus cuevas limpias y con ventanas, en que crecen jardines naturales. La verdad es que hace años que no me dejo caer por allí. Quizá ya no exista. No sé. La cuestión es que la gruta está cubierta de un lodo hediondo. Es un limo formado por el guano y por el sedimento pútrido que se ha acumulado durante ciclos y ciclos. Cada cierto tiempo, no sé cual es el motivo, crecen hongos iridiscentes y grandes flores de tres pétalos. De niños solíamos entrar a hurtadillas y pisotearlas. ¿Quién sabe por qué haríamos algo así? Ahora me parece obsceno. Supongo que, en cierta manera, alguien tiene que reajustar las cosas. La belleza no está permitida, puede aparecer alguna vez, pero no es más que una anomalía genética.

*

Regresé a mi gruta al tiempo que los *mecatactus* acababan su jornada. La mayoría se arrastraban hasta sus agujeros en una corriente exhausta. Un músico de los pasadizos hacía sonar una trompa eléctrica y el eco de las trémulas notas daba un acompañamiento lúgubre a la comitiva. Los aguadores repartían cazos y, de vez en cuando, algún traficante de *bok* emergía de las sombras para enfrascarse en una rápida transacción. Yo caminaba entre la multitud. Me sentí pequeño entre tanto gigante. Una vieja con patas de araña se rio de mis esfuerzos por esquivar los pisotones. Su nariz ganchuda y dos dientes largos como sables destacaban en su horripilante cara. Me escabullí cerca de la columnata que asciende hasta mi galería. Aún lejos, escuché la cantinela de Uñas.

—¿Cómo pudo ponerse tan gordo el gato? —canturreaba el viejo—. ¿No te lo explicas, hermano? ¿Cómo pudo ponerse tan gordo?

Se volvió hacia mí como si pudiese presentir mi llegada. Abrió el

paraguas y danzó a mi alrededor.

—Veintiuno ha vuelto, ha vuelto —cantaba—. ¿Acaso te habías marchado?

—Vi me gustaría a mí, Uñas.

—¡Jajaja! —Rio y chasqueó los dedos—. Salir es sencillo, hijo de la mecánica. Lo complicado es salir con vida. ¡Jajaja!

Con un brinco y una reverencia se despidió, dejando tras de sí sus risotadas.

Un hombre feliz. Un loco. No había mayor peligro en el pozo que ser feliz y demostrarlo. Como fuese, sus canciones me infectaron en mi camino de vuelta a casa y alimentaron la comidilla que escocía mis sospechas. Lazo se marchaba. Había conseguido el ámbar suficiente para salir de allí y —desconfía de la suspicacia pero...— tan solo un día antes yo había visto al idiota de Pocho con sus secretos y tejemanejes. De repente ya no quedaba lugar para las suposiciones. Recordaba claramente el cristal en la mano de Pocho y, como un anzuelo trae consigo su presa malherida, imaginé a mi una hermana Ancas, con las polillas, revoloteando sus cuchillos en torno al pobre tullido. Después repartieron con Lazo el botín y todos contentos. No llegué tarde al agujero de Pocho, tan solo se me adelantaron.

Hijas de puta, me dije.

*

Aquellas suposiciones asediaron mi sueño. Reconstruí cada momento, desde mi encontronazo con Pocho hasta la cita de Ancas y las polillas con Lazo, dos días después. Era como leer aquel manuscrito en papel que había encontrado en su agujero: una sucesión de imágenes fijas que retrataban lo ocurrido paso a paso.

Sin embargo, había algo a lo que no encontraría explicación por el momento. ¿Tanto tenía Pocho que había servido a Lazo para pagarse un topo hasta la superficie? ¿Y qué ocurría con Ancas? Dijo que ella también se marchaba. Pensé que estaba bromeando. Joder, mi maldita lengua larga les había regalado un pasaje a la superficie. Era mi oportunidad y la dejé pasar.

¿Cómo pude ser tan idiota?

Los piojos me mordían la conciencia. Escuchaba bisbisear sus locuras bajo mi piel. Pocho se había metido en algo, decían, algo importante. Tanto como robar a Pizskos. Y yo daba vueltas y más vueltas bajo las mantas. El nicho se convirtió en un estómago de piedra. Mi sudor ácido no ayudaba en aquella digestión interminable. Sus voces iban y regresaban cargadas de ironía. Lazo se larga; Ancas se larga; y Pocho ya se había marchado.

Di un brinco fuera y me arranqué la camisa. Después me arañé la piel reseca del pecho. Mi torso era un fino manto sobre el mobiliario desvencijado de mi cuerpo. Asomaban puntas y vigas aquí y allá. La agitación me robó el aliento y el frío me rebanó el gaznate. Todos dormían. Escuché los ronquidos de un padre y también sus cilindros subir y bajar. Busqué al otro lado el nicho de Ancas. La cortina estaba echada. Me acerqué a pasos cortos, acechando en las sombras. Las lámparas del exterior daban a todo un aspecto áureo y extraño, ángulos rectos y ventanas a lugares que no existen. Abrí la tela apenas un poco, los suficiente para comprobar que no había nadie.

*

No fui capaz de volver a dormir. Regresé a mi nicho, corrí la cortina y esperé que la rutina arrastrase a todos a lo más profundo del pozo. Un padre y unos hermanos despertaron con las campanas y abandonaron la cueva con su habitual desfile de chirridos oxidados y toses. Ancas no había regresado en toda la noche y quién sabe si lo haría algún día. Por una parte me sentí humillado. ¿Qué estaba ocurriendo? Me habían pasado por encima, eso era. Aquella niña escuálida y sus amigas pordioseras habían tomado la iniciativa y yo... bueno, yo había dedicado mi tiempo a fumar y a divagar con otros perdedores sobre inventos e ideas locas que nunca llevaríamos a cabo. Me sentí como un tonto y, por momentos, más y más enojado. Porque incluso en la casa del humo, aquel lugar que consideraba como mi segundo hogar —¡el primero, en realidad!—, también se habían dedicado a engañarme. Sí, todos me habían tomado por un idiota; alguien que reparte saludos y comparte su

pipa; que ríe los chistes y alimenta los chismorreos y da por buenos los sueños de los otros con una sonrisa. Sí, así fue. Qué tonto, qué idiota pude llegar a ser. Era todo una charada, sombras en las paredes de la cueva. Nadie confiesa sus verdaderos planes. Y cuando llega la hora de salir adelante... ¡Ja! Es como hundirse en arenas movedizas. Cada uno intenta salvarse a sí mismo. Qué le den a los otros. Y yo me había quedado solo, de mierda hasta el cuello y con la pipa apagada.

*

Poco tiempo después, ocurrió lo que supuse o debí suponer que pasaría. Los matones de Papi Pizkos iban de aquí para allá, haciendo preguntas y mirando a todas partes de forma suspicaz. Me advirtió el colgado de Tuerto Tres que anduviera con ojo, que no eran gente con sentido del humor y a él ya le habían correspondido las gracias con una ración de tortas. Esperé con un nudo en la garganta, disimulando lo mejor que pude. Aquí abajo, en el pozo, todo acaba bajando, la basura, regueros de mierda y los sicarios de Papi Pizkos. Con ellos vienen los problemas, oh, sí, problemas gordos. Desde la baranda, mientras masticaba una cebolla dulce, los observé dar empujones y retar a todos a su paso. De vez en cuando, interrogaban a alguien, que podía ser objetivo de su búsqueda o solo un desgraciado que pasaba por allí. Quizá tuviesen un método, quizá no. Los sicarios de Pizkos eran en realidad como un sarpullido de esos que se complican y se convierte en una úlcera supurante que se infecta y te lleva a delirar hasta la muerte: cosa de la mala fortuna. Al que le toca le toca. Así que todos intentaban escapar de su campo de visión, fuesen culpables de algo o tan solo parte del decorado.

*

Una rata y dos gorilas enfadados, eso me parecieron cuando se asomaron a

mi galería.

Delante caminaba un tipo escuálido, más bajo que yo, con la cara tatuada y dientes limados. Podría haber sido el bastardo de un lagarto al que violó un perro borracho, ¿por qué no? Caminaba de forma extraña, aparentando un desafío que en realidad se quedaba en chulería escocida porque su seguridad dependía de los mastodontes que lo acompañaban. Dos moles de músculos y grasa, remaches y planchas de hierro oxidado. Uno con un casco recosido a la mandíbula, tuercas alrededor y visor estrecho en el que refulgían dos teas heladas; el otro, con las articulaciones hidráulicas, espolones implantados en los antebrazos y un ronquido en su pecho de caldera que sonaba casi tan estúpido como el de su acompañante.

Problemas; ahí vienen los problemas, me dije. Y, en cierta manera, no me faltaba razón. Porque podría haber echado el cerrojo al desagüe de mi boca, poner pies en polvorosa, correr hasta la casa del humo y comentar la jugada con los parroquianos. ¿Sabes que van los matones de Pizkos por ahí? ¡No jodas! Oh, sí, y ¿sabes por qué? Ni idea. ¿No lo sabes? No, joder, ni idea. Oh, vaya, yo sí sé qué buscan, lo sé muy bien. Y puedo decirlo bien alto. Dilo, Veintiuno, dilo. A cambio de algo. Todo tiene un precio. Dilo. No voy a dejar pasar dos veces una oportunidad, ¿sabes? Dilo ya, venga, dilo.

Y lo dije.

*

—¡Eh, vosotros!

No era la mejor manera de comenzar una conversación pacífica y cordial, pero conocía a aquellos tipos y tenías que ponerte a su mismo nivel si no querías que te masticasen y escupiesen en cualquier rincón. Me envaré, di con la espalda en la roca y miré alrededor, vigilando que nadie nos prestase atención. Quedaron clavados al suelo y, con ellos, el silencio de la crucifixión, gélido, expectante y agónico. Si hubiese callado habrían pasado de largo con sus asuntos y nada de esto hubiera ocurrido, pero hablé.

—¡Sí, vosotros!

La rata tatuada mordió el aire. Los mastodontes se desplegaron a ambos lados y sus sombras cayeron sobre mí. Las lámparas de gas miraron a otra parte. Creo que tragué saliva, carraspeé y me encogí un poco, no pude evitarlo, porque de cerca, la rata, no resultó ser tan baja ni yo tan inconsciente.

—¿Has dicho...?

—Pues claro —le interrumpí—, ¿estás sordo?

Siempre he creído que la frontera entre la valentía y la estupidez es demasiado difusa. El valiente es un idiota con suerte que sobrevive para contarlo o para que otros vayan por ahí exagerando sus proezas. ¿Qué podrían contar de mí cuando me encontrasen muerto? Era un mentiroso y un fabulador; una vez se hizo tres pajas seguidas; podía robar un mendrugo de pan a un ciego; acompañado por Ñam y Jalo obligaron a un huérfano de la galería ocho a comerse una mierda que, previamente, le hicieron cagar en un plato de peltre; era un malnacido que merecía morir. *La estás cagando*, decía una voz en mi cabeza, así que no, de alguna manera, no estaba loco del todo. Sin embargo, no pude contener una risa floja y eso fue lo que pareció enojar de verdad a los matones de Piskos.

Uno de los mastodontes me agarró por el cuello y me levantó en volandas sin demasiado esfuerzo. La rata esgrimió la sonrisa de su padre, desenfundó un cuchillo a medida de sus dientes y me echó mano a los huevos. Yo pataleé y di coces entre ahogos, con cuidado de no patear su espantosa cara tatuada, no fuese que, en lugar de convertirme en eunuco, le diese por convertirme en cadáver.

—Dame una razón para no abrirte en canal, gusano —masculló.

Gorgoteé un torrente de salivazos y él hizo un gesto a su amigo para que aflojase sus dedazos en torno a mi pescuezo. El gigantón hizo más que eso y me dejó caer como un muñeco de paja. Me gustaría decir que me recuperé bastante pronto, pero no es cierto. Incluso yo mismo sentí vergüenza. Era patético. En pleno ataque de tos, intenté explicarme sin éxito. Las prisas de la rata no ayudaban.

—Todavía estoy esperando, gusano. —Me apremió tras darme un puntapié. Yo me disculpé manos en alto.

—¡Pocho, joder, Pocho! —Conseguí gritar—. ¡Ha sido Pocho!

La rata enfundó el cuchillo y, con un gesto, indicó al matón que me pusiese

en pie, cosa que hizo sin delicadeza alguna.

—¡Eh, sin empujar! —Me escabullí como pude y recibí un tortazo que me lanzó contra la pared.

¿La había cagado? Quizá la había cagado. Esas cosas nunca se saben a ciencia cierta, así es la vida. En principio parecen buenas ideas: prender una mecha demasiado corta, asomarse al pozo, jugar a lanzar cuchillos, dar un trago a ese fermento de hongos, hacerse el listo con unos matones. El zumbido en mi oído izquierdo me sumergió en un torbellino de dudas que me encogió las tripas. El terror se hizo conmigo, no mucho, lo suficiente para que mi brazo tomase la iniciativa y se presentase voluntario como escudo ante nuevos ataques. Qué idiota.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la rata. Lo miré de costado, cubriéndome con el brazo.

—Veintiuno —respondí.

—¿Veintiuno?

Asentí con un balbuceo.

—Muy bien, Veintiuno, vas a decirme lo que sabes o aquí mis amigos te van a romper los huesos. Todos los huesos. ¿Lo entiendes?

—Joder, sí.

—¿A qué estás esperando?

—Buscáis a Pocho, ¿verdad?

—¿Quién coño eres tú y por qué estoy hablando contigo?

—Yo solo digo que habéis venido en busca de alguien y que ese alguien se llama...

—¡Pocho! —En esta ocasión fue él quien me cruzó la cara con un guantazo. Sentí mi pómulo palpitar e hincharse antes de que pudiese recomponerme. Se acercó y susurró cerca de mí.

—No juegues conmigo.

—Yo no juego, joder, no juego a nada —me excusé—. ¿Os han robado? ¿Es eso? Os han robado y yo... ¡Espera! ¡No me pegues! ¡No me pegues, joder!

Me dio un puñetazo a la altura del estómago y sentí que me deshinchaba tal que un balón de vapor. Caí al suelo, incapaz de respirar. Las lágrimas inundaron mis ojos y en su reflejo apareció la cara tatuada del matón.

—¿Dónde está Pocho? —insistió.

—Es lo que intento decirte —respondí entre ahogos—. Las polillas. ¿Las conoces? Joder, claro que las conoces. Esas niñas están con él o lo estaban y quizá, no sé, quizá lo han utilizado y ahora se han deshecho de él. Preguntadles a ellas, sí, preguntad a las polillas.

La rata apartó su hocico tatuado y rumió mis explicaciones. Yo sonreí y balbuceé un par de veces más ese nombre: polillas, las polillas. Se hurgó en una de las bolsas de piel que colgaban de su cinto y me arrojó un puñado de cristales de ámbar.

—¡Espera! —exclamé desde el suelo.

Ellos se volvieron. Rata había cambiado. La rabia y la violencia se había esfumado de su cara. Hincaba los pulgares en el cinturón y encogió los hombros al escucharme.

—Me debéis una —dije—. Quiero ser de los vuestros. ¿Qué tengo que hacer?

Me abandonaron en el suelo. Escuché el eco de sus carcajadas hasta un buen rato después.

*

Es cierto que no puedo recordar mi infancia. Apenas guardo imágenes de aquellos tiempos y a veces dudo de que existiese algo anterior. Es como si yo mismo hubiese vivido mil ciclos y mi propia vida fuese la del pozo. No hay una memoria colectiva, una historia que contar a nuestros hijos. Los sacerdotes tienen sus mitos y leyendas, sus versículos morales que leen de *el Manual* y que pueden tener décadas o siglos o haber sido escritos ayer mismo, improvisados en las letrinas mientras los *mecatactos* se desperezaban. Algunos pensamientos me llevan de una parte a otra con la imaginación. Si mi existencia y la del pozo van ligadas, ¿quiere eso decir que cuando yo muera desaparecerá este lugar horrible? O, al contrario, ¿seré inmortal, incapaz de morir? Si el pozo es eterno, yo también debo de serlo.

De todas formas, supongamos que, más allá de mi memoria, existe un

pasado y que hace tiempo fui niño. Supongamos que, durante un breve periodo de tiempo pensé lo que diablos piensan los niños, los de verdad, los que todavía no se arrullan en los rincones y se ocultan de los caníbales y los violadores; niños de los que confían en sus mayores, los que llenos de inocencia son capaces de mirar a los ojos de su asesino antes de que licúen su colágeno y abandonen bajo un puente sus pequeños cuerpecitos arrugados. Si los niños existen aquí abajo, durante ese breve periodo de tiempo, yo debí serlo en algún momento. Ancas también lo fue; una pequeña larva vibrante que se convirtió en insecto ciego. Y yo la traicioné.

*

La tarde siguiente me llegó el rumor de que Pizkos había enviado a los suyos tras las polillas. Me lo dijo Tú-Tú en la casa del humo. Yo le pagué una pipa con el ámbar que los matones de Pizkos me dieron después de delatarlas. Nadie sabía mucho más que yo de todo aquel asunto. Se especulaba con que Pocho había robado a Pizkos y que las polillas le dieron pasaporte al descubrirlo y guardaron el botín para ellas. Sonaba a probable excepto para los que habían tratado alguna vez con Pocho. Era un auténtico idiota, incapaz de robar un trozo de queso rancio a una rata. El resto de la historia sí era posible, aunque no real. Yo solo vi a mi una hermana Ancas con Lazo y todo lo demás lo supuse o lo inventé, como hacen los cuentacuentos, que improvisan historias ficticias con pequeños detalles de la realidad. El resultado despertaba una extraña curiosidad en mí. Fue como hacer magia. Creé un misterio de la nada y tuvimos conversación durante horas. Fue muy divertido comprobar cómo aquella historia crecía sin control. Mientras fumábamos se iban añadiendo nuevos detalles escabrosos que pasaban de la suposición a la certeza en un pestañeo. Alguien dijo que habían encontrado el cuerpo de Pocho en un canal de desagüe de la galería veintitrés. Otras voces se dedicaban a añadir detalles hasta que un recién llegado encendía una pipa y la rueda giraba de nuevo.

Pocho muerto. Sí. A cuchilladas. Es la firma de las polillas. Pocho

recogía la mierda de los puercos de Pizkos. ¿Qué fue lo que robó? Nada, mató a un puerco. No es cierto, tiene que ver con una de las chicas de Pizkos. Ella se enamoró de él y la dejó preñada. ¿Pocho? Idiotas, era el aguador de Pizkos y se llevó un saco de ámbar de su cueva. ¿Y la puta? No hay ninguna puta. Pero ¿lo han encontrado? Sí. Y le habían cortado las manos y los pies. ¿Y las polillas?, ¿qué ocurre con ellas? Joder, Pizkos ha puesto precio a sus cabecitas. ¿No lo sabes? Sí, pero ¿por qué? Mierda, porque ellas fueron las que robaron el ámbar. ¿Y Pocho? Él las ayudó a entrar. Es el aguador de Pizkos. Abrió las puertas y ellas hicieron el resto. ¿Por qué? Quiero decir, ¿por qué haría ese idiota algo así? Pues, porque es un idiota, ¿no te parece suficiente? No sé. Pocho es solo una herramienta en manos de la jefa polilla. ¿En serio? Claro.

Tu una hermana está con ellas, ¿verdad, Veintiuno? ¿Veintiuno?

*

Todos se volvieron hacia mí y yo me atraganté en medio de una pipada. Tosí tanto que Ñam, sentado a mi lado, comenzó a palmearme la espalda. Oculté los ojos. Mis últimas toses fueron fingidas. También la carraspera y un largo suspiro. Cuando levanté la mirada allí estaban todos, con los ojos puestos en mí, esperando una respuesta. Supongo que esa es la responsabilidad del que inventa historias. Durante un buen rato había colaborado al incendio de aquel montón de mierda. Lancé un par de chispas del estilo «Pocho no era tan tonto como parecía» o «hace tiempo que maquinaba algún negocio». Y cuando la conversación se animó, intervine con un sencillo pero efectivo «Pocho se pasó de listo con las polillas y ellas lo mataron». Pizkos solo hace su trabajo. Mis palabras levantaron un vendaval de conjeturas rocambolescas y secretos inconfesables. Encendí mi pipa, me hice atrás y disfruté del espectáculo.

Supongo que fue en aquel momento cuando decidí emprender mi propio camino; ascendente, claro. Hasta entonces me había dedicado a tantear tímidamente, experimentar, de la misma forma en que lo hacen los gatos,

cuáles eran las consecuencias de mis actos. ¿Por qué no? Me dije. ¿Por qué no? Sin duda era mucho mejor que convertirme en *mecatacto* o en *retroexcavador*. ¿Qué otra cosa podía hacer allí abajo?

Qué sencillo parecía todo. Al fin y al cabo, es como alimentar carpas en los Estanques Hondos. Les tiras carnaza y ellas chapotean. Así que eso hice.

*

—Hace días que no vemos a Ancas —dije.

Un coro silencioso acompañó la tormenta de humo dulzón sobre nuestras cabezas. Algunas bocas se descolgaron más tiempo del necesario y yo sorbí los mocos y escupí.

—Yo... —continué—. Supongo que se veía venir.

—¿El qué?

—Ancas y esas amigas suyas...

—¿Las polillas?

—Algo se traían entre manos y Pocho debió de caer en sus redes o algo así porque no era mal tipo, no lo era. Un poco tonto, sí, pero no tanto como para robar a Pizkos por su cuenta. Ellas lo engañaron, lo convencieron o quizá le pusieron un cuchillo en el cuello, eso no lo sé. Pero han sido ellas, seguro.

—¿Veis? Os lo dije —murmuraron desde el fondo.

—Pocho no hubiese robado a Pizkos ni un cristal por su propia cuenta y riesgo —continué—. Lo quería como a un padre. De hecho...

Dejé las palabras así, suspendidas en el aire, y todo se convirtió en gelatina, en grasa caliente.

—De hecho, Pizkos era su un padre —dije.

Una taza de peltre cayó al suelo y el eco tamborileó de una parte a otra. Esperé un segundo antes de continuar. Ñam se humedeció los labios. Tú-Tú abría tanto los ojos que parecía que fuesen a caer entre sus pies.

—No puede ser —musitó Sal con su voz ronca. Todos le reprocharon su intervención con un abucheo.

—¿No? —dije yo con una sonrisilla torcida—. ¿Y qué creéis que pasa

cada vez que Pizkos preña a una de sus mujeres? El pozo está lleno de pequeños bastardos de Pizkos. Algunos están bajo su cuidado directo y a otros los protege de alguna manera. Pocho era aguador en la cueva de Pizkos. ¿En serio creéis que un idiota como él encontraría un trabajo tan bueno? Papi Pizkos es más compasivo de lo que pensáis, especialmente con sus bastardos. Pocho no fumaba, no pedía limosna. Se dedicaba a sus cosas, sin molestar a nadie. Cada mañana iba a casa de Pizkos y llenaba los cántaros en el pozo. Reían sus bobadas, lo trataban como quien tiene un perro viejo y ciego. Era tonto, sí, pero era *su* tonto. ¿Y los sacerdotes? ¿Cuántas veces han cazado a los retrasados y a los enfermos para sus sacrificios? ¿Por qué nunca fueron a por Pocho? Las polillas le comieron la cabeza para que metiese la mano en el tesoro de Pizkos. *Tú mereces más, Pocho; solo eres su bufón; mereces mucho más.* Y después le dieron un paseo hasta el Pozo del adiós y claro... Papi solo quiere venganza. Se han cargado a uno de los suyos.

Corrió la expectación de un lado a otro y yo me guardé de sonreír. Tú-Tú me ofreció su pipa y acercó la mecha a la cazoleta.

—Joder —dijo Ñam—, es verdad.

*

Había una cuadrilla de críos que holgazaneaban en el pasadizo elevado que cruza sobre la galería principal del pozo. No solía pasar por allí cuando iba a la casa del humo, excepto el *sabbat*, que daba un rodeo para esquivar a los sacerdotes. Era en esas ocasiones cuando topaba con los críos y sus pasatiempos. Me detenía a un lado, contra la baranda del pasadizo, y los observaba jugar. Se dedicaban a lanzar pequeños cantos rodados de arcilla o barro que rodaban calle abajo por los sucios canales junto al adoquinado. Algunos chocaban con los obstáculos de la mugre y otros los esquivaban, mágicamente, hasta alcanzar su objetivo: un socavón en el viaducto, a modo de embudo, que los lanzaba directamente al vacío. Cuando alguien conseguía una diana, se levantaba, puños en alto, dando voces y gritos de alegría, y los otros se compadecían de su poco tiento. La bolita de arcilla desaparecía en la

oscuridad de la gruta.

Yo también había lanzado mi pequeño canto rodado. Allá iba, cuesta abajo, esquivando la mierda y el fango, hacia un agujero negro. Lo veía avanzar, entre rebotes y saltos, expectante. Oh, qué risa. Allá va, sí, allá va. Ya nada podía detenerlo. Y si acertaba, joder, si acertaba, saltaría y gritaría de júbilo —¡perdedores, jodeos, perdedores!— mientras caía al vacío del pozo sin fondo.

*

No sé por qué motivo, pensaba en esos chicos cuando desperté. Disimulé en mi catre como las mañanas anteriores hasta que un padre y unos hermanos salieron camino de la mina. Salté del nicho y corrí la cortina de Ancas. Tampoco había regresado aquella noche. El revoltijo de mantas remendadas continuaba exactamente igual. Rebusqué en sus estantes y cestillos. Toda su basura estaba allí: bisutería sin brillo, cristales de colores, un cazo de botones, una cinta y una muñeca de trapo.

¿Y si estaba muerta? Quizá a aquellas alturas, Ancas ya estaba muerta, como algunas de sus amigas; apaleada, violada y rajada de arriba abajo. La imaginé colgada de los pies en uno de los pasadizos bajos, con las tripas balanceándose junto a los brazos. Esa imagen no era mérito de mi imaginación. Realmente había ocurrido así aunque yo no lo vi. Me había enterado antes de ir a dormir, cuando llegó Ñam, jadeando, y me lo contó todo.

—Las han colgado de El puente del beso —dijo.

Yo estaba fuera de casa y me hurgaba las muelas con una raíz seca en aquel momento.

—¿A quién? —pregunté.

—A las polillas. —Se explicó entre ahogos. Tenía la frente perlada de sudor y su hedor agrio y dulzón me golpeó en las narices—. No a todas, solo tres de ellas. Les han dado una paliza de muerte y las han colgado del puente. Los sacerdotes del gozo las han bajado y las llevan a reciclar.

Mi mueca debió ser de espanto porque Ñam abrió la boca y puso una mano

en mi hombro, como si fuese a compadecerme o algo así.

—Tranquilo —dijo—, Ancas no es una de ellas. Habrá escapado con las otras.

Y yo desvié los ojos y me quedé mirando sus dedazos sucios sobre mi hombro.

Ñam me dejó al rato, apoyado en la baranda, mirando el vacío del pozo frente a mí. Supongo que, en parte, es la reacción que esperaba: mirada perdida, algunas palabras entrecortadas, un ligero temblor de manos... Pero la verdad es que yo no andaba pensando en Ancas. Ningún pensamiento real o concreto reverberaba en mi cabeza. Creo que, por primera vez en mi vida, experimenté un vacío mental gélido y aterrador. Permanecí fuera, frente a la oscuridad, hasta que callaron las discusiones de un padre y unos hermanos dentro de la cueva. Después entré y me tendí en mi nicho y creo que nunca, jamás, había dormido tan plácidamente. Desperté con el recuerdo de ese estúpido juego de los críos. Salté de la cama y busqué a Ancas, pero ella no estaba allí.

*

Me planté frente a la mesa como cada día. Suspiré desganado al contemplar el caos de cuencos, mendrugos reseco, restos de puré y manchas de aceite y gachas. Me eché la mano al bolsillo. Contemplé los pocos cristales de ámbar que me quedaban y el estómago rugió su opinión al respecto. Torcí la boca y me dije: ¿por qué no?, y decidí comprar algo de comer en las grutas sobre los hornos de piedra.

Salí a las galerías del pozo con un trote dicharachero que me sorprendió. La verdad es que estaba de muy buen humor. Saludé a Uñas desde lejos y también a los borrachos que jugaban a los dados. Mientras caminaba, trataba de imaginar qué podría comprar y dónde. Hacía tiempo que no pasaba por allí. Cuando trabajaba, solía comer en el negocio de un tipo que servía anguilas encebolladas, un cuenco de sopa y otro con vino por apenas un cristal de tres puntas. Pero la verdad es que, puestos a gastar, prefería probar el estofado de

la vieja Rita, que costaba un poco más y que nunca había podido permitirme.

Mi repentina alegría contrastaba con el ambiente general en el pozo. Habían corrido las noticias sobre el cruel destino de las polillas y la mayoría se mostraban recelosos y siniestros. El prefecto había desplegado sus guardias en cada encrucijada de la galería principal y algunos más patrullaban los túneles montados en *mecalodones*. Los hombres del prefecto, embutidos en sus armaduras de lamas remachadas, tenían un aspecto imponente. Los vidrios oscuros de sus ojos caían sobre ti y te estremecías como la respiración rota de sus ventiladores. Pasabas a su lado, evitando mirar hasta que, de repente, la punta de su pica rozaba el techo y soltaba un chispazo de estática que iluminaba el corredor y huías a la carrera de sus silbidos de vapor a presión. Oh, joder.

Abandoné mis andares saltarines y me sumergí en la pesadumbre general. Di un rodeo cuando me topé con un *mecalodón* que avanzaba en el Pasadizo de Coscorrones. Arañaba la piedra con sus garras y el motor rugía y gemía como un horno al que hubiesen arrojado un cesto de gatitos. De repente, ya no parecía tan buena idea ese ágape en el puesto de la vieja Rita. Me detuve a un lado, continué mi marcha, di media vuelta y me detuve de nuevo. Maldije para mis adentros. Di con la espalda contra la pared, metí las manos bajo mi saco y me mordí la lengua. El pozo recuperó su habitual atmósfera pesada y lúgubre y un escalofrío me lamió la nuca.

Definitivamente, sentirse feliz no había sido una buena idea. Pasaba todo el tiempo. Saltabas de la cama, ponías los pies allí fuera y un río de mierda y lágrimas te arrastraba con todos los demás. Era un sentimiento opresivo, duro y gélido como una lápida. Invencible. Así que me quedé un rato en las sombras, viendo pasar a los esclavos, *mecatactos* averiados, aguadores y prostitutas, chaperos, adictos y mercaderes de colágeno, como cada día desde hace un millón de años, disimulando para parecer uno más.

*

Pasado el rato, me dejé llevar por una pequeña multitud que salía en

dirección al templo. Caminaban en silencio, cabizbajos, la mayoría cubiertos por capotes de lana basta. La suspicacia me escocía en las narices. No es que yo fuese culpable de nada en concreto, pero tanto miedo me hacía parecerlo. Los guardias del prefecto no necesitaban mucho más para apartar a alguien y someterlo a un cacheo, cargarlo de cadenas y llevarlo a Los Hoyos. Un lugar a evitar.

Digamos que cuando alguien comete un crimen y lo pillan —siempre que no pertenezca a la casta sacerdotal, la administración o el hampa—, acaba en Los Hoyos. Huecos en la roca cerrados por gruesos barrotes oxidados, casi madrigueras diminutas en las que apenas puedes estirar las piernas y mucho menos echarte. Pasas las horas en la oscuridad y todo duele, hecho un ovillo, encogido con las piernas contra el pecho y la cabeza entre las rodillas. Y el eco de los gimoteos ajenos y las ratas y el tintineo de grilletes y el goteo constante... Las condenas son cortas porque nadie puede aguantar más de un par de semanas. Los que salen libres regresan tan torcidos como una raíz, devorados por el reuma o las infecciones, llenos de pústulas y casi ciegos. Algunos no regresan porque los devoran las ratas o, simplemente, porque los carceleros olvidan que han cumplido su pena y deben ser liberados. A nadie le importa un carajo.

Recuerdo que hubo un tiempo en que corría la historia de una mujer llamada Buena Racha que fue a parar a Los Hoyos más veces de las que podía contar. No tengo ni idea de cuál fue su crimen. Supongo que robar para alimentar a su prole. Tenía una suerte de mierda, era una negada que siempre acababa bajo las botas de la guardia cuando organizaban un Día de Juicios. Entraba y salía de Los Hoyos con tanta regularidad que acabó viviendo allí abajo más tiempo que nadie en el pozo. Todo un mérito. Buena Racha, por fin, había sido buena en algo. La última vez que la pillaron con las manos en bolsa ajena era un guiñapo que apenas se podía arrastrar de un lado a otro. Utilizaba dos bastones tan retorcidos como su espalda, había perdido la nariz y un ojo y el otro tenía la puntería de un borracho que no ha dormido en tres días, la chepa más baja que la cadera, calva excepto en la barbilla y sus dos únicos dientes le quedaban tan separados como un matrimonio mal avenido. La cuestión es que al parecer, estaba jodida. Quiero decir que si entraba en Los Hoyos no volvería a salir. Todo el mundo debió de darse cuenta y tampoco es

cuestión de ser un desalmado. Así que, durante el Día de Juicios, el prefecto le concedió un indulto, por esas cosas de la pena y la misericordia. Ella se rio en su cara y le escupió. Se cagó en todo su boato y condescendencia y le dijo que si quería mostrar piedad que liberase a todos a los que había condenado por hacer lo mismo que ella: robar para comer. Los guardias la cogieron y la tiraron por el balcón del palacio de la prefectura. Lo mejor de todo es que no murió. Se rompió las piernas y no sé cuántos huesos más y allí estuvo, lanzando escupitajos y maldiciones durante varios días. Nadie tuvo lo que hay que tener para bajar y meterle un tiro en su vieja y calva cabezota. ¿Qué os parece? Eso es lo que contaban por aquella época. Era una buena historia, pero ya nadie la recuerda porque, como digo, a nadie le importa lo que pasa con los que van allí abajo.

*

Compré unos rabos de lagartija que un tipo gordo y calvo freía en un perol tan grande como su panza. Caminé de aquí para allá, paladeando aquel triste aperitivo y comparándolo con un buen guiso caliente. Entonces lo vi. Mejor dicho, tropezó conmigo. A veces, las casualidades ofenden. Casi se me tiró encima, con un saco remendado queapestaba a meados sobre la cabeza y los ojos de un loco.

—¡Joder! —exclamé y nos miramos como quien descubre un fantasma—. Jo... der.

Se me cayó el cucurucho y el aceitoso tentempié acabó por el suelo. Ambos miramos abajo y después arriba y yo levanté una ceja.

—¿Lazo? —pregunté. No fue más que una pregunta refleja, una especie de anzuelo con el que pescar la imagen real de aquel joven bien parecido, esbelto y apuesto y todos los jodidos adjetivos que se puedan utilizar para describir a alguien que destaca como una perla en un charco de diarrea. Lazo era eso y mucho más y, joder, balbuceé otra vez sin poder evitarlo—. ¿La... Lazo?

Pero ya era tarde. Su rostro había desaparecido. Lazo, arrodillado a mis pies, lanzaba zarpazos a los rabos de lagartija y se los llevaba a la boca a

manos llenas. Yo no pude más que dar un paso atrás y dejarlo hacer, boquiabierto. ¿Era realmente Lazo? ¿Qué diablos le había pasado? Tenía un aspecto céreo y sucio, los ojos hundidos e hinchados, los labios pálidos y cubiertos de costras y heridas y un enorme grano en un lado de la nariz. Cuando se levantó, todavía masticando, fui incapaz de decir otra cosa.

—¿Lazo?

—Oye, Veintiuno. ¿Te llamas así verdad? —dijo mientras se chupaba los dedos, ansioso—. Necesito tu ayuda.

—Claro, claro, lo que quieras, tío.

Miró a ambos lados y me arrastró hasta un recodo. Hedía a sudor y a podrido, como si hubiese dormido en un catre de basura. Bajó la voz y habló a mi hombro.

—Tu una hermana, Ancas —dijo y, antes de continuar, levantó una ceja y susurró—, ¿sabes algo de ella?

Negué con la cabeza, incapaz de pestañear.

—Tengo que dar con ella. ¿No sabes...? —Entonces se detuvo y dio un paso atrás sin quitarme la mano del hombro. Me contempló como si tuviese que cerciorarse de a quién estaba hablando—. ¿Sabes lo que ha ocurrido?

—Algo he oído.

—Han ido a por ellas, Veintiuno, a por ellas.

—Sí, lo sé.

—Me he quitado del medio, ¿sabes? —dijo—. Por lo que pueda pasar.

—¿Por qué? ¿Qué tienes que ver tú con las polillas?

—Con ellas nada —respondió—. Con Ancas. Solo con Ancas.

—¿Tú y ella?

—¿Qué has escuchado? ¿Qué cuenta la gente?

—Nada. Bueno, dicen que las polillas mataron a Pocho.

—¡Mentira! ¡Es mentira!

Entonces fui yo quien dio un paso atrás y su mano se deslizó sobre mi pecho y fue consciente de lo que asomaba a mis ojos. El eco de mis dudas continuaba allí. Aquel triste escombros no era, ni de lejos, el que había fumado a mi lado. Si hubiese aparecido así en la casa del humo lo hubiesen echado a patadas como a un vulgar perro sarnoso. ¿Lazo? Esa pregunta insidiosa se estaba convirtiendo en un afilado estilete en mi lengua. Sonreí, no pude

evitarlo, quizá fueron los nervios, los míos y los suyos, pero la verdad es que era gracioso.

—Tengo que encontrar a tu una hermana —repitió casi en un murmullo. Miraba a todas partes con gesto ratonil.

—Yo... —dudé antes de continuar con fastidio—. Creo que está muerta, Lazo.

—No, no lo está.

—¿En serio? —salté—. ¿La has visto?

—Oye —encogió los hombros y me miró de pies a cabeza—. ¿Tú eres idiota? Te digo que tengo que encontrarla.

—Oh, vale. Estará con las polillas, ¿no?

—Ellas también la buscan, Veintiuno —aclaró—. Tengo que dar con ella. Tengo que encontrarla lo antes posible. Si la pillan esos matones de Pizkos...

—Tranquilo, ¿vale? —dije y él se envaró y vistió una máscara ofendida. Se volvió de costado y me ofreció un perfil derrotado. Paseó su mirada alrededor mientras murmuraba algo. Después comenzó a sollozar.

Hay algo patético en un hombre joven que llora. No importan realmente los motivos. La impotencia es una máscara teatral que hace patente la distancia con el espectador. Luchas por mantener a raya la vergüenza ajena, por ponerte en el lugar del otro, pero es imposible y acabas haciendo lo que se espera que hagas, como en un manual de instrucciones o un ritual religioso. Se recostó en mi pecho, le acaricé el pelo y nos quedamos así un buen rato, mientras él lloraba y yo murmuraba su nombre. Lazo. ¿Lazo? Hasta que sorbió los mocos, nos miramos y yo hablé.

*

Tenemos que estar juntos en esto, ¿sabes? Juntos, quiero decir, porque nos han jodido a los dos. Yo... mi una hermana, ¿quién sabe dónde estará o qué le habrán hecho? No me mires así, no, tú también los conoces, son unos hijos de puta asesinos. Y los rumores que me han llegado, buf, son acojonantes. Dicen que las han colgado de sus propias tripas. Sí, joder. Hijos de puta. Yo no sé

qué es lo que hicieron. ¿Qué ocurre? ¿Tan seguro estás de que no mataron a Pocho? Preséntate en casa de Piskos y haz una declaración jurada. Hazlo. ¿No? ¡Ja! Algo habrán hecho esas putitas. ¿Sabes dónde están? ¿Por qué no las delatas? ¿Qué ocurre? No me mires así. ¿Vas a arriesgar tu vida por ellas y sus chanchullos? Mira, tú y Ancas... eres casi parte de una familia para mí. Lo digo en serio. Haría cualquier cosa por vosotros. Si resulta que ella está viva... Dime dónde están las polillas. Yo la buscaré por ti. Nadie tendrá por qué saberlo. Si las buscan, algo habrán hecho. Tal vez fue como esa vez que los hijos de Trapecio se pusieron a vender *bok* en las galerías de Piskos. ¿Te acuerdas? ¿Sabes lo que pasó? Que los despellejaron a todos, después les arrancaron los huevos y se los enviaron a su una madre en un frasco. Eso fue muy cruel porque ella no tenía nada que ver y, de todas formas, si ya estaban muertos, ¿para qué hacer sufrir a la vieja? Cabrones. Son así de crueles. No tienen sentimientos. Oye, ¿estás bien? Te tiemblan las manos. Tío, tienes que ser fuerte ahora. Si vienen a por ti... ¿lo has pensado? Quizá las polillas hayan huido, algunas, pero las que han caído podrían haberte acusado a ti. Es probable, ¿lo has pensado? Porque si estabas con ellas y ahora te buscan... huele a lo que huele. No me jodas, yo solo quiero ayudarte, pero deberías pensarlo. Lo has hecho, ¿verdad?, porque sabes que es cierto. Joder, no me puedo imaginar a mi una hermana, la pobre y pequeña Ancas. Si la han cogido, lo que le habrán hecho esos cabrones. Hijos de puta. Espero que haya escapado. Que no la cojan con vida porque si no... si la cogen con vida son capaces de, no sé... arrancarle sus pequeñas tetas y, no sé. Alguien me contó una vez que una de las putas de Piskos era un poco rebelde, que hablaba más de la cuenta con quien no debía, cosas de la privacidad y... ¿sabes lo que le hicieron? ¿Lo sabes? La metieron en un quirófano y, joder, son así de salvajes, fuera brazos y piernas y le pusieron un pico dorado en la cara, remachado desde aquí hasta la boca y ahora está en una jaula en las cámaras de Piskos. ¿Qué te parece? La tienen viva, como un puto pájaro de carne, embutida en correas y recosida como un saco. Dicen que llora mucho, que a veces se escucha y que es bonito, que suena muy bien. Pero tú tranquilo, Lazo. Lo que tienes que hacer ahora es esconderte y yo me encargo de buscar a Ancas por ti. Que le den a las polillas. ¿No? ¿Estarás en un agujero en el Pozo Susurros? Bien pensado. Es zona de adictos. No te buscarán ahí. Yo me encargo de

vigilar y preguntar por ti. Te visitaré si descubro algo. Lo que sea. Estamos juntos en esto, ¿vale? Estamos juntos. Joder, ven aquí. Dame un abrazo.

*

Horas después, tendido en mi nicho, con la manta hasta la nariz y los ojos entrecerrados, no pude conciliar el sueño. En momentos como aquel, en que el insomnio se cuele contigo en el catre y te susurra a la nuca, te das cuenta de lo ruidosas que son las noches en el pozo. No existe el silencio. Alguien se mantiene despierto y alimenta las calderas allá abajo, los pistones y las válvulas bufan y, de vez en cuando, ecos metálicos ascienden por las tuberías junto con el caótico baile de las cadenas. Un aullido repentino rompía aquel falso silencio, interminable, sostenido, hasta convertirse en un quejumbroso lloriqueo que iba y venía. Y mientras, las campanas anunciaban el paso de las horas y el comienzo de una nueva jornada. Pronto, los sacerdotes alzarían sus plegarias y la luz iluminaría cada galería. Máquinas a toda potencia, molinos de agua que giran, martillos percutores. Había llegado el momento de hacer algo con mi vida.

Esperé a que un padre y unos hermanos dejaran el camino libre. Me deslicé fuera del nicho. No sé por qué motivo abrí la cortina del hueco de Ancas, como si fuese a encontrarla tumbada, con los ojos abiertos —ojos de pez, escamas húmedas—, y todo hubiese sido parte de un sueño turbio. Pero ella no estaba y yo resoplé y recordé todo. Me senté a la mesa. Estaba sediento y el agua me resultó gélida y purificadora. No comí nada aunque masticaba. Lazo y Ancas deberían haber escapado. Quizá habían imaginado una vida en la superficie, caminando erguidos, la piel tostada, el aire fresco. Sí, deberían haber escapado. Había algo optimista en ello, un deseo obscuro de ser mejor, vivir mejor. ¿Existe algo así? ¿Es posible? Soñar en un futuro lejos del pozo me parece tan ofensivo como reírse en la cara de un ciego. ¿A qué estamos jugando? Paladeé mi saliva agria y torcí el gesto. Un ratón cruzó bajo mis pies, atrapó una migaja con el hocico y regresó a su guarida.

Me calcé las botas de trapo, me eché un saco sobre los hombros y fui al

encuentro de Papi Pizkos. En adelante, todo ocurrió como una duermevela ebria. Mis pies de fantasma me llevaron a través del pasadizo del mercado, hasta la gran escalinata y la galería superior, entre una marabunta de ociosos desaliñados que esquivaban los juicios de los sacerdotes. Bramaba por la nariz, los ojos escocidos, tenso como un alambre. Antes de alcanzar la entrada a la gruta de Pizkos exclamé mis intenciones, casi a voz en grito. Un grupo de matones se volvieron hacia mí, silenciosos, enormes en sus deformidades mecánicas. Yo repetí aquellas palabras, las escupí casi como un desafío.

—Vengo a ver a Papi Pizkos —dije—. Sé cómo encontrar a las polillas.

*

Esperé en una cueva limpia y bien iluminada de paredes pulidas y techos altos. Butacones con reposabrazos de fieltro y una mesa baja en el centro con un jarrón y flores de plástico. Un máquina de aire acondicionado deslizaba una brisa fresca a ras de suelo. Ni rastro del habitual hedor a ceniza requemada y basura podrida. Caminé de una parte a otra con andares distraídos, supongo que de la misma forma en que uno se acerca a un cebo sospechoso, y contemplé de cerca uno de los butacones. Madera sin carcoma. Terciopelo granate. Sin duda era una trampa, tenía que serlo. A la mierda, me dije antes de saltar sobre el asiento. Los pies apenas me rozaban el suelo. Traté de acomodarme, pero mi culo huesudo era incapaz de encontrar su hueco. Los reposabrazos me cayeron demasiado separados y el respaldo tan lejano que acabé tendido y descoyuntado. Efectivamente, era una trampa. Cuando los secuaces de Pizkos irrumpieron en la habitación, yo me revolcaba en su fango decorativo.

Entraron tres tipos y se quedaron allí plantados, quizá tan sorprendidos como yo. Intenté saltar de la butaca, aunque solo conseguí arrastrarme hasta el suelo. Ellos intercambiaron una mirada indefinida. Tal vez se preguntasen quién era yo y por qué demonios restregaba la roña de mi espalda contra sus butacones de terciopelo y, lo más importante de todo, por qué tenían que permitirlo en lugar de meterme un pedazo de plomo en mi calva cabeza. Todas

esas cosas y quizá alguna más, viajaron de las cejas de uno a los hombros del otro después de pasar por la mueca del tercero. Me puse en pie y me disculpé sin una palabra.

Fue en ese momento cuando fui consciente de la gravedad de mi situación. Dos de mis anfitriones cumplían el patrón por el que tallaban a todos los matones de Piskos. Un par de moles de músculos hipertrofiados, modificados aquí y allá, con implantes remachados y tuercas y tornillos en sus carnes recosidas. Sin embargo, el otro era diferente: una mujer esbelta como una navaja, con ropas limpias y bien planchadas, sin parches ni remiendos. Su camisa tenía todos los botones. La piel morena, las uñas cortas, los ojos almendrados y oscuros como el pelo, ni largo ni corto. Nada de canas, cicatrices ni manchas en la piel, delatorias de enfermedades y desnutrición. Era —oh sí, podía serlo— una mujer de la superficie.

—¿Es este? —preguntó ella.

Me desinflé con un suspiro. Estaba jodido de verdad. Los otros solo eran los típicos secuaces, violentos y estúpidos, mandados, al fin y al cabo. Pero la morena... esa era peligrosa de verdad. Un escalofrío me sacudió como un pez fuera de la charca cuando me estudió de pies a cabeza. Supongo que, a sus ojos, no era más que un famélico desharrapado, cubierto de mugre y costras, medio calvo y con dos dientes menos.

—Veintiuno —dije. Tragué saliva y repetí, aunque no lo suficientemente fuerte como para que abandonase mis labios resecaos—. Veintiuno.

La morena dio un paso al frente. Se detuvo. Me observó de nuevo y entrecerró los ojos.

—¿Qué es lo que quieres, Veintiuno? —preguntó.

—Quiero ver a Papi Piskos —respondí.

Los mastodontes rieron como un motor acatarrado y ella se giró sobre el hombro y compartió con ellos una sonrisa cómplice.

—Nadie ve nunca a Papi Piskos —explicó.

Vaya. Hasta ahí llegaba mi plan.

—¿Qué es lo que quieres de él? —continuó.

—Trabajo —respondí. El hielo crujió bajo mis pies.

De nuevo compartieron una risita perruna. Ella, sin embargo, me mostró su simpatía y también sus dientes blancos y grandes y se acercó un paso más.

—No te ofendas, Veintiuno, pero ¿por qué tendría que hacer Papi Pizkos algo por ti? ¿Acaso tiene alguna deuda contigo?

—Por supuesto que tiene una deuda conmigo. No soy imbécil, ¿sabes? He venido a cobrar lo que me debe.

Si no hubiese sido por el zumbido de una mosca sobre nuestras cabezas, podría haberse escuchado los gimoteos de mi culo palpitante, intentando no cagarse encima. Lo que fuese que tenía tanta gracia hasta el momento, la perdió de repente.

—Explícate —dijo con los labios tan fruncidos como un mal bordado.

*

Deberíais tratar mejor a vuestros amigos. Lo que oyes, yo soy de los vuestros. Pero no como esos dos zánganos que te acompañan. Lo digo sin ánimo de ofender, compadres. Soy de los amigos que te interesan, con los que vale la pena tener una deuda. Y una cosa me vas a reconocer, te pongas como te pongas, tenéis una deuda conmigo. ¿No te suena mi nombre? Veintiuno. ¿No te suena? Pues la culpa es de tus asalariados que no hacen bien su trabajo. Yo les dije quien estaba detrás de la desaparición de Pocho. ¿Te suenan esas chiquillas traviesas a las que os habéis dedicado a colgar de los puentes durante los últimos días? Las polillas, sí. Pues fui yo el que os puso al tanto de todo el asunto. Se lo dije a un tío de cara tatuada que se acompañaba de un gordo asqueroso que se parecía a ese de ahí atrás. Sin ofender. La cuestión es que me dieron un puñado de cristales y me dijeron que si tenía algo más de información sobre el tema viniese a ver a Pizkos, que estaban en deuda conmigo y bla, bla, bla... Un montón de mentiras, por lo que veo. ¿Qué ocurre? ¿No me crees? Busca a esa rata tatuada y te lo confirmará. Aunque lo importante no es eso. Lo importante es que habéis ido a por ellas y se os han escapado, ¿verdad? ¿Me equivoco?

No, espera un momento. ¿Puedo sentarme? Joder, son cómodas estas butacas. Así está mejor, sí. No me has dicho tu nombre. Yo me he presentado pero no sé tu nombre. Me iría bien saber cómo te llamas para comenzar con mi

relato. Lo llamo relato porque es toda una historia, no porque no sea verdad. Dime tu nombre. ¿Elas? ¿En serio? Joder, qué bonito. Tú no eres de por aquí abajo, ¿verdad? Lo sabía. Pero vayamos a lo que importa, Elas: mi historia.

Os dije que las polillas se habían cargado a Pocho. Pero ¿por qué hicieron algo así? Podrían haber continuado con su triste existencia de buscavidas y maleantes, robando a borrachos y acuchillando a pobres niños perdidos de otras bandas. Pero no. Decidieron meterse con Pocho y con su padrino: Papi Pizkos. Gran cagada. Y, aquí viene lo importante, ¿sabéis por qué lo hicieron? Por amor, oh sí, por amor. Personalmente pensaba que no existía algo así en el pozo, que todos éramos, bueno, ya sabéis... Animales con una pizca de máquinas o viceversa. ¿Qué más da? Cuando estás tan jodido, ¿qué te queda cuando estás de mierda hasta el cuello? Es lo que yo pensaba, pero ya veis, me equivoqué. Así es que las polillas decidieron ayudar a una de sus amigas para que escapase a la superficie con su amor verdadero. La amiga en cuestión era mi una hermana, Ancas, que vosotros colgasteis de un puente hace un par de días, después de apalearla y vete a saber cuántas cosas más. ¿Quién era él? Un guaperas comenabos que ha salido corriendo y se esconde en un lugar seguro hasta que pase el terremoto. Habéis dado palos de ciego a diestra y siniestra y han pagado justos por pecadores. Ancas y Lazo no tenían nada que ver con todo este rollo. Tal vez, en resumidas cuentas, la culpa es del amor, ¿por qué no matarlo a él? ¡Jajaja! Pocho os roba, se lo cargan y, joder, lo habéis hecho muy mal. No te sorprendas, sé más de lo que supones. Pero como digo, ¿qué vais a hacer ahora? ¿Quieres a todas las polillas? Yo puedo llevarte hasta ellas. Tan solo manda un par de tus gorilas a por él, lo ablandas un poco y yo haré el resto. Con delicadeza y discreción. Nadie quiere que la guardia del prefecto meta sus narices. ¿Tenemos un trato?

Se llama Lazo. Se esconde en el Pozo Susurros. Y ahora me debéis una hermana y un montón de cristales.

*

Al abandonar las casas de Papi Pizkos me vine abajo. Fue como si una

lluvia ácida se hubiese llevado mis huesos y los músculos y la piel hasta no dejar nada más que un montón de tripas y pulpa vibrante. Había dicho muchas cosas y algunas verdades —antes a Lazo y después a Elas— y con las palabras habían brotado en mi cabeza imágenes y eso las había convertido en verdaderas. ¿No es así como funcionan las cosas? Nada existe hasta que lo imaginamos. Abres la boca y dices: han muerto, todas muertas; de las formas más horribles; torturadas, hechas trizas; suplicaban cuando las arrojaron a los perros hambrientos; sin piedad, las violaron por todos sus agujeros y las dejaron morir de hambre y sed; desangradas al fondo de una sima oscura. Dices eso y lo imaginas y entonces se vuelve real, aparece como por obra de magia en tu cabeza y puedes verlo; las palabras se hacen sonidos y después gusto, tacto y olfato; porque está ahí, la sangre viscosa y los gritos y la peste a sudor y a mierda, a dolor, a saliva rancia. Así que tenía todas aquellas imágenes, sonidos, sabores y olores en mi cabeza y no sabía si había ocurrido realmente, pero me estaba matando. ¿Podéis olerlo? ¿Notáis el regusto acre bajo la lengua, en la punta de los dedos, bajo las uñas? Hacedlo ahora, llevaos los dedos a la nariz y hacedlo. Quizá huelas a comida, a tabaco, a polvo o barro. Pero dale tiempo, cierra los ojos, persiste y aparecerá. ¿Qué es eso? ¿Huele a lágrimas? ¿A muerte? Sangre y carne bajo las uñas. Está ahí, o estuvo hace un tiempo—, la violencia, el dolor. ¿Lo recuerdas? ¿Puedes sentirlo? Si lo piensas es real, existe. Palabras que se materializan tras los párpados. ¿Recuerdas lo que ocurrió? ¿Sientes el hedor en ti? Son esas manchas invisibles que perduran. Qué locura. Había matado a Ancas con la imaginación, de muchas formas posibles. Y no podía deshacerme del hedor a perro muerto, a sexo rancio y sucio. Esa peste que habitaba en las líneas de mis palmas, en los pliegues tras las orejas, en el ombligo. Escupí y me lamí la mugre de las manos, pero las escenas de muerte persistían como falsos recuerdos.

Arrastré mi flojera hasta la casa de humo más cercana y me pagué una buena pipa de *bok*. Creo que fumé como nunca lo había hecho, con un ansia devoradora. Poco a poco, me relajé. Apoyé la cabeza en el muro y respiré aliviado. El tiempo se había quedado atrapado en las hebras de la droga. Ya no había vértigo ni ansiedad alguna. El agotamiento me lamía los músculos de las piernas. Me recosté sobre el codo y seguí fumando hasta que escuché el

golpeteo. Era un redoble arrítmico que nacía de la nube de humo que cubría el techo de la gruta. Me llevó un rato encontrar el origen de aquel persistente zumbido. Una polilla ciega revoloteaba sobre nosotros, golpeándose contra la piedra en una fuga condenada al fracaso. Recuerdo que me atraganté y comencé a toser y a reír al mismo tiempo y todos los drogatas del lugar me miraron sin comprender nada.

*

Al igual que en los últimos días, regresé a casa cuando toda mi familia estaba allí. Todos menos Ancas. Iba tan colocado que apenas podía mantenerme en pie. Había vomitado en el camino de vuelta. Lo hice desde un puente colgante y la vomitona se convirtió en una mancha parda en el viaducto de más abajo. Algunos trabajadores comenzaron a dar voces y a levantar los puños hacia mí, pero estaba tan ido que continué asomado a la baranda, escupiendo babas y bilis sobre ellos sin preocuparme por si se decidían a subir y romperme el culo. No lo hicieron y llegué a casa sano y salvo, con el saco manchado por mi propio vómito y los ojos como una llaga.

Al cruzar la puerta me topé con un padre y unos hermanos sentados a la mesa. Todos se volvieron hacia mí. Intenté guardar la compostura y balbuceé unas palabras. No recuerdo lo que dije. Miré de reojo a un lado, al nicho de Ancas. Tenía la cortina echada. Sentí la tentación de apartar la maltrecha tela y echar un vistazo en el interior. Quería comprobar si el camastro continuaba como yo lo había dejado o si Ancas había pasado en algún momento por allí. A recoger sus cosas, hacer la maleta, el petate con su basura emocional. Sin embargo, a través de los desgarrones mal cosidos, me pareció adivinar su figura. Ancas estaba dentro, tendida en el jergón, jugando con sus muñecas de trapo. Estreché los párpados y tendí la oreja cuando escuché una tenue cantinela en el interior. Oh, sí, estaba en su nicho. Pero me mataba la curiosidad y mi imaginación insistía en especulaciones y cuentos y la presentaba magullada y rota, con la piel hecha tiras y los ojos vueltos del revés.

—¿De dónde vienes? —dijo Gago desde la mesa.

Di un brinco y me alejé del nicho de Ancas. Toda sospecha de que estuviese allí se desvaneció al instante. Esperaban una respuesta. Todos excepto un padre, que arrancó un pedazo de una hogaza mohosa y continuó con la cena. Mi una familia al completo. Toda una panda de mastodontes y brutos que transpiraban, entre otros humores, su desprecio por mí. Supongo que a sus ojos y lentes mecánicas, yo no era más que un escuálido montón de sangre y mierda que no impresionaba a nadie. Ellos, tan modificados, tan a imagen y semejanza de un padre, a medida de un mundo violento y despiadado, incapaces de ser otra cosa más que lo que se esperaba de ellos. Tal vez por eso el desprecio era recíproco, por su incapacidad para cuestionarse la vida en el pozo, la una familia o incluso a ellos mismos. Tanto alambre y fusibles para nada. Yo, sin embargo, estaba dispuesto a lo que fuera, a cualquier cosa, y eso me honraba.

—¿Tú qué crees? —respondí.

Y debió de creerlo porque regresaron a su cena y a su discusión anodina. Me senté a la mesa. Gero se hizo a un lado y me acercó un cuenco y un mendrugo de pan. Después me guiñó su ojo alegre. Una cremallera dividía su cara desde la frente hasta el mentón, sobre la nariz. Ancas y yo solíamos llamarlas así, a sus dos caras, alegre y triste, porque un costado parecía un camaleón y el otro era un ojo sin párpado que lloraba y lloraba continuamente. Gero no era un mal un hermano cuando te tocaba del lado de su cara alegre. Aunque, a la larga, el lado triste se hacía con el control y lo convertía en un cobarde que te vendía ante un padre o te abandonaba en el momento menos esperado. En cierta manera, me daba algo de pena y creo que yo a él también porque había una misericordia muda en sus atenciones. Como las de un *genetista* que alimenta a una cobaya.

—¿Sabéis lo que ha pasado hoy en el trabajo? —salté, de repente. No sé por qué lo hice. Supongo que los efluvios de la droga tomaron el control durante un momento y pusieron palabras donde no debían. Ya he dicho que el *bok* me suelta la lengua. Al fin y al cabo, no tenía trabajo en absoluto y al día siguiente era día de cobro y mi parte para el presupuesto familiar había salido de las arcas de Papi Pizkos. La chispa de la inteligencia. A veces, el disimulo te convierte en una presa fácil. Podía lanzarme al suelo y hacerme el muerto o

dar brincos y saltos de alegría. ¿Por qué no? Mi jovial sonrisa se topó con un muro de silencio y expectación al tiempo. Todos me escuchaban. Incluso un padre levantó sus lentes del cuenco y detuvo la cuchara frente a la mandíbula.

—¿Qué? —preguntó Gago.

*

Es muy gracioso. Sí, muy gracioso. ¿Recordáis a Rosca? Ya os hablé de él hace tiempo. ¿No? Bueno, pues resulta que ayer estábamos en el trabajo, como siempre. Habían traído dos o tres carretillas llenas de cantos rodados de esos de granito que son tan duros. Deben de estar excavando una sima nueva o algo así, porque no me lo explico. Será que el palacio del prefecto necesita más columnas para la fachada. Vete a saber. Bueno, pues habían traído, yo no sé cuánto habían traído, pero era un montón. Y Gorro nos dijo: «no se va nadie a casa hasta que acabéis con el último guijarro». Los quiero tan molidos como la harina. Venga, a dar martillazos, y Gorro por detrás, controlando que no se nos escapase ni uno. Dando voces: «deprisa, inútiles, deprisa; de aquí no se va nadie hasta que acabemos». A veces, es un hijoputa adorable. No sabéis lo que es eso, de verdad. No quiero decir que no sepáis lo que es trabajar, lo vuestro es mucho peor, pero es que... desmenuzar guijarros es como... se te escapan y saltan por todas partes, joder, es como si tuviesen vida propia. Y los dedos, joder, mirad cómo tengo los putos dedos. Y una madre siempre decía que yo tenía manos de artista. ¿Os acordáis? Manos de artista decía la pobre. ¡Ja! Bueno, da igual. Volvamos a Rosca. Resulta que el muy bobo ya había sido amonestado por llegar tarde y claro, a la tercera te vas a la calle y... ¿a quién pretende engañar? Solo es un pobre idiota. No lo digo por decir, es un idiota rematado. Si no sirve para picar piedra, ¿qué podría hacer? Es como yo, pero sin talento natural. Es broma. Como decía, Rosca estaba pica que te pica, y le entran unas ganas terribles de mear, pero no tiene permiso y aguanta y aguanta y pica piedra. Me fijé en que ponía una cara rara, pero ¿cómo no hacerlo cuando un gordo gangoso te grita mientras picas piedra? El pobre Rosca estaba ahí, con las piernas cruzadas, pica y pica y aguanta. ¡Hasta que

no acabéis con el último pedrusco no se va nadie a casa! Y, joder, no deja de sorprenderme el cuerpo humano. ¿No os pasa lo mismo? Quiero decir, a veces te dices: somos putas máquinas, mejores, sí mucho mejores que máquinas. Porque, ¿habéis pensado alguna vez lo que aguanta toda esta carne y huesos y...? Es la hostia. Y solo es carne blanda, nada que ver con el hierro. No sé. Rosca se estaba meando y... hay que ser idiota, de verdad, para aguantar tanto. Porque, joder, podría haberse meado encima y habríamos hecho chistes con eso durante todo el ciclo. ¿Y qué pasa? ¿Dónde está el problema? Conclusión: le reventó la vejiga y hoy lo han encontrado muerto en su nicho. Dicen que estaba hinchado como un balón y le salía pus y porquería por el pito. Joder, qué asco. Se meó por dentro. ¿Qué os parece? ¿No es para mondarse? Se meó por dentro. Joder, y lo mejor de todo es que mañana es día de paga. El tío va y se mata un día antes. Se meó por dentro el hijoputa. En fin, me voy a dormir. Buenas noches a todos.

*

No tuve ningún sueño esa noche o lo tuve y no puedo recordarlo. Me escabullí aliviado por deshacerme de una familia, me tumbé en mi catre y corrí la cortina. Resoplé un par de veces y, antes de que pudiese decir «paja», me dormí con una sonrisa en los labios. Me hubiese gustado darle vueltas a mi plan para sacarle a Lazo el escondite de las polillas, la historia esa de Pocho como hijo bastardo de Papi Piskos o su asesinato y desaparición, pero no pudo ser. Crucé las piernas y enlacé las manos sobre el ombligo. No era consciente, la verdad, de lo que estaba por venir. ¿Cómo podía adivinarlo? Si existiese la posibilidad de regresar al pasado y establecerse allí, como un templo o lugar imperecedero, creo que regresaría a ese momento exacto, en mi nicho, colocado, borracho y feliz. Creo que ese fue mi último instante de felicidad verdadera. ¿Por qué? No estoy seguro de eso. Creo que comenzaba a atisbar un final feliz.

En el pozo, la felicidad nada tiene que ver con comer, follar, ropa limpia, jabón y... nada tiene que ver con eso. No quiero decir que los matones del

hampa o el prefecto y sus funcionarios no sean más felices porque viven mejor. Joder, claro que viven mejor. No duermen en nidos de chinches, ni se les pudren las encías; se cambian de ropa cuando quieren y lavan sus calzones, ¡los lavan con agua! No quiero decir que lo sean por todas esas cosas y que nosotros no podamos serlo por todo lo contrario. Aunque es así, joder, puede ser así.

La verdad es que yo era feliz en mi camastro, con mis parásitos, mi desnutrición y mi borrachera. ¿Me convierte eso en un desgraciado? Supongo. ¿Hay algo más miserable que sentirse bien con poco? Justificarse es lo peor que hacemos aquí abajo. Pensamos que los de arriba también padecen enfermedades, que se pueden romper un pie o parir un hijo tonto. Tenemos salud. Pero es mentira, ni siquiera eso. Vas a palmar igual, idiota, ¿por qué te consuelas? Es algo que suele ocurrir cuando picas piedra o cuando dan una paliza a otro por un cuenco de sopa, te justificas con la justicia divina; te dices que pronto moriremos todos y eso es cierto, solo hay un pozo de reciclaje al que tirar los cadáveres, obesos o flacos. Aunque, llegados al momento del reciclaje, ya no importa. La felicidad es una anguila juguetona que se cuela entre las piernas, relájate y déjate llevar o te vas a perder el polvo de tu vida. Visto desde la distancia, para nosotros, sentirse bien es un pecado. Ojalá pudiese regresar al nicho, justo antes de que Ancas me despertase.

*

—Despierta —susurró Ancas—. Despierta, Veintiuno, despierta.

—¿Qué? ¿Quién?

—Soy yo.

—Joder, ¿quién...?

—Soy yo, idiota. Ancas.

—Dios mecánico, pero... No estás muerta.

—Vamos fuera.

—No estás muerta.

—Calla de una vez y sal ya, idiota.

Salté de mi nicho y la cueva me dio vueltas. Una vaharada de vómito rancio me arañó la garganta. Estaba oscuro. La pequeña llama azul titilaba en la lámpara y apenas licuaba las sombras. Escuché los ronquidos de unos hermanos y el burbujeo de sus sistemas vitales. Sobre la mesa, los cuencos de la cena y un par de frascas de latón. Estaba tan hambriento que el estómago se me asomó a la garganta en busca de combustible sólido. Me acaricié el cuello, pringoso de sudor, y miré afuera. Ancas se había convertido en una silueta que esperaba en el umbral de la cueva. Salí y cerré la lona con delicadeza.

—Necesito que me ayudes, Veintiuno —dijo.

No pude articular respuesta alguna. Ancas había cambiado. Tenía los ojos hinchados, pero brillantes, las lágrimas habían abierto surcos en la mugre de su cara. Transpiraba la resistencia gélida del hielo.

—Joder... —murmuré y ella me dio un puñetazo en el hombro.

—Cómo vuelvas a decir que no estoy muerta te reviento.

—Pero ¿dónde estabas?

—Por ahí, no importa. Necesito esconderme un tiempo.

—Y ¿qué quieres que haga yo? Como no te metas en mi nicho...

—Mierda, joder, solo quiero que lleves un mensaje a alguien.

—¿Y no puedes llevarlo tú?

—¿Estás loco? ¿Es que no te has enterado?

—¿Yo? ¿De qué?

—Joder, Veintiuno —concluyó ella tras mirarme con una mezcla de compasión y hastío—. Papi Pizskos ha enviado a los suyos a por nosotras.

—¿Vosotras? —Inclinó su peso sobre una cadera, sus ojos se salieron de las órbitas y yo me abochorné un poco y bufé—. Sí, sí, lo sé. Todo el mundo lo sabe.

—¿El qué? ¿Qué es lo que sabes?

—Nada. Bueno, dicen que atizasteis a Pocho para robar a Pizskos y luego...

—Eso es una mierda, una mierda que no sé de dónde ha salido.

—No sé. ¿No habéis matado a Pocho?

—Escúchame, idiota. Las polillas hemos hecho muchas cosas, pero no hemos matado a ese Pocho, y mucho menos robado a Pizskos. ¿Crees que estamos locas? Puede que nos hayamos metido en su territorio, pero ¿robarle?

Ni de coña.

—No sé, quizá necesitabas una buena cantidad de ámbar para, no sé... — musité y alargué las vocales más allá de la prudencia—. ¿Pagarte un topo y salir de aquí?

Ancas dio un paso atrás. Sus mejillas se aflojaron y pestañeó varias veces antes de preguntar.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué es lo que sabes?

—La gente habla, a veces, en la casa del humo. Sí, en la casa del humo, ¿qué pasa? Puedes pensar lo que quieras, pero no somos idiotas. También soñamos allí abajo y cuando alguien se marcha todos lo sabemos.

—¿Quién se ha marchado?

—Uno de los nuestros.

—¿Quién?!

—Lazo. Se marchó a toda prisa esta mañana. ¿De dónde habrá sacado el cristal para un topo?

Ancas se desinfló y recuperó su aspecto cotidiano, apagada y escuálida como una lombriz harapienta. Un sollozo roto sacudió sus labios.

—Ancas. —La tomé por el hombro, pero se escabulló hacia las sombras.

Corrí tras ella y grité su nombre un par de veces. El corazón me golpeaba en el pecho y en las sienes y se sincronizaba con el sordo sonido de los hornos y las máquinas en las profundidades del pozo. La alcancé a la entrada de un túnel lóbrego y sin iluminación. Corría arrastrando los pies, con los brazos blandos, gimoteando. La atrapé porque quiso, supongo. Ancas era una polilla y si hubiese querido habría desaparecido en aquella madeja de pasadizos y grutas excavadas en la roca, como hizo tantas otras veces. Así que no deseaba huir o escapar sino llorar y gritar, pero estaba afónica y seca como un pellejo muerto.

—Ancas —dije—. ¿Qué ocurre?

Ella sollozó de forma ridícula. Me resultaba graciosa su forma de llorar. Cuando se la veía vencida, vulnerable, cerraba los ojos, arrugaba los labios y masticaba gemidos y medias palabras. Al fin y al cabo era una niña que vestía el disfraz del dolor y la derrota. Sin embargo, me resultaba difícil no reír cuando lloraba.

—Íbamos a hacerlo juntos, joder —explicó—. Él y yo. Teníamos que

escapar juntos.

—¿Lazo y tú?

—Era nuestro plan, nuestro... ¡Era mi plan!

Con esas palabras dio una dentellada al aire caliente de la gruta. Me acerqué a ella, poco a poco. Extendí una mano al frente, como quien pretende acariciar a una gata rabiosa.

—Ancas... —murmuré al tiempo que la tomaba por el hombro—. Lo siento mucho...

Ella se revolvió y me lanzó un zarpazo.

—¡No me toques, joder! —masculló—. Ni se te ocurra tocarme.

—Oye —salté atrás hasta una distancia segura—, ¿qué es lo que quieres de mí? ¿Qué quieres que haga? Llevaré un mensaje a quien tú me digas.

—Nada. Da igual. Ya no tienes que hacer nada —se arañó el rostro mientras se quejaba con rabia ciega—. ¡Joder! Y se ha llevado todos los cristales, el muy... ¡Joder!

—¿Lazo tenía cristales? ¿Muchos? Así que es verdad, él mató a Pocho y, en lugar de repartir con vosotras el botín, ha desaparecido.

¿Lo has pensado? Joder, es verdad. Mató al idiota de Pocho y se ha largado.

—Para ya, Veintiuno.

—Pero...

—¡Fuera!

—Ancas, no llores. Mira, todo saldrá bien. Puedo hablar con ellos. ¿Me escuchas? Yo puedo hablar con ellos. No llores. Pizkos me debe un favor. Bueno, él no, pero algunos de sus matones, digamos que me deben un favor. Iré y hablaré con ellos.

—Pero ¿qué dices?

—Déjame a mí. Has venido en busca de ayuda, ¿no? ¿Qué ocurre? Joder, para eso somos una familia. Lazo te la ha jugado, te la ha jugado bien, lo sé. No llores, por favor. Pero no todo está perdido, ¿vale? Yo hablaré con los matones de Pizkos. Les diré, no sé, les diré que fue cosa de las otras, que tú estabas fuera y no tienes nada que ver con la muerte de Pocho.

—Pero es que nadie tiene nada que ver con la muerte de Pocho. Joder, ¿es que no lo entiendes?

—Escucha, Ancas, estoy aquí para ayudarte, ¿vale? Quiero que dejes esto en mis manos y te ocultes unos días. ¿De acuerdo? Nada de regresar con las polillas. Ni se te ocurra frecuentar sus madrigueras.

—¿Estás loco? —escupió—. Lo han puesto todo patas arriba.

—Y ¿dónde están las polillas? ¿Dónde se esconden?

Me miró con el gesto de una rata recién ensartada en una trampa.

—De acuerdo. No me lo digas —continuó—. Pero no regreses con ellas. No será seguro por un tiempo. Déjame pensar. Ya lo tengo. ¿Sabes dónde puedes ocultarte? En el agujero de Pocho.

Él ya no lo va a necesitar y a Pizkos y los suyos no se les ocurrirá buscarte ahí. Solo dame unos días para hablar con ellos y convencerlos de tu inocencia.

—Yo soy inocente, Veintiuno, soy inocente.

—Por supuesto. Claro que sí.

Y le di un abrazo. No sé por qué hice eso, pero le di un abrazo.

*

¿Para qué sirven las riquezas? ¿Se puede decir: soy mejor, más alto, más guapo porque tengo tanto más que tú? Los cristales de ámbar no sirven para nada. Son pequeños y cortantes y se pierden entre las costuras de los bolsillos cuando más los necesitas. No puedes comer cristales, ni fumarlos, ni siquiera vestirte con ellos si tienes frío. Puedes comprar cosas, para eso sí que sirven. Después de mi charla con Elas, me encontré en la galería principal, con los bolsillos llenos de cristales de tres y cinco puntas y dos palmaditas en la espalda. Vuelve cuando quieras, Veintiuno, me dijeron. ¿Qué podía hacer con mi pequeño tesoro? De momento pasar inadvertido. No cometería el mismo error que Pocho. Así que cuando regresé a mi nicho, tras la visita de Ancas, me dio por ponerme profundo. Había dado un paso en la dirección correcta, pero no era suficiente, no para mí. Porque, ¿qué podía comprar con tan poco? ¿Acaso cambiaría algo? Quiero decir, podría hacer como los chulos y los traficantes con suerte: comprar ropa y darme un baño con agua caliente, comer

estofado y beber vino blanco, hacerme unas botas de cuero y un collar tachonado, botones de oro, un colchón de lana con almohada y mantas sin agujeros para el nicho. Y después de todo, al regresar a la cueva, limpio y bien vestido, con la panza llena y borracho y también colocado y, posiblemente, habiéndome follado a una o dos putas de las que tienen dientes; cuando todo eso ocurriese y me dejase caer en mi colchón nuevo bajo mis mantas nuevas, ¿vendrían a mí también nuevos sueños? ¿Persistirían las viejas pesadillas de siempre al cerrar los ojos? Y, al despertar, ¿estarían allí un padre y unos hermanos y las campanas y los aullidos de los sacerdotes y sus látigos morales, llamando al trabajo? Continuaría todo igual, en este reino de la inmundicia y la corrupción. ¿Para qué sirven las riquezas en este pozo de mierda?

Me sentí un poco triste, no solo por mí, por todos. Suspiré y me encogí de hombros y fui a pagarme una borrachera, un par de putas y todo lo demás.

*

Las predicciones se cumplen. No siempre. A veces ocurre. No quiero decir que en aquel entonces yo supiese cómo acabaría todo, pero sí se puede llegar a esas metas estúpidas que marcan los deseos evanescentes. Quería putas y *Savia* y también un baño y ropa y un colchón nuevo. Eso fue lo que tuve. Después, desperté en mi nicho, como los días anteriores, pero sin pulgas. Hasta ahí alcanzaba el pronóstico de mi vida a corto plazo.

Por primera vez, no busqué a una hermana Ancas en su nicho al levantarme porque ya sabía donde estaba. Tampoco acudí a la batalla diaria con cucarachas y ratones por los restos del desayuno. Me calcé mis botas nuevas, un saco sin agujeros ni manchas y anudado con un cinturón de cuero, y salí afuera entre bostezos. Una nube de gas hediondo ascendía por la chimenea del pozo. Las lámparas se desvanecían en la tormenta. Explosiones atronaban allá abajo. Habían abierto una nueva brecha en la roca. Repentinamente se alternaban con el repicar de los martillos y los gritos. En breve se anunciaría trabajo para todos. Era una buena noticia. Los *mecatactos* dejarían paso a una

legión de encadenados y vagonetas repletas de minerales, tierra y roca rota. Explotarían aquella veta como carroñeros de las profundidades, con avaricia y ansia hambrienta, mientras las máquinas y los excavadores husmeaban otros túneles y pasadizos en busca de nuevas vetas y caminos a ninguna parte. Francamente, el mundo debe de estar tan hueco y carcomido que no entiendo cómo no se viene todo abajo.

Al desvanecerse la nube de gas apareció la procesión. Los sacerdotes golpeaban sus tambores de piel y danzaban descalzos, sacudiendo tobilleras de cascabeles y campanillas. Una multitud los seguía, semidesnudos, agitándose al ritmo frenético, brazos en alto, lanzando alabanzas y plegarias. Los vi ascender como un gusano que se estira y se arrastra, se descompone y se une de nuevo. Los aullidos llegaron a la baranda de mi galería y, con ellos, una canción enloquecida y sin sentido, casi un trance místico. Los cuerpos húmedos resplandecían como escamas pálidas. Algunos follaban en los rincones, con la misma gula y violencia con que se arañan y muerden y lamen sus heridas. No había ningún placer en ello. Tan solo era una celebración desesperada, mecánica como Dios, como ellos mismos, tan parcheados y descompuestos, recosidos y llenos de modificaciones y complementos.

Una sensación vertiginosa me agarró del estómago. El vacío profundo del pozo se convirtió en un horizonte elástico. La curiosidad por el futuro competía con la seguridad de que las cosas solo podían ir a peor. Mi mayor temor había sido acabar como ellos, bailando y celebrando un nuevo agujero en el que padecer y sufrir hasta el final de mis días. Podía parecer una idiotez, pero no lo era. Llegados a aquel punto, cada nuevo instrumento de tortura era un motivo de alegría y jolgorio. Con tanta plegaria y oración, tanto excavar y alimentar los hornos, uno llega a confundir los extremos y desea la humillación, escupitajos y bastonazos en el lomo. De otra forma, si no es así, se revuelve con toda la rabia contra el que no lo desprecia como hacen los sacerdotes, los funcionarios, los otros mineros...

Amor, odio y tiempo libre.

*

No pensaba ir tan temprano a la casa del humo, pero me encontré a Ñam y decidí invitarlo a fumar. Di con él en una esquina, jugando a los dados con una panda de tullidos y maleantes a los que abandonó al verme pasar.

—¡Eh, Veintiuno! —dijo—. ¿Dónde vas tan contento?

Yo no respondí. Levanté un poco el mentón y lo siguieron las cejas y los hombros. Me hinché como un globo por el gesto anonadado de Ñam. Señaló mis botas y pellizó la tela de mi nueva camisa con expresión bovina. Entonces sonrió, brazos en jarras. Había una obligación en aquella pose, una pulpa herida que se exponía vulnerable. No le culpé por ello. Yo hubiese hecho igual o peor. La miseria ciega a gente como nosotros, nos roba el altruismo, nos condena a la envidia. No es genético o inevitable, se enseña en la escuela. Los sacerdotes lo prefieren, es parte de lo convenido. Así que Ñam disimuló su odio y, en lugar de saltar sobre mí, arrancarme la ropa y hurgar en mis bolsillos, me palmeó en la espalda. Era un verdadero amigo. Yo correspondí con mi parte y lo invité a la casa del humo para darme un baño de admiración. Sentir el asombro y la envidia de tus iguales es básico para deshacerte de ellos. Al dejarlos atrás, sueltas todo ese lastre en que se ha convertido tu nombre y tu rostro y tu presente y tu pasado. Yo sabía eso. Quizá también Ñam, así que oculté la realidad de mi fortuna con pequeñas y necesarias ficciones literarias.

Explicué que había vendido algunas cosas. En parte era cierto. Hay que incluir pequeñas pinceladas de realidad en los relatos si se pretende alcanzar la credibilidad. Había vendido algunas cosas, sí, a Papi Pizkos. La simple mención de su nombre ya despertó el interés de Ñam en mi historia. Le encendí la pipa durante una pausa dramática y él desvió de nuevo la mirada a mi nuevo aspecto y asintió varias veces. Ahora comenzaba a comprender. Pero ¿qué podía tener yo que interesase a Pizkos? Y lo más importante de todo, ¿podía Ñam participar de ello? Porque, si él no podía sentir se identificado y, de alguna manera, cercano a mi golpe de suerte, ¿qué sentido tenía todo? Quiero decir que Ñam tenía que sentir que todo aquello —unas botas casi nuevas, una camisa sin agujeros, la panza llena de comida caliente y un catre sin pulgas— le podía pasar a él.

—¿Qué cosas? —preguntó, aunque su tono y gesto pretendían decir: ¿qué puedes tener tú que interese a Papi Pizkos?

—Palabras.

—¿Palabras? —Soltó una risita ronca—. Las palabras no pueden venderse y, aunque así fuera, ¿por qué pagaría Papi por escucharte?

—Esa es la diferencia entre tú y yo. Donde tú ves aire yo veo una posibilidad de negocio. Quiero prosperar en esta vida, Ñam. ¿Lo entiendes? Quiero ascender, vivir más arriba.

—¡Eh! —protestó—. Yo también quiero prosperar.

—¿En serio? Pues no lo parece.

—¿Por qué dices eso?

—Solo digo que no lo parece. ¿Qué haces para cambiar las cosas? Fumas, bebes y... ¿qué haces para cambiar tu situación?

—¡Oye! Hago exactamente lo mismo que haces tú, Veintiuno.

—Sí. Ya lo veo —dijo y, a modo de conclusión, desplegué los brazos y di una vuelta completa.

Ñam se mordió los labios.

—Estoy esperando —dijo.

—Pues sigue esperando. No te quedan muchos ciclos de vida. No te lo tomes como algo personal, es estadística.

Nos quedamos un rato en silencio. Fumamos otra pipa y bebimos leche agria de un odre de piel viscosa.

—¿Qué palabras? —preguntó Ñam sin levantar la vista del suelo—. ¿Qué palabras le vendiste a Papi?

—Las de otros. No tuve que inventar nada. Solo lo que escuché por ahí.

—¿No son poemas ni cuentos para dormir?

—¿Poemas? Capullo. Papi necesita unas orejas grandes y unos ojos en la oscuridad y yo se los doy.

—Joder, Veintiuno —dijo con aires de revelación—. Eres un soplón.

—No digas eso.

—Lo has dicho tú, no yo.

—Joder, cállate. No soy un soplón.

—¿Tiene que ver con lo que me contaste?

Arrugué el cejo e hice memoria.

—Lo de Pocho —explicó.

—¿Qué te conté de Pocho?

—Que las polillas le dieron reciclaje —respondió.

—Ah, sí. Eso —torcí la boca y suspiré—. Y ¿qué?

—Joder, Veintiuno —murmuró él—. No deberías meterte con Pizkos. Déjate de historias.

—No me meto con él —repliqué—. Necesitan saber y yo les ayudo.

—Por eso han ido a por ellas... —un aire siniestro apagó su voz—. A por las polillas.

Hincó la frente sobre las rodillas y no dijo nada más. Guardó silencio un buen rato. Encendí la pipa y se la pasé, pero no la aceptó. Le di un manotazo en el hombro con el dorso de los dedos.

—Es un secreto —grazné de forma brusca—. Es un secreto, ¿me escuchas?

Se inclinó a un lado, apenas lo suficiente como para mirarme desde el ángulo de los párpados. De la misma forma, quizá, en que mira un perro apaleado, incapaz de escapar porque el miedo lo paraliza, con ese reproche insoportable de su victimismo. Presentí una amenaza sutil, casi como una sanguijuela que se desliza en el agua sucia. El buen humor formó un charquito oscuro a mis pies. Levanté el puño y Ñam se cubrió la cara.

*

Había cometido un error. Ñam no quería ser como yo, de hecho me había convertido en todo aquello que él no deseaba ser. Eso suponía un contratiempo, no demasiado importante, pero sí decisivo para esta historia. En adelante, su sonrisa se convirtió en una línea escuálida. Sus ojos en destellos esquivos. Ya no pronunció una palabra más. Fumamos una pipa en silencio y, cuando llegó Tú-Tú y algunos otros, se sentó lejos de mí. Quizá fue cosa del *bok*, pero sentí unas ganas terribles de llorar y un puño me estranguló la garganta. El jolgorio de la conversación me revolvió el estómago y las nauseas inundaron mi boca. Las palabras se extraviaron en los rincones. Ya solo escuchaba un coro de gallinas que cloqueaba y se columpiaba en la frontera de la tiniebla. Me abracé las rodillas, hincé la barbilla en el pecho. Si pudiese matarlos a todos, pensaba, si pudiese matarlos.

Los juicios morales son odiosos, especialmente en un lugar en que la moral es un cepo abandonado en una gruta oscura, esperando su próxima víctima. He visto hombres buenos caer a los pies de una multitud hambrienta, morir aplastados por la codicia y la desesperación; mujeres que confiaron en la buena voluntad y fueron violadas y convertidas en esclavas; niños vendidos a cachos a los traficantes de colágeno; guardias y funcionarios que cobran sus favores en carne; sacerdotes venidos al mundo a hacer reales sus pesadillas; todos ellos tumores y enfermedades que se transmiten por monotonía. Y, sin embargo, es diferente en la casa del humo. La solidaridad de las lampreas. O quizá sea yo, cegado por la oscuridad o por un parásito de esos que viven bajo la piel.

Encontré los ojos de Ñam en la distancia cuando alguien dijo: *¿sabéis lo de Lazo?*

Se tendió un puente entre nosotros. El miedo y el odio circulaban en ambas direcciones. Supe, en aquel momento, que mataría a Ñam. Creo que él también lo supo. Había un eco de necesidad en ello. Caminaría hasta él y me sentaría a su lado. Él entregaría la cabeza a mi regazo, con sumisión cariñosa, y yo acariciaría su pelo sucio y la piel tan fina bajo su mentón. Sin la mugre, las cicatrices ni las lágrimas, Ñam no era más que un niño, como los otros, críos que cargan con la tumba a cuestas. Después le rajaría el cuello y su sangre empaparía mis manos. Eso me recuerda los sacrificios en el templo. Bautizar los mecanismos con sangre es un ritual profético. Yo me bañaría con la sangre de mis amigos, en sus pecados, para convertirme en otra clase de máquina, una de carne y caos.

Fue él quien se levantó, sin despegar su atención de mí. Pasó sin despedirse y salió afuera. Alguien explicaba la paliza que le habían dado a Lazo los matones de Pizkos. Pagué una ronda para todos y me despedí, pero nadie lo agradeció, tan solo se quedaron mirándome, como un montón de cucarachas negras.

Corrí tras Ñam, creo que incluso grité su nombre un par de veces. Nadie acude a la llamada de las excusas. Y, con su carrera, me había robado el derecho a explicarme. Era una sentencia en firme. En ese momento comprendí que son las reacciones de los otros las que nos definen y no solo nuestras acciones.

*

La rebeldía siempre sale cara. Uno emerge de las profundidades para eso, para ser rebelde, aunque con el tiempo lo convierten en un montón de chatarra con engranajes, tuercas y soldaduras por todas partes. Y en el proceso, en el camino que transcurre desde el primer grito y el puño en alto, hasta el quirófano o el pozo de reciclaje, se vive como en un sueño, en un paisaje blando y tibio por el que deslizarse. Pensamos que nuestros pasos son nuestros, que las huellas que seguimos son de otros, y no es así. Somos títeres que caminan en círculos, tras la pista de sus propios tropiezos.

La reflexión es odiosa y complicada y un mundo violento es más sencillo y fácil de masticar. A quién le importa. Ñam se alejó, corriendo por los túneles a oscuras. Supongo que prefería caer en un pozo o romperse un pie a tener que mirarme a los ojos de nuevo. La gente como yo siempre pierde a alguien por el camino. Hay mucha soledad en ese periplo. Desde la distancia, creo que Ñam me malinterpretó, que no entendió mis explicaciones o las sacó de contexto. Yo no era un soplón sino un inventor de historias, aunque para él eso era lo mismo. Nada más alejado de la realidad. El soplón se limita a mover la información de un lugar a otro a cambio de un beneficio económico. Sin embargo, mi labor era mucho más profunda e inextricable. Digamos que era un campo de juego en el que mezclar realidad y ficción. Vivíamos en una representación y, sobre nuestras cabezas, infinitas hebras sostenían títeres y atrezo. Sacudía las cuerdas con curiosidad aséptica y poder que otorga el conocimiento. Quizá también me tentaba cortar alguna de ellas. Por primera vez, era dueño de mi destino y del de los otros.

*

El nido de Lazo en el Pozo Susurros estaba iluminado por la débil llamita de una vela. Me asomé a la cortina de piel y dije *hola*. No recibí respuesta

alguna. Era una pequeña gruta en forma de te excavada en la roca. Las paredes pulidas, con unas pocas pinturas de colores y cristales decorativos. El suelo cubierto por alfombras de esparto. Una mesa pequeña. Un fogón. Una alacena sin pretensiones. Había un suave aroma a emplasto, a aceite aromático. La vela se desparramaba en un cuenco de cerámica. Apenas humeaba. La observé de cerca. Buena cera. Casi seguro el regalo de algún amante.

—¿Lazo? —dije.

Un gemido lastimoso se escuchó al fondo.

Tomé la vela y la levanté sobre mi cabeza. Un anillo dorado recorrió las paredes. Sentí un miedo atroz. La misma clase de miedo que uno experimenta en el breve periodo de tiempo en que la imaginación impone sus reglas, pero la razón sabe que no es suficiente, que es peor, mucho peor. Es como acercarse a un espejo poco a poco y dudar con cada paso del reflejo, que no está ahí, no es real. Sería terrible algo así. No reconocerse en ese extraño imitador de los movimientos y las muecas propios, fingiendo hasta que te das la vuelta. Ser consciente, en todo momento, del mundo a nuestra espalda, ese aliento en la nuca que obliga a volverse y a reír de forma tonta pero cargada de terror, el terror.

Lazo estaba tendido en el jergón, cubierto por una manta hasta el cuello. El tronco había adoptado una postura incómoda por necesidad, torcido a un lado, casi de costado. ¿Quién sabe lo que había allí abajo? ¿Quién sabe si su cuerpo se había convertido en una pulpa gelatinosa, los huesos hechos astillas, los riñones naufragando en su propio caldo? La verdad es que podía ser cualquier cosa, una serpiente o una explosión de tentáculos retráctiles. Lazo volvió el rostro hacia mí y dijo algo que no llegué a entender, un balbuceo sanguinolento. Su rostro había desaparecido bajo un alud de carne abotargada; los ojos ciegos, los labios partidos y deformes, un filete que cubría unos pocos dientes rotos. Una mano apareció como un abanico maltratado. No fue un gesto protector o suplicante, sino más bien un reflejo de la vergüenza que intentaba ocultar su miseria.

—Soy Veintiuno —dije.

Él se dejó caer en el colchón y se volvió hacia la pared. Regurgitó un gáñido desesperado, quizá porque en el fondo esperaba que acabase todo, que fuese yo un asaltador o un sacasebos y pusiese fin a su martirio de una vez. Me

arrodillé junto a él, dejé la vela y le acaricié la cabeza. La sangre seca había convertido su pelo en una costra escamosa.

—Te lo dije, Lazo. —Puse la mano en su hombro e insistí—. Te dije que te venderían.

Lazo se giró de repente. Los ojos presos en una red de capilares desbordados. Me agarró con sus dedos viscosos. Balbuceaba entre salivazos de espuma rosa. No sé qué dijo. Apenas entendí algunas sílabas. Me encogí de hombros, sonreí y le devolví el apretón de manos.

—Las polillas —confesé con alegría infantil—. Te dije que no dudarían en echarte encima a los matones de Pizkos. Dicen que tú mataste a Pocho. ¿Puedes creerlo?

Murmuró de nuevo. Tendí la oreja. Lo animé a pronunciar esas palabras. Solté su mano y le acaricié la cara magullada. Me acerqué tanto que casi podría haberle besado, rozar con mis labios sus labios rotos, sentir su saliva sangrienta en mi boca, el caldo supurante de su cuerpo herido.

—Dime dónde están —deslicé mi voz y los dedos entre su pelo—. Lo haremos por Ancas. Por la pobre Ancas, Lazo.

Pero entonces su voz asomó al poso coagulado de su garganta.

—Necesito un médico, Veintiuno —dijo.

—Conozco un tipo de la galería ciento doce que es bastante bueno con los huesos rotos y los zurcidos —dije.

—No. Un médico de verdad —explicó—. Un cirujano.

Tomé aire y resoplé por la nariz. Paladeé el hedor de la sangre y la carne herida.

—Es caro, Lazo —dije—. Es muy caro y... yo no puedo ayudarte.

Lazo hablaba entre dientes, quizá por el esfuerzo o porque retenía una rabia impotente.

—No importa. —Me cogió de la mano y se incorporó—. Tengo mucho más. Pero es para ella. Es nuestro.

—¿Ancas?

Él asintió y yo desvié la mirada. Me mordí los labios antes de hablar.

—Lazo —dije—. Ancas está muerta. La cogieron ayer.

El sudor perlaba su frente.

—Un soplón la denunció —suspiré—, uno que se llama Ñam.

Lazo se recostó y cerró los ojos. Estuvo quieto y en silencio durante mucho rato. El culo se me congeló sobre el suelo de piedra. Finalmente, se incorporó y rebuscó entre las mantas.

—Quiero que tomes esto —dijo y tendió un saco de piel que guardaba bajo el colchón— y que busques un cirujano para mí.

—¿Ahora? —balbuceé yo—. Pero... esto es una fortuna, Lazo.

—Trae un médico de los que viven en las casas altas, Veintiuno. Tengo amistades allí arriba —burbujas de sangre estallaban en sus labios—. Este era el cristal que teníamos para escapar. Era mi... mi... —y rompió a llorar.

—¿Y con Ñam? —pregunté—. ¿Qué hago con Ñam?

Pasó del llanto a la rabia, me agarró por la pechera de mi saco y me sacudió.

—Esto no quedará así, Veintiuno —dijo—. Vamos avengamos. Tú y yo.

—¿Tú y yo?

—No puede quedar así —y comenzó a lloriquear de nuevo—. Ancas. La pequeña Ancas.

—Sé donde puedo encontrar a Ñam —dije casi en un susurro—. Dime dónde están las polillas y les daremos su merecido a todos. Tú y yo, Lazo.

Él se volvió y enseñó un cepo de dientes rotos.

—¡No! —rugió—. A Pizkos. Mataremos a Pizkos, Veintiuno.

Tartamudeé aquel nombre varias veces. Él me cogió de las manos. Tenía los dedos viscosos. El recuerdo de mi una hermana dio una pincelada trágica a la escena. Lazo desfalleció tras su repentino ataque de rabia. Se encogió, entre sollozos, y yo me quedé arrodillado junto a su lecho, con un saco de cristales entre las piernas y sin saber muy bien qué hacer. La verdad es que podría haber dicho a Lazo que Ancas estaba viva y que lo esperaba en el antiguo agujero de Pocho. Pero, ¿de qué hubiese servido? El pobre desgraciado tenía el aspecto de un tumor extirpado y arrojado al cubo de la basura. ¿Para qué añadir más sufrimiento al escaso tiempo que le quedaba? Arrodillado a su lado comencé a sollozar también. Al principio mi propio llanto me sonó ridículo, como un instrumento desafinado que no tocaba desde hacía años. Abrí la boca y un gemido largo y desafinado se arrastró por mi garganta. Lazo se sacudió y me lanzó una mirada torva y congestionada. Creo que le tomó un momento interpretar aquel sonido a becerro famélico, como si fuese una

parodia cómica de la desesperación. Pero no lo era. Las lágrimas brotaron y con ellas me asaltó un llanto sincero. Quién sabe por qué estaba llorando. Desde luego, yo no lo sabía. Me ahogaba en mis propias babas, entre vagidos y toses. Di con el puño en el suelo y, al mirar arriba, aullé. Me salió de muy adentro. Lazo se incorporó apenas, apoyado en la pared tras él. Creo que incluso se asustó un poco. Hiqué las uñas en sus mantas y me derrumbé en su regazo. Pasó un instante hasta que me acarició el pelo. Yo hundía el rostro en su vientre y él me consolaba.

—No pasa nada —dijo con voz magullada—. Todo saldrá bien.

Era mentira; una mentira piadosa. Hay pocas cosas peores que la caridad. Nadie debería compadecerse de los demás. Al hacerlo los convierte en sombras, los empuja a un lugar mísero y patético del que es imposible salir. Supongo que Lazo se sintió indignado, tentado a tomar una vasija con sus manos heridas y destrozarla en mi coronilla. Quizá incluso imaginó que podía rajarme el cuello con uno de los pedazos y contemplar mis gorgoteos mientras me desangraba a sus pies. Y, sin embargo, deslizó sus contusiones en mi piel, ignoró sus labios heridos y dijo «todo saldrá bien».

Murmuró aquellas palabras de forma mecánica durante un buen rato. Después nos quedamos en silencio hasta que se quedó dormido. Antes de salir, me guardé el saquito de piel con todos sus cristales y pellizqué la llama de la vela, convertida en un amor fo charco tibio.

*

Tres cuevas más abajo de la mía, vivía una familia como cualquier otra. Normal según los parámetros del pozo y las galerías bajas. Un padre borracho, una madre que salía temprano y regresaba tarde, unos hermanos con más partes de metal que de carne y unos cuantos mocosos por el suelo. Normales como todo el mundo. La cuestión es que uno de aquellos chiquillos, no demasiado pequeño ni demasiado mayor —tendría unos cuatro o cinco ciclos—, se dedicaba a bravuconear por toda la galería. A todo el mundo le hacía gracia y él se crecía con las risas, como un actor de teatro subterráneo.

Parecía un forzado en miniatura. ¿Cómo le llamaban? Qué más da. Joder, era muy gracioso. Aunque él se lo tomaba en serio. Sacaba pecho y levantaba la barbilla, ceñudo. Solía montar guardia en la puerta y no era raro verlo repartir puñetazos y patadas cuando los mineros lo provocaban con sus risas. Se había convertido en una especie de mascota, de esas que no se comen. Fuera como fuese, un día se puso delante de un *minero koher* de último nivel. ¿Por qué carajo estaba allí ese mastodonte? Supongo que estaba frito, que sus circuitos se habían fundido y ya no podía ni articular una palabra con sentido. El *koher* lo aplastó de un manotazo sin pensarlo dos veces. Después lo reventó como una pequeña uva bajo sus pies hidráulicos. Un padre y una madre dieron voces y gritos. Su pequeño bravucón se escurría en forma de chorretones por las paredes. Se pusieron como locos, aunque ¿qué carajo esperaban? Era cuestión de tiempo. Se montó una gorda en la galería, con curiosos, los guardias del prefecto y la una madre histérica. Supongo que, después de aquello, reciclaron al *koher*. También harían lo propio con los trozos del niño forzado. Y a eso voy. Yo también acabaría reciclado si trataba de meterme con Papi Pizkos y sus matones. Venganza, Veintiuno. ¿Será posible? Las promesas a los moribundos no son nada más que ceniza al viento. Y encima, ni siquiera le había sacado dónde estaban las polillas. Juegos inútiles que te hacen perder el tiempo.

*

Conozco a los traficantes de la zona baja. No me refiero a los adictos que trapichean con polvo de hueso y que acuchillarían a su propia madre por una dosis. Mis contactos eran Boris y Tuerca. Gente de fiar. Boris era el que hablaba. Tuerca, el decorado tras él y se dedicaba a moverse al ritmo de una música que se escuchaba solo en su cabeza. Era tan grande como el gorila más hormonado de Pizkos. Nadie sabía a buen seguro qué diablos había hecho para que su cuerpo se desarrollase así. Se rumoreaba que era un experimento fallido de los *genetistas* del prefecto. Como es habitual en estos casos, su tamaño era inversamente proporcional a su inteligencia. Dominaba, sin

trabarse, media docena de palabras diferentes y un amplio repertorio de gruñidos. Lo importante es que siempre estaba con Boris, era su seguro de vida y viceversa.

Le compré un par de cominos de *savia*. Esnifé uno antes de escabullirme al refugio de mi nicho. Todos dormían. Se escuchaban sus ronquidos y las válvulas y pistones, escapes de gas y fugas de aceite. Hogar dulce hogar.

Saqué de debajo del colchón los cristales y desparramé ambos sacos entre mis piernas. Era un buen botín. Debería haberlo contado. Separar los de tres y cinco puntas. En su lugar me quedé pasmado, con una sonrisa floja que se convirtió en carcajada cuando puse los huevos y la picha sobre mi pequeña fortuna. Dos días atrás no tenía ni para comprar pan rancio. La vida da muchas vueltas, esa era la única esperanza allá abajo. Podías morir o hacerte rico; supongo que la gran mayoría de pobres desgraciados, drogadictos o analfabetos que utilizaban aquel razonamiento para guiar sus vidas acababan muertos; eso me hizo sentir más afortunado si cabe. Cuando la muerte te rodea y no te toca, es que algo maravilloso está ocurriendo, así que aprovéchalo.

Esnifé un poco más y cavilé cuál sería el siguiente paso. Mi plan con Lazo se había ido al carajo. En ningún caso iba a embarcarme en una venganza contra Papi Pizkos. Sin embargo, después de otorgar a Ñam el papel de soplón, se me ocurrió una idea. Imaginé a Ancas, oculta en la pútrida cueva de Pocho. Tenía una deuda con ella, eso era innegable. La pobre esperaba escapar a la superficie y conquistar una vida nueva y lo único que había conseguido, hasta el momento, era una soga sobre su cabeza y un novio al que le habían roto dos veces todos los huesos del cuerpo. De alguna manera me sentí responsable. Al fin y al cabo, era su un hermano mayor y tenía que cuidar de ella. A cambio, Ancas me ayudaría a encontrar a su antigua banda, le gustase o no.

De todas formas, primero tenía que solucionar otros problemas. Si algo aprendí durante las horas en que picaba piedra y aguantaba los aspavientos de Gorro, es que nada sale gratis en esta vida y que cuanto más tienes, más puedes. En aquel momento, entre mis piernas, bajo mi polla blanda y mis bolas, tenía mucho ámbar. Aquí abajo el ámbar se gasta en droga, en apuestas, en contratar unos matones para que se carguen a alguien o un par de putas durante unas horas. ¿Y qué conseguías con eso? Es como quemar carbón, tarde

o temprano se acaba. Sin embargo, si prendes una montaña de turba y calienta las grutas, crecen hongos que puedes vender, comprar una casa del humo, fichar a unos cuantos adictos, un matón a jornada completa, un nicho limpio... No es que pensara meterme en el negocio de la turba. Se llama símil. Los mandamases de arriba que rodean al prefecto tienen un nombre para esas cosas: inversión.

*

Un sacerdote daba un sermón en la encrucijada que comunicaba la galería principal con el túnel que daba acceso a los agujeros en que vivía Ñam y su familia. No era su familia de sangre y semen, como la mía. A Ñam lo habían encontrado en un montón de basura, todo cubierto de fluidos y colgajos coagulados. Las ratas se habían dado un festín con la placenta y con todas esas cosas que las una madre echan fuera cuando paren. También royeron sus orejas y los dedos de los pies. Su nuevo padre pasaba por allí y lo llevaron a casa entre bromas ebrias. *¡Ñam! Qué bocado más delicioso para las ratas.* Así se le quedó el nombre. Supongo que cuando pasaron la borrachera ya era demasiado tarde para devolverlo a las ratas y lo criaron como si fuese uno más de su desgraciada prole.

Ñam ya no frecuentaba la casa del humo en la que solíamos compartir pipas. Nadie lo había visto en un par de días. No tuve que insistir demasiado para que comenzase a circular el rumor de que Ñam era un topo de Pizkos y que había vendido a Lazo y quizá también a las polillas. Cuando Tú-Tú me preguntó dejé escapar una lagrimita y hablé de mi pobre hermana. Después, con un tono siniestro dije algo como «decid a todo el mundo que Veintiuno lo busca». Y, en parte, era cierto.

Todo mi plan pasaba por plantarme en aquella encrucijada y esperar hasta que Ñam apareciese. Era cuestión de tiempo y paciencia. Aunque no había contado con aquel maldito sacerdote y su sermón. Al principio, apoyé la espalda en la pared y crucé los brazos, haciendo oídos sordos a su perorata. Unos veinte pasmarotes se repartieron alrededor de su cajón. El sacerdote

había comenzado fuerte su discurso, dando voces y aspavientos, lanzando amenazas a diestro y siniestro. Era un tipo curioso en sus formas, huesudo pero con una panza puntiaguda, casi de preñada adolescente. La cabeza afeitada hasta la mitad cráneo, como el resto de monjes, y con tatuajes sobre las cejas y por toda la frente. Vestía un hábito de saco, tan sucio y remendado como el de la mayoría de su audiencia.

—¡Arrepentíos! —gritaba—. ¡Arrepentíos y entregad vuestro cuerpo al dios de la mecánica! ¡Abandonad el espíritu y entregad la carne! ¡Sed útiles, porque solo los útiles vivirán la vida eterna!

Durante un buen rato me dediqué hacer burla sin miedo a que otros me viesen. Algunos críos se daban codazos en la última fila e imitaban al monje y sus salivazos coléricos. Tomé aire y, por qué no decirlo, me sentí orgulloso de aquellos chiquillos. Pensé: *míralos, la endogamia y las enfermedades no pueden con ellos*. Pero ese pensamiento se marchitó al poco y dejó en su lugar un poso de amargura, como cuando vomitas y te sacas con la lengua tropezones de comida a medio digerir de entre los dientes. En parte, el sacerdote llevaba razón. Su dogma era la mejor salida. ¿Para qué oponer resistencia? Sin duda lo más recomendable era entregar el cuerpo a la iglesia y que hiciesen con él lo que les viniese en gana, convertirlo en un instrumento industrial, ser útil. Y aquellos chicos, tarde o temprano, se convertirían en eso, instrumentos útiles o piezas inservibles; mineros, creyentes, contables, *mecattractos*... o, por otra parte: adictos, mendigos, chaperas, buscavidas, sacos de sebo y colágeno cuyos pellejos rechupados abandonaría alguna banda de ladrones en una galería oscura. No había más posibilidades, igual que una acequia solo tiene dos lados; una acequia de agua pútrida y muerta.

Con tanto pensamiento sombrío no caí en que la audiencia del monje se esfumaba en un goteo lento pero constante. Primero desaparecieron los chicos, cosa que el monje agradeció. Después, el resto de ellos. Cuando quise darme cuenta, el monje me hablaba directamente. Miré a los lados, disimulando, incluso silbé un poco y me metí el dedo en la nariz, pero el tipo no se rendía. Cuando cambió su discurso a la segunda persona del singular, decidí que era el momento de desaparecer. Lo escuché aullar unos últimos versículos. Había algo de súplica en su tono.

No me tomó demasiado tiempo dar con un traficante oculto en una grieta en

la roca. Tras un breve regateo, compré una bola de pasta de *kif* porque supuse que la espera podía ser larga. Cuando regresé el monje todavía estaba allí, sentado en su púlpito ambulante. Los codos sobre los muslos, la mirada entre sus pies descalzos. Al levantar la vista me sorprendió frente a él y yo, tonto de mí, me detuve en seco sin saber qué hacer. Saludé con un golpe de barbilla, caminé de forma distraída y me apoyé de nuevo en la pared. El tipo no me quitó los ojos de encima. Parecía agotado más que disgustado. Nos quedamos el uno frente al otro, un buen rato. Yo mascaba el *kif* con un sonido a rumiante desdentado y él me miraba.

—¿No hay segunda sesión? —farfullé con la boca llena. Escupí a un lado, pero un chorretón oscuro me manchó el pecho.

No pareció hacerle mucha gracia mi broma. Suspiró y hundió la cabeza entre los hombros. Sus cejas también se vinieron abajo, y la carne exigua de sus mejillas. Yo sonreí. Crucé los brazos con suficiencia. El *kif* comenzaba a hacer efecto. Me hinché como un globo de tripa. Recogí la lengua y preparé un nuevo escupitajo, pero me atraganté cuando el monje se levantó de un brinco y cargó hacia mí. En tres zancadas me acorraló contra la pared. Estaba enfurruñado, los ojos ardientes y oscuros y los puños cerrados a los costados. Me tragué la pasta de *kif*. Esperaba una ración de bofetadas, incluso quizá un rodillazo y alguna patada en el suelo.

—Te doy dos de tres si me dejas chuparte la polla —dijo.

Ni siquiera bajó el tono o trató de ocultarse, joder. Creo que fue eso lo que más me sorprendió. No respondí en el acto. Balbuceé algunas excusas, con los dientes manchados de pasta marrón y babas. Las rodillas me flaquearon y tartamudeé unos cuantos pronombres y sílabas sueltas. El monje dio media vuelta con la misma rapidez con la que se había lanzado hacia mí, cargó con su púlpito bajo el brazo y me dejó solo.

*

—¡Ñam! —grité cuando lo vi aparecer.

No sé cuantas horas había esperado, pero llevaba un colocón

considerable. Tenía los ojos tan abiertos como un mochuelo de roca y la mandíbula rígida y dolorida. Ñam se espantó al verme, quizá por la misma tensión de mis gestos más que por la sorpresa de encontrarme frente a su cueva.

—¿Veintiuno? —preguntó, aunque tenía claro que era yo y solo pretendía ganar tiempo para su siguiente pensamiento, que también resultó decepcionante—. ¿Qué haces aquí?

Así era Ñam, un genio de la deducción.

—¿Tú qué crees? —dije, aunque decidí no dejar tiempo a que respondiese para no eternizar la cosa—. No me quedé tranquilo después de... ya sabes, lo que pasó.

—¿Lo que pasó?

—Sí. Todo lo que dijiste, dijimos.

—Oh, ya.

—Mira, —puse una mano en su hombro, pero reaccionó como si fuese una araña o un cangrejo de tierra que hubiese saltado sobre él, así que la retiré al instante—, todo fue un malentendido. ¿Sabes? No estoy enfadado, no lo estoy. Al principio sí, porque tú y yo somos amigos desde, ¿cuánto? ¿Diez ciclos? ¿Doce? Ahora las cosas han comenzado a irme bien. Tengo zapatos y como caliente. Fumo todo lo que quiero y a veces follo. ¿Y sabes por qué? ¿Lo sabes? Sí, claro que lo sabes. Porque ahora trabajo para...

Ñam paladeó la respuesta sin atreverse a echarla fuera hasta que la empujó con la lengua.

—¿Papi Pizkos?

—No —lo dije de forma rotunda y tajante—. Eso es lo que tú pensaste, pero te equivocas.

Me miró y pestañeó varias veces. Desplegué los dedos frente al pecho, mientras asentía y musitaba su respuesta. La espera se me hizo eterna.

—Es un truco —dije—. Estoy trampeando con Pizkos.

—Pe... pero...

—¿Lazo? —pronuncié su nombre y él respiró aliviado—. Yo no tuve nada que ver en eso, mi querido Ñam. Se metió con Pizkos y ha pagado el precio.

—¿Qué fue lo que hizo?

—¿No lo sabes? —pregunté suspicaz.

—Se escuchan rumores...

—Le dieron matarile a Pocho y le robaron el dinero de Pizskos. Después lo repartió con las polillas, pero... lo pillaron. Iban a matarlo. ¿Sabes por qué no lo han hecho? ¿Lo imaginas? Por mí. Yo di la cara por él. No fue fácil, ¿sabes? Pero Pizskos confía en mí para que le entregue a las polillas. Ellas son las culpables de todo. De lo que le ha pasado a Ancas y de cómo está el pobre Lazo. De hecho, soy el único aliado que le queda. Hicimos un pacto en su lecho de muerte, un pacto sagrado. ¿Lo entiendes?

—¿Ha muerto?

—No. Claro que no —resoplé y titubeé—. Está jodido, esa es la verdad. Pero sobrevivirá. Le he conseguido un cirujano de lo mejor del pozo.

—¿Dónde está? —saltó, lleno de alegría—. ¿Puedo visitarle?

Reaccioné a su pregunta como si acabase de mearse en mi sopa.

—¿Es que no escuchas? —dije—. Esto no es un juego, Ñam. Después de lo que ha pasado con las polillas y con Ancas y... ¿en serio crees que puedes visitar a Lazo como si nada? Está escondido en un lugar seguro que solo conozco yo. No veo que te lo tomes en serio. ¿Estás preparado? Es la oportunidad de tu vida, Ñam, maldita sea. Tienes que estar a la altura. Vamos a sacarle a Pizskos todo lo que podamos y después nos marcharemos para no volver. Vamos a por él.

Ñam caviló mis explicaciones. Miró a otra parte y yo busqué el objeto de su atención. No había nada allí. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Había sido siempre tan idiota o me estaba chuleando?

—Mira —dije—, no daré importancia a tus sospechas. Es insultante, pero no haré caso. Te he traído un regalo y una proposición.

Recuperé su atención. Le di un golpecito en el brazo a modo de confianza, de compadreo.

—Quiero que hagamos equipo —propuse—. ¿Qué te parece? Lo he hablado con Lazo y estamos de acuerdo.

—¿Equipo? —balbuceó—. ¿Yo?

—Tú, yo, él —aclaré—. Los tres juntos.

—¿Qué tengo que hacer?

—Por el momento, cambiar de aspecto. Zapatos y un saco nuevo. No pongas esa cara. Es importante que parezcas otra cosa. Ya lo entenderás. Toma

esto.

Le planté un saquito entreabierto bajo las narices. Ñam agarró el puñado de cristales de tres puntas que le ofrecía. Sus dedos parecían muñones manoseando una teta. Gimió una exclamación de asombro y abrió tanto los ojos que su cara cambió. Podría haberlo dejado caer, solo por el placer de verlo arrastrarse si encontraba la valentía necesaria para hacerlo. Me pregunté, ¿cómo podía haber sido amigo y compañero de los más tristes perdedores del pozo? ¿En qué lugar me dejaba eso a mí? Quiero pensar que había una gran distancia entre él y yo. Éramos de mundos diferentes, una frontera se había levantado entre nosotros, una frontera invisible que cerraba su camino. Ñam era un lastre del pasado, un recuerdo prescindible, como todo lo ocurrido durante los ciclos anteriores, todas aquellas personas que se cruzaron en mi camino. Le hubiese abierto la cabeza de una pedrada en aquel mismo instante. Esperé una respuesta, pero de nuevo intervine, exasperado por su lentitud.

—Y, una cosa más —dije—. A partir de ahora, me llamarás jefe.

*

Me había propuesto comprar un arma en condiciones y nada de lo que veía allí cumplía, ni por asomo, las expectativas. No me resultó difícil dar con un mercachifle metido a traficante de *armas*. Pregunté en las galerías cercanas a los pozos del *ñacañaca*. Allá abajo siempre hay chulos y vendedores de colágeno y transistores robados a quienes gusta andar protegidos y no pueden pagarse un matón modificado para que intimide a todo el que se acerque. Un chaperero huesudo intentó arrastrarme a un túnel con la promesa de llevarme hasta un armero amigo. Lo vi alejarse en la penumbra, mientras me llamaba con su vocecita de espectro desnutrido. Un escalofrío me sacudió al imaginarme tan pardillo como para acabar emboscado en uno de esos pozos. Finalmente me fie de un tipo con sombrero de fieltro calado hasta las cejas. Fuimos a su gruta y me enseñó el peor y más patético arsenal que pueda imaginarse. Un par de puñales oxidados, un palo con clavos, un trozo de

cadena, un trabuco de tiempos pasados que parecía recuperado del fondo de alguna letrina y una botella con un líquido anaranjado.

—¿Es todo lo que tienes? —pregunté.

El tipo rechupeteó la raíz que bailaba en sus labios y parpadeó varias veces.

—Puedo pagarlo —afirmé y él me observó de pies a cabeza. Supongo que le convencí lo suficiente como para pasar a cosas más serias. Desplegó un paño sobre la mesa y me mostró un revólver de seis disparos y lo que parecía un buen arcabuz de cañón corto, modificado con un tambor redondo en la panza, válvulas y un galvanómetro que mostraba la carga de las baterías.

—¿Te parece mejor?

Quizá hubiese sido más inteligente, en vistas a una negociación, disimular mi asombro y euforia, pero nunca he sido bueno en eso.

—¡Joder, sí! —exclamé—. Mucho mejor.

Levanté el arcabuz y me lo llevé a la cadera. Los pistones bruñidos refulgieron a la luz de las lámparas. A lo largo del cuerpo de madera y en las cachas del arma, habían tallado motivos geométricos. Acaricié el tambor y deslicé los dedos por el cañón hasta las lentes de la mira. Era un arma magnífica.

—¿Cuánto pides por esta?

—Quinientos.

—¿Quinientos de tres?

—Quinientos de cinco.

La sopesé entre mis brazos y arrugué la boca.

—No parece muy útil en las distancias cortas —concluí—. ¿Y el revólver?

—Es útil en las distancias cortas —respondió él.

Era un revolver de doble cañón, con las cachas forradas de latón para golpear con él en caso de necesidad. Habían soldado las válvulas y la refrigeración bajo los cañones y eso le daba un aspecto robusto y potente.

—¿Cuánto? —pregunté con el arma en alto, lengua mordida, ojo guiñado.

—Trescientos de cinco.

—¿Estás de broma?

El tipo me arrebató el revólver y lo devolvió al paño. Envolvió las armas

de nuevo y resopló.

—¿Cuánto quieres gastar? —preguntó.

—No sé. Unos doscientos cincuenta.

—Está bien, te dejo el revólver por doscientos cincuenta de cinco.

—Doscientos cincuenta de tres —repliqué.

Se pellizcó el entrecejo y yo me encogí de hombros. Un rato después, salí de allí con el trabuco envuelto en un saco mugroso. Por el mismo precio, que no fue mucho, incluyó en el trato una batería casi nueva, un saquito con postas de varios tamaños, y una navaja multiuso.

*

Los matones de la entrada a la cueva de Papi Piskos ya me conocían por mi nombre. Yo también conocía los suyos.

—Hola, Cuco. Hola, Nueva Dimensión —dije.

—¡Hey, Veintiuno! —respondió Cuco—. ¿Cómo va la cosa?

Cuco no era el típico matón modificado, lleno de implantes y con el cerebro más viscoso que el caramelo líquido. Era casi como yo. Más alto, más fuerte, bien parecido y casi tan listo.

Nueva Dimensión sí era uno más de esos con ojos diminutos y mandíbula enorme. Las venas palpitantes de su cuello se veían tan gruesas como mis dedos. Remaches y músculos. Elas disponía así las cosas, un tipo con cabeza y una o dos moles. De otra forma nunca sabías qué podía pasar. Aquellos matones eran imprevisibles, capaces de montar una pelea, matar a una docena de tipos y olvidar por qué motivo había comenzado todo.

—Vengo a hablar con Elas —dije.

Cuco asintió y chasqueó los dedos. Nueva Dimensión gruñó y entró en la cueva.

—Oye —dijo Cuco y lanzó un manotazo con el dorso de la mano a mi pecho—. ¿Qué sabes de ese tipo que persigue a las polillas?

—¿Qué tipo?

—Dicen que Papi le ha encargado el trabajo a una comadreja.

—¿Quién dice eso?

—Ya sabes. La gente habla.

—¿Sí? ¿Y qué dicen?

—Que las polillas pueden correr pero no esconderse de una comadreja — dijo él—. Que es cuestión de tiempo que den con ellas y acaben en la picadora de carne de Papi.

—¿De dónde has sacado eso de la comadreja?

—Ya sabes. Rumores.

—A las comadreas no les gustan los rumores, Cuco —gemí yo. Ambos miramos a un lado y a otro, sin coincidir nuestros ojos más que breves encuentros—. ¿Entiendes?

—Claro, Veintiuno. Pero los chicos hacen apuestas y cada uno tiene su teoría. Que si es un asesino de la superficie, que si es un Tecno, que si el prefecto ha metido a uno de los suyos...

—¿Y tú que opinas?

—Que vienes mucho por aquí, Veintiuno. Que Elas te trata bien y te paga mejor. Y que eres discreto y tienes buenos negocios con Papi que ni siquiera sus putas preferidas conocen.

Yo me humedecí los labios.

—Vamos a dejarlo así, Cuco —dije.

—Claro, Veintiuno. Como veas.

Al pasar a su lado, di un par de golpecitos en su hombro. ¿Había crecido? Me miré los pies y comparé la fastuosa entrada a la cueva de Pizkos. O el lugar era más pequeño de lo que recordaba o yo había aumentado un par de palmos. ¿Sabéis eso que dicen de que: no importa lo inteligente que seas, sino lo inteligente que los otros te consideren? Es algo que funciona casi siempre. Acababa de convertirme en un personaje admirado por tipos que pesaban diez veces más que yo, masticaban alambre de espino y meaban aceite usado. Cuando esa clase de hombres te respalda, dispuestos a seguir tus órdenes, lo que sea, y sientes el silencio como un cepo que muerde las tripas de los otros y sus esfínteres se encogen y encogen... joder, eso es poder. ¿Quién no puede querer algo así?



Elas me recibió en el mismo saloncito que la última vez. Apareció con el tipo de la cara tatuada al que confesé el asunto de las polillas y Pocho. Yo no había olvidado nuestro encuentro y él tampoco, solo que ahora evitaba mirarme a los ojos. Si hubiésemos tenido un momento a solas, estoy seguro de que me habría pedido disculpas y yo las hubiese aceptado. ¿No es maravilloso y extraño? Sin embargo, Elas se deshizo del matón con un gesto leve y abrió los brazos hacia mí.

—Veintiuno —dijo. Y me invitó a sentarme junto a ella en un butacón de llamativo tapizado—. Se te ve muy bien.

Imité su gesto, un tanto postizo, dando medio abrazo al aire frente a mí. Estaba tan complacido por su observación como ella por mi cambio de aspecto. La mejora era notable y lejos, o eso creía yo entonces, quedaba ese guiñapo humano que se presentó en ese mismo lugar algún tiempo atrás.

—¿Traes noticias sobre nuestras amigas?

—Nada en concreto todavía, pero no tardaré. Es cuestión de tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

De cerca, sus ojos no eran tan oscuros sino aceitunados y acuosos. Vestía pantalón bombacho y un jubón bordado con hilo mostaza; a los puños asomaban sus manos, morenas, de piel fina y dedos largos, sin callos ni cicatrices, anillados en su mayoría con alianzas doradas.

—Depende —respondí—. Ya sabes cómo se esconden esas chiquillas. Nadie puede dar con ellas hasta que ellas dan contigo. Estoy en proceso.

—Lo comprendo, Veintiuno, pero a Papi no le gusta eternizar estos asuntos. Es un hombre de sangre caliente y prefiere zanjarlo cuanto antes. No es como tú o como yo...

Dijo esas palabras y juro que pude verlas flotando entre nosotros. Sus labios dibujaron un *túyyo* y los lanzaron al aire, juntos. Tú y yo. Me ruboricé al instante. Creo que lo hice justo antes de amagar un gruñido porcino que empujó fuera de mi nariz dos gruesos cirios verdosos. Me levanté de un brinco

y puse tierra de por medio. Recogí mis secreciones con un lametazo y caminé de forma un tanto teatral.

—Dame unos días más —dije—, solo unos pocos y tendrás a la banda al completo.

Elas asintió y se palmeó en la rodilla. Después suspiró. Bajé la nariz y me oculté de sus ojos. Su perfume se arrastró hasta mí y me metió un dedo en el culo.

—Tienes hasta el *sabbat*. ¿Deseas algo más, Veintiuno? —preguntó. Titubeé y mi tardanza despertó su suspicacia. Levantó una ceja y se envaró.

—¿De dónde eres, Elas? —le interrogué, pero ante su gesto de sorpresa me corregí al instante—. Quiero decir, eres de la superficie, pero ¿de dónde?

Tomó aire y carraspeó, como parte de un ritual amanerado.

—¿Acaso importa? —dijo.

—Por supuesto. Para mí, que soy quien soy y vengo de donde vengo — bajé la voz sin un motivo real—. Esos detalles son importantes. No es bueno dejarse llevar por la imaginación con algo tan serio.

Elas se dejó caer contra el respaldo. Después habló con misericordia y algo de pena y eso determinó mi siguiente respuesta. Soy orgulloso, no puedo evitarlo. En alguien de mi baja estofa, el orgullo no es buen compañero de viaje, pero sin él, qué nos queda.

—Y ¿qué es lo que imaginas?

Las palabras asomaron a mis labios sin fuerza y se disolvieron entre ella y yo convertidas en un bufido y media carcajada tonta.

—No lo sé —concluí con un encogimiento de hombros—. Luz.

—Claro. Supongo que sí —explicó—. Pero no es cierto todo lo que dicen. Antes había grandes ciudades. Imperios. Ahora ya no queda nada.

Esgrimí una sonrisa carente de felicidad y chasquéé los labios.

—¿Es porque quieres pasar al otro lado? —preguntó—. Si es por eso puedo conseguirte un visado. Nada de topos ni viajar en un contenedor de carga como ganado. Los nuestros viajan en condiciones. Ve, visita algunas ciudades, disfruta un tiempo y, si te gusta...

—Oh, no. Te lo agradezco, de verdad, pero... No me interesa la superficie.

Asintió varias veces mientras me clavaba una mirada escrutadora.

—He tomado una decisión. Entre una vida de miseria en un lugar en que no me quieren —continué— y una vida cómoda entre mis iguales, elijo la segunda. Hago bien, ¿no crees?

Elas me contempló durante un largo instante. No tengo ni idea de qué estaba pensando. Quizá había vuelto a ver en mí al bastardo muerto de hambre que intentaba hacerse un hueco en su corral. Después de todo, un baño, un corte de pelo y ropa limpia no cambia lo que uno lleva dentro, tan solo lo camuflan. Puedes creerlo durante un tiempo, mientras te miras al espejo o los otros te adulan, pero a la larga siempre sale a relucir la verdad. Elas clavó sus ojos en los míos. Supongo que eso es lo que hacía, escudriñaba en mi interior en busca de mi verdadero rostro, si ese escualido y pretencioso metomentodo valía la pena o era mejor pasar y devolverlo al retrete del que había salido. Tragué saliva y mi nuez subió y bajó y me ruboricé con su confesión involuntaria. ¿Y si era eso lo que veía? Un buscón de dientes rotos y manos sucias de los que puedes encontrar en cada esquina, aunque con suerte, con mucha suerte, porque en aquel momento estaba en el centro de su jodido salón, con una sonrisa temblorosa y torcida en la boca. La suerte también cuenta.

—¿Quieres trasladarte aquí, Veintiuno? —preguntó. Hizo una pausa larga. No había espacio para la simpatía en su voz, nada de eso, solo una proposición que sonaba a bisturí—. Si quieres, cuando lo de las polillas quede zanjado, puedes venir a vivir aquí, con el resto de los muchachos. Necesito cubrir una vacante y quizá... ¿Por qué no? ¿Qué me dices?

Retorcí su dedo en mi culo con esa última pregunta. Lo giró a un lado y después a otro. Creo que incluso sentí su anillo entrar y salir.

—¿Te parece bien? —insistió ante mi silencio.

Yo recordé aquella historia del pequeñajo bravucón que acabó aplastado bajo los pies de un *koher*. ¿Lo recordáis? ¿Recordáis todo ese rollo de creerse lo que no eres y meterse con aquellos que son grandes y peligrosos? ¿Y toda esa bazofia moral que acabo de soltar sobre que puedes fingir un tiempo, pero al final siempre te pillan? Seguro que casi os había convencido.

—Sí, ¿por qué no? —respondí.

*

No podía borrar la sonrisa de mi cara. Soy penoso disimulando mis emociones y en aquel momento me sentía jodidamente pletórico, así que desenfundé mi sonrisa de sable. La misma, supongo, con la que acepté la oferta de Elas; la misma con la que salí de allí y caminé de vuelta a las profundidades inmundas del pozo. La misma sonrisa con la que, un rato después, compré unos cominos de *savia* a un Tecno siniestro. También me hice con una barrica de buen vino blanco. Hice añicos los cominos de *savia* y esnifé todo aquel polvo negro sobre los cuerpos de un par de bailarinas. Lo espolvoreé en sus tetas y en el culo y derramé el vino en su vientre, lamí sus rincones y mordí su carne agria, salada y viscosa. Lo pasamos bien los tres. Acabamos ciegos, agotados de follar y con esa sonrisa idiota, aunque yo no me corrí ni una sola vez.

*

A la mañana siguiente llamé a la puerta del agujero de Pocho. Di con los nudillos en aquel madero parcheado y esperé. No hubo respuesta. Por una parte era lógico, aunque me estremecí al imaginar que Ancas ya no estaba allí. Aparté un poco la hoja y susurré al interior.

—¿Ancas? —dije—. Soy yo, Veintiuno.

Alguien se movió en las sombras.

—¿Ancas? —insistí.

Salió a la luz. Mi reacción al verla la hizo regresar a la penumbra. No pude evitarlo. Se supone que era casi una niña, un par de ciclos o tres menos que yo. Sin embargo, se la veía raquítica y pellejuda, con las articulaciones como nudos y los ojos hundidos en la profundidad de una calavera sucia de la que colgaban cuatro mechones hirsutos.

—¿Qué te ha pasado? —dije. Lo hice de forma natural y sincera y, acto seguido, me pregunté cuándo comenzó todo, ¿seis días?, ¿ocho? La buena comida y el descanso habían moldeado mi cuerpo, un rubor saludable se había instalado en mis mejillas y mi nueva actitud destellaba en mis ojos. Por su

parte, Ancas se había alimentado a base de insectos, lombrices y agua estancada. Durante la mayor parte del tiempo, encogida en un agujero oscuro y húmedo, demasiado asustada y dolorida para dormir.

—¿Qué es eso? —me interrogó. Su nueva voz era un susurro áspero.

Yo descubrí el saco que cargaba bajo un brazo. Lo dejé en el suelo y, antes de destaparlo ella insistió con ansia contenida.

—¿Es comida? ¿Comida?

No dije nada. Hinqué la rodilla y suspiré al sentir su decepción.

—¿Qué es? —Tal vez estaba llorando. Juraría que vi una lágrima.

—Un trabuco —respondí yo.

El arma no se veía tan mal en la oscuridad del agujero. Tenía un buen cañón de boca ancha y apenas se apreciaba la carcoma en el cuerpo y el óxido en las válvulas. Lo cubrí con el paño de nuevo y lo empujé hasta los pies descalzos de Ancas.

—¿Para qué lo quiero? —casi croaba, como una sierra de palabras. Ya no lloraba. Al contrario. Era una estatua de sal.

—Está cargado —expliqué—. Solo tienes un disparo, pero matará a cualquiera que entre por esa puerta.

Ancas me miró y en sus ojos vi mis palabras hechas realidad.

—¿Qué quieres decir, Veintiuno?

Al ponerme en pie me golpeé la coronilla con la roca. Tendí una mano a la oscuridad y la cogí por el brazo. La luz iluminó su camiseta de tirantes y sus pechos diminutos.

—Te buscan, Ancas —dije—. Van a por vosotras. Papi Pizskos tiene a una comadreja husmeando los túneles y muchos ojos y orejas por todas partes. ¿Recuerdas a Ñam? Pizskos lo tiene a sueldo.

—Dijiste que aquí estaría segura. —Me recriminó.

—¿Y no lo has estado? Si hubieses huido con las polillas y las hubiesen encontrado, ahora estarías muerta.

—Pero no lo han hecho —dijo ella. Di un paso atrás y me volví—. Ni lo harán. No podrán encontrarlas.

—¿Tan segura estás?

Ella sonrió con un lado de la cara y, durante el breve tiempo que duró ese gesto retador cargado de suficiencia, Ancas fue Ancas.

—Supongo que sí —musité—. No puedo hacer otra cosa, Ancas. Lo he intentado. He hecho todo lo que he podido y...

Ella abrió la boca, pero no dijo una palabra. Levantó una mano hacia mí y la retiró antes de llegar a rozarme. Observé su maniobra y asentí varias veces, muy despacio.

—Si vienen por ti. Si alguien abre esa puerta quiero que uses esto —di un golpe de mentón hacia el trabuco y ambos lo contemplamos como quien mira un cadáver—. Después corre con ellas porque solo las polillas podrán protegerte y yo estaré...

—¿Qué...? —Ancas dejó la pregunta en el aire.

La tomé por los hombros y sacudí su cuerpo de caña.

—Corre con ellas y no mires atrás —insistí con gravedad—. Lo digo en serio. Esta noche te traeré comida y agua. Quiero que estés fuerte para la huida.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que ocurre?

—Tengo que desaparecer una temporada. Ahora también me buscan a mí —Ancas se hizo adelante, con los ojos muy abiertos, casi sin párpados—. Ñam nos ha vendido. Si no vuelvo quiero que vayas con ellas. Es todo lo que puedo hacer. Eres mi una hermana y... no puedo protegerte. No puedo.

Me volví hacia la puerta y le di la espalda. El trabuco quedó entre nosotros, en el suelo. Escuché sus dientes rechinar y la imaginé allí dentro, conviviendo con el sonido de sus remordimientos, en la oscuridad, durante los últimos días.

—Es por el negocio —musitó. La miré de soslayo y la rabia había transformado su rostro—. Todo es por el negocio...

De una zancada me planté ante ella y sus ojos extraviados regresaron a mí. La besé con fuerza y determinación. Tenía los labios cubiertos de costras y su saliva era agria y dulce también.

—¿Sabes unas cosa? —dije al tiempo que cogí sus manos entre las mías, tan cerca que podría morderla de nuevo, recorriendo cada detalle de su piel con los ojos—. No importa. No quiero saberlo.

Ancas no dijo nada. Di media vuelta, salí y cerré el agujero tras de mí. Nunca se me dieron bien las despedidas.



En la casa del humo encontré a los habituales. Tú-Tú, Bocacharco, Rulo y el resto de perdedores adictos al *bok*, a soñar barato y los chistes fáciles. Me pagué una pipa y una ronda para todos. Celebraron mi regreso. Por un momento me sentí uno más entre ellos. Casi podría decir que había pasado más tiempo en el fumadero con aquella pandilla de vagos que en mi cueva, con mi una familia. En cierta manera, ellos eran mi una familia. ¿Veis? En el fondo soy un sentimental. Ciclos enteros dedicados a conversaciones sin sustancia, elucubraciones ebrias y pajas mentales que no nos llevaban a ninguna otra parte porque no queríamos estar en ninguna otra parte. Allí aprendí unos valores. Fumar es compartir, es escuchar, es conectar pensamientos; nubla la vista y despeja la mente. Aunque al despertar en casa no recordaba nada de eso y solo quedaba el mal aliento, la lengua de esparto y un zumbido persistente en los oídos.

No pude acabarme la pipa. Había perdido la costumbre en apenas unos días. Un par de pitadas y todo comenzó a darme vueltas. Los cuerpos de mis antiguos compañeros se balanceaban en el columpio de los sonidos. Todo iba y venía; sus voces; alguien que se rascaba la sarna con insistencia; miradas desconfiadas tras el humo. Hicieron bromas con mi ropa y con mi nuevo estatus. No era algo malintencionado. Había cierta envidia sana en todo ello. Los fumadores de *bok* aceptan su destino, que se mantiene ignoto, extraviado en la niebla que se acumula en el techo de la gruta. Lo único seguro es que no es un buen futuro. La mayoría morirá pronto de alguna manera violenta a pesar de ser los tipos más pacíficos y debiluchos del pozo: los asaltarán en un pasadizo oscuro, morirán con la polla de algún minero *koher* en la boca o los lanzarán de cabeza desde algún puente por alguna deuda de juego. Supuse que me veían como un espécimen extraordinario, una flor que brota del mismo lodo en que solo germinan la ponzoña y raíces negras. Así que me reí con ellos y les conté, atacado por la falsa modestia, mi amistad con los matones de Papi Pizkos, Elas y que ahora colaboraba con ellos. Todos lanzaban exclamaciones al aire, embobados, y Tú-Tú aplaudió con sus manos blandas. Hasta que escuché a Sordo murmurar algo que dio al traste con el reencuentro

de viejos colegas.

—¿Qué has dicho? —pregunté a Sordo. Mi tono había cambiado y los otros debieron notarlo, porque las risas se apagaron como una vela al viento.

Sordo se pellizcó una de sus orejotas, subió el labio inferior hasta la nariz y se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que has dicho, Sordo? —insistí.

—Nada, Veintiuno —respondió él con su voz tan agujereada como un madero podrido de carcoma.

—¿Nada?

—Eh, Veintiuno —intermedió Tú-Tú—. No le hagas caso, estamos de coña.

—Repítelo —dije sin apartar mis ojos de los suyos—. ¿Qué has dicho?

Sordo se hurgó la nariz. Un moco viscoso apareció enganchado a la uña.

—Solo era una broma, compadre —se excusó mientras hacía una pelotita entre el pulgar y el índice.

—¡Que lo digas, joder!

Algún cacharro cayó en lo profundo de la casa del humo. Todos se volvieron hacia nosotros. Se escuchaba el lento crepitar del *bok* y la hoja seca arder en la cazoleta.

—Digo que ya tienen un sustituto para Pocho —murmuró Sordo. Bajó la voz, pero sus ojos no se ocultaron, ni había arrepentimiento en su gesto. Creo que eso fue lo que realmente me enfadó. Esperaba que hubiese miedo en él, vergüenza al menos. Por el repentino silencio comprendí que no era una ocurrencia del momento, sino un chiste habitual. Mi excepcional salida de aquel agujero se había convertido en un chiste que me otorgaba el papel de tonto al servicio del hampa.

Nadie esperaba que me lanzase sobre él de aquella manera. El viejo Veintiuno era un cobarde y un miserable, como todos ellos, pero eso había cambiado. Lo que no había mejorado era mi habilidad en la pelea. Caí sobre Sordo, dando manotazos y patadas. Él gritó, de la misma forma en que chilla un cerdo al verse acorralado. Me detuvo con las rodillas. Yo lanzaba zarpazos felinos a su cara. Los otros intentaron detenerme y lo consiguieron justo en el momento en que mordía con saña su nariz. Me echaron de la casa del humo. Los amenacé a todos. Di voces y gritos, dedo en alto. *¡Vosotros no sabéis*

quién soy yo! ¡No sabéis con quién estáis jugando! Los llamé pordioseros y muertos de hambre, desgraciados, perdedores. Dije todo lo que me vino en gana. Escupí la nariz de sordo en la misma puerta y regresé a casa.

*

No descansé esa noche. Sufrí pesadillas febriles en las que Pocho dormía a mi lado. Me despertaba y allí estaba, tieso como una estaca. Los gusanos devoraban su carne. Los ojos hundidos y reseco. Una araña hacía equilibrios en el filo de los párpados. Volvía a dormir y lo sentía a mi espalda. Su aliento pestilente en mi nuca. Me acariciaba los hombros y sus dedos huesudos se deslizaban bajo mi camisa, hasta los pantalones, y me tocaba la polla y los huevos y el agujero del culo. Lo peor de todo es que había mucha gente mirando, cientos, miles de personas en la oscuridad de la gruta. Y, en primera fila, una madre o la que mi memoria me dice que es una madre. No recuerdo bien eso. No quiero recordarlo porque ella o quien yo pensaba que era ella, me miraba y yo la miraba mientras Pocho hacía todas esas cosas conmigo. Desperté, entre gritos, cuando sentí su verga en mi mano. Ya no pude volver a dormir.

*

Acudí con las primeras campanas en busca de Ñam. No estaba el sacerdote chupapollas. Fue una suerte porque no tenía el humor para sermones. Sentía el estómago revuelto y vomité un par de veces mientras esperaba. Intenté recordar qué había comido el día anterior. No paraba de sudar y los labios me ardían. Tal vez me había contagiado en la casa del humo. Aquella chusma piojosa y sucia con la que solía relacionarme transmitía más enfermedades que las ratas negras. Ese asqueroso de Sordo. Escupí y me pasé la lengua por los dientes al recordar el trozo de cartílago sanguinolento en mi

boca. Habría resultado más saludable beber agua estancada o lamerle el culo a un adicto.

Cuando Ñam apareció, me encontró encogido en un rincón, atacado por sacudidas y empapado en sudor helado.

—¿Veintiuno?

Al escuchar su voz, me puse en pie de un brinco.

—¿Te ocurre algo? —Dio un paso atrás—. Tienes mal aspecto.

—¿Yo? —Me clave un dedo en el pecho y me tambaleé. Traté de aparentar normalidad, pero un eructo hediondo me interrumpió y decidí apoyarme en la pared.

Ñam se mantuvo en la distancia mientras yo recuperaba el aliento.

—¿Hiciste lo que te dije? —le pregunté.

—Claro, jefe.

—¿Qué mierda de ropa te has comprado? —le recriminé con los dientes prietos. Ñam se miró los pies—. Te di cristales para que te diceses un lujo, idiota.

Ñam había cambiado su vestuario, cierto, pero nada que ver con mi ropa. Sus botas eran de trapo y suela de corteza, los pantalones y la camisa de saco, limpios, aunque remendados.

—Lo siento —dijo—. No estoy acostumbrado.

Rugí y lancé un zarpazo, pero se escabulló y no pude atraparlo.

—Ven aquí —gruñí—. Ven aquí, coño.

Una vaharada a bilis me arañó la garganta y los ojos se me inundaron de lágrimas.

—Oye, ¿estás bien? —preguntó.

—No. No estoy bien —dije—. Justamente hoy... el día que nos vamos.

—¿Has dicho...?

—¡Que nos vamos, idiota! —mi exclamación se quedó en un gemido rabioso—. Tenías que comprar zapatos y ropa porque nos vamos.

Por fin Ñam se acercó lo suficiente y yo lo atrapé por el hombro y puse mi rostro frente al suyo. Intentó zafarse. Lo agarré por la camisa y le retorcí un brazo. Gimió. Vi el dolor en sus ojos y también el miedo. Aflojé.

—Necesito que hagas una cosa por mí, Ñam —mi voz era una sierra mecánica de la que intentaba apartarse—. ¿Harás algo por mí?

—Lo que quieras, Veintiuno.

—Escucha bien. He encontrado un topo que nos llevará a la superficie.

Me miró boquiabierto y contuvo la respiración.

—Lo que oyes —continuó—. Tienes que ir a por Lazo y llevar lo al pozo ciego.

—¿Dónde está Lazo?

No respondí al instante. Lo atrapé por la nuca y acerqué su nariz a la mía. ¿Por qué Ñam me temía y los malditos fumetas de la casa del humo me tomaban a risa? ¿Qué había visto él que los otros ignoraban? Tal vez cometí el error de ponerme a su altura, intentar fumar con ellos, compartir una pipa y viejas anécdotas del pasado. Si das tus joyas a los cerdos las pisotearán y revolviéndose te atacarán, no lo olvides.

—Tienes que ir al agujero de Pocho —dije—. ¿Sabes dónde vivía? Pues quiero que vayas allí y traigas a Lazo. Tengo un plan, Ñam. Un plan para ti y para mí.

—Ah, ¿sí?

—¿Sabes por qué hago esto? ¿Lo sabes?

—...

—Yo pienso en nosotros. Nosotros, Ñam. Tú y yo. ¿Lo entiendes? Tú y yo. Intentaba alejarse, pero lo agarré fuerte, muy fuerte.

—¿Puedo confiar en ti, Ñam? —pregunté—. ¿Puedo hacerlo?

—Joder, claro que sí.

—¿Sí?

—Sí, joder.

—¿Sí, qué más?

—Sí, jefe, puedes confiar en mí... joder.

Sonreí de la misma forma en que lo hace un abrelatas o un viejo cuchillo mal afilado.

—Pocho le robó a Pizkos y las polillas a él. Nos lo quedaremos nosotros, Ñam. Ese es mi plan. Pagaremos un topo para Lazo, para ti y para mí. Los tres huiremos juntos, Ñam, como buenos amigos. ¿Puedes guardar mi secreto? ¿Lo harás?

—Joder, claro —balbuceó—. Soy una tumba, Veintiuno. Jefe.

—Así me gusta. Amigos hasta la muerte.



En la galería treinta y nueve, junto al Túnel Herrumbre, hay un tenderete que atiende una vieja. Es una carreta destartada, sin ruedas, con un toldo roído, bajo una lámpara de aceite. A un lado, una montaña de barriles y barricas de todos los tamaños. Al otro, basura y moscas. La vieja se llama Gracia, aunque todos se refieren a ella como Pócima. Su negocio es su casa. Vive en apenas unos pocos pasos, rodeada de pequeñas frascas y viales de aceites milagrosos y venenos que jamás abandona. Cuando era un niño solíamos provocarla y lanzar mierda seca a su toldo. Ella graznaba insultos y suplicaba ayuda hasta que alguien de los que pasaba por allí nos ahuyentaba con un par de gritos. ¿Quién sabe cuántos años tiene? Quizá viva más que cualquiera de nosotros.

—¡Pócima! —llamé, al derrumbarme sobre el mostrador—. ¡Pócima!

Ella apareció de entre la basura, toda arrugas y piel ajada. Apestaba a rancio y a meados.

—Necesito un remedio —expliqué.

—Ya lo veo —dijo después de pasear su ojo guiñado arriba y abajo—.

¿Qué te pasa?

—El estómago.

—¿Qué más?

—Vómitos. Mareos.

—¿Has cagado sangre?

—No.

—¿Tienes llagas en la boca?

—No.

—¡Abre los ojos! —exclamó—. Quiero verlos.

Al hacerlo todo me dio vueltas y el vómito rebrotó en forma de repentina vaharada.

Ella tamborileó con sus artríticos dedos sobre la madera y caviló un momento.

—Marranos —masculló antes de desaparecer dentro. En la oscuridad se

escuchaban sus quejas amortiguadas por el sonido de cacharros de latón—. Sois unos marranos. No sé cómo no habéis muerto antes.

Yo hundí la cara en las manos y me tiré un pedo hediondo. Ella regresó con una redoma de vidrio sucio.

—Esto te purgará —dijo—. Bébetelo.

—¿Todo?

—¡Todo!

—¿Ahora?

—Y no dejes ni gota.

Arrancó el corcho y me tendió el caldo. Lo olfateé antes de llevármelo a los labios. Apestaba a pescado rancio y queso agrio.

Algunos grumos gelatinosos se quedaron atrapados en mis dientes. Aguanté el primer trago y también el segundo, pero en adelante tuve que luchar para que mi cuerpo no echase fuera lo que demonios le estaba obligando a ingerir. Pócima no me quitó un ojo de encima. Me arrebató la botella cuando acabé y tendió la otra mano.

—Dos de dos —dijo.

Pagué. Creo que incluso dejé propina, aunque no estoy seguro, ella fue demasiado rápida y yo apenas veía nada. La saliva inundó mi boca, sentí que todo se inclinaba a un lado.

—¿Cuánto tardará en hacer...?

No acabé la frase. Vomité entre mis pies una mezcla espesa en la que se agitaban cientos de gusanos ciegos.

—¡Ponlos aquí dentro! —exclamó Pócima. Yo me tambaleé sin comprender, con hilos de baba y pequeñas larvas lechosas en mi camisa. Agitó un bote de hojalata frente a mí y una cuchara—. ¡Vamos, chico, ponlos aquí dentro!

*

No tenía mucho tiempo. Me arrastré por túneles y galerías, dando empujones a cuantos se cruzaban conmigo. De vez en cuando, paraba y

escupía con fuerza. Todavía sentía el cosquilleo de aquellos pequeños cuerpos agitándose en mi interior. Pócima me había recomendado que bebiese mucha agua y en el precio incluyó una redoma que vacié al momento. Me sentí agotado y víctima de una somnolencia repentina. Los párpados me pesaban una tonelada, la visión se me nubló. Farfullaba y daba manotazos, apartando esos bultos borrosos que se interponían en mi camino. Acabé contra un muro, jadeante y extenuado.

Maldije mi suerte. Creo que lloré de impotencia. No era posible que todo se fuese al traste cuando estaba tan cerca de conseguirlo.

Me asaltó el derrotismo. Unos cuantos se habían parado a mi lado, pero yo solo veía siluetas difusas y un galimatías que me recordaba a los insultos de Sordo y sus amigos. Perdedores todos, yo incluido. Nadie puede escapar a su destino y, en el pozo, nacemos marcados a fuego, en los genes, en la educación y en el trabajo. Perdedores todos.

En ese momento recordé un trozo de pasta de *kif* que guardé para alguna ocasión. El buen juicio me advirtió con un aguijonazo en las tripas. ¿Qué podía salir mal? Me llevé la pasta a la boca y comencé a mascar con ansia. Ni siquiera tenía fuerza para escupir, así que la baba parduzca me desbordó las comisuras de la boca. Poco después, mis jadeos se convirtieron en suspiros agradecidos. La vista se me aclaraba. Solté una carcajada preñada de locura y los curiosos se apartaron y me abrieron paso. Corrí, trastabillando y dando tumbos. Aullando, los ojos fuera de sus órbitas, la boca rebosante de ponzoña negra.

Crucé el puente colgante y cerca estuve de caer por la escalinata de arena. No estaba todo perdido. Alcancé la entrada a las galerías cercanas al agujero de Pocho. Al detenerme, entre ahogos y gorgoteos, sentí un picor horroroso que me abrasaba la polla y el culo. No tuve tiempo para agacharme y solo apunté hacia un lado con los pantalones a medio bajar. Estallé con un pedo y rocié las paredes de la gruta de diarrea grumosa. Fue horrible. Chorretones de mierda resbalaban por mis muslos. Joder, me dije, joder, eso tenía que ser algo grave. Pero el *kif* me empujaba adelante y continué con los pantalones hasta las rodillas.

Entonces escuché el disparo del trabuco y fue como un orgasmo. Quizá no tanto. Algo parecido. Pum. Atronador. ¡Pum! Mis esfínteres lo agradecieron.

*

Si hubo algún testigo se había esfumado cuando yo alcancé el agujero de Pocho. La puerta estaba abierta. El cuerpo de Ñam en el suelo, despatarrado, con la cabeza desaparecida. Algunos detalles fueron apareciendo sin prisa, como invitados desganados a un funeral: un trozo de cara, una oreja, dientes y la lengua, casi entera, por otro lado. El trabuco humeaba en el suelo.

—¿Ancas? —murmuré.

El eco profundo de la galería me puso tras la pista. Era ella. Había huido y no podía perderla. Corrí a ciegas al principio, por instinto. Seguí la gruta principal y, ante una encrucijada, elegí la opción peor iluminada. Era un pasadizo estrecho y sinuoso. Creí escuchar sus pasos, incluso quizá sus jadeos. Temí equivocarme. ¿Y si no era ella? ¿Y si era el eco de mis pasos y mis propios resuellos lo que había oído? Me arañé los hombros contra las paredes y una de mis uñas se quedó atrás, en la roca desnuda, cuando di zarpazos para avanzar más rápido. El túnel se estrechó. Ví una lámpara al fondo. La salida. Avancé con dificultades, casi a gatas. Entonces apareció Ancas, bajo la luz. Salió a una galería principal, miró a todas partes y se escabulló entre la gente. Su encierro en el agujero de Pocho la había debilitado. A pesar de ello, Ancas se confundía en el río harapiento y avanzaba con agilidad. La per seguí hasta una gruta que descendía en una pendiente leve, con iluminación en la puerta y un madero en el que habían tallado las palabras: SANTUARIO.

—Oye, tú —llamé a un chico que jugaba con una piel de rata rellena de serrín—. ¿Qué es eso?

El chiquillo miró la entrada de la gruta y después a mí sin saber qué contestar.

—¿Qué hay dentro? —insistí. —No lo sé —gruñí, aunque el chico continuó—. Es solo para mujeres.

—¿Solo mujeres?

—Esa cueva es suya —dijo—. Territorio peligroso.

Me limpié las babas con la manga mientras cavilaba.

—¿Quieres ganarte un par de cristales? —pregunté al muchacho sin despegar la mirada de ese madero tallado: Santuario.

El chico no respondió. Su prudencia infantil me exasperaba.

—¡Vamos! Solo tienes que hacer un recado para mí —dije.

La explicación pareció convencerle. Guardó su rata en un saquito y se acercó. Tendí un cristal de tres puntas y lo levanté frente a su nariz.

—¿Quieres ganarte dos de estos? ¿Sí? Te daré uno ahora si vas al palacio de Papi Pizkos. ¿Sabes dónde vive Papi Pizkos? Bien. Preguntas por Elas y le dices que te envía Veintiuno. Que las tengo. Después los traes hasta aquí. Cuando vuelvas te daré otro de tres. ¿Lo has entendido? Así me gusta. Buen chico. Recuerda, tú dile que las tengo.

*

Santuario. Eso sí que suena a poesía. Arriesgada, en mi opinión, para un lugar como el pozo. La verdad es que me resulta un tanto ridículo. Quizá si lo hubiesen llamado «orinal» o «desagüe» hubiese ido más en sintonía con el ambiente general, pero Santuario peca de optimismo; pecado capital. Seguro que más de un sacerdote se muere de ganas por entrar ahí dentro a poner un poco de orden, me dije. Los monjes se vuelven histéricos cuando se les lleva la contraria, pero que lo haga una mujer produce el mismo resultado que hacerse una paja con un taladro. En el fondo creo que les gusta la idea.

Me dejé caer y apoyé la espalda contra la piedra. El sudor helado había empapado mi ropa y me estremecí con su abrazo. Todavía eructaba y salivaba bilis pura que inundaba mi boca. Hurgué con los dedos entre los dientes buscando cualquier resto de pasta de *kif*. Resollé y cerré los ojos. Mataría por una jarra de agua fresca, me dije, y apenas pude pensar nada que no fuese eso, imaginando una charca de agua cristalina. Cuando era niño, una madre solía lavarme en las pozas del Aguanegra. Toda una batalla que se repetía un par de veces cada ciclo con resignación. Era una mujer callada. Yo por lo menos no recuerdo muchas palabras suyas. Prometí que no hablaría de ella y no pienso hacerlo ahora, por no caer en los tópicos y todo eso. También dije que no

recordaba nada de mi infancia. Olvidadlo. Centraos en Santuario.

*

Ponte en su lugar, Veintiuno. Quizá si tú fueses una mujer también buscarías un lugar en que atrincherarte. Supongo que formar una manada es lo más seguro. Tomar una galería como propia, establecer advertencias en la entrada, fortificarla, hacer tu ley más allá de sus puertas. Tiene su lógica. Muchas bandas tienen su propia galería. Incluso los pelirrojos la tienen. ¿Quién no se siente amenazado aquí abajo?

Así que Santuario cobró sentido en mi imaginación. Las polillas se habían resguardado en un lugar en que la única condición era ser lo que ya eran: una panda de chicas jóvenes amenazadas por Papi Piskos y sus matones. ¿Por qué no se me había ocurrido antes? ¿Por qué no lo había pensado Elas ni los suyos? Quizá porque, a estas alturas, tantos años en la penumbra nos han vuelto cortos de vista, pero también sordos y mancos, lombrices al fin y al cabo. Un nuevo eructo me sacudió. Gusanos blancos, sí, de la misma calaña de los que había vomitado un rato antes. Eso también sonaba a poesía, lo confieso. Aunque, bien pensado, es posible que Elas no quisiese comenzar una guerra, dar explicaciones al prefecto y todas esas cosas de la burocracia que hacen los poderosos cuando matan a sus enemigos. Con el resto la cosa es más sencilla: juicio rápido, condena ejemplar: Los Hoyos, mutilación o muerte. Si pudiésemos también levantaríamos muros de expedientes por triplicado, jurisprudencias y recursos legales, pero nos gusta demasiado el espectáculo del linchamiento público. Oh, dios de la mecánica, cómo odio todo.

Si existe un lugar así, si es posible un Santuario, ¿qué ocurre con el pozo? Ese sumidero infinito en el que cabemos todos resulta que tiene rincones cómodos. Y no son excusas ni mentiras piadosas. Lugares planificados, con alevosía y mala sangre, sobre todo eso, mucha sangre, en el borde de la legislación vigente. Sin campanas ni sirenas, felices en silencio. Camuflaje, técnicas de disfraz avanzadas. Mejor mantenerlo en secreto, que no se enteren los sacerdotes ni sus boletines de última hora.

Y ¿qué hay de lo que pasó? La memoria es un testigo sobornable, especialmente la mía que se vende por poco. Yo sé que me dormí allí mismo, contra la roca cruda, como un vulgar borracho que acaba de recibir su paga. Soñé que estaba en mi nicho y las pulgas se habían cebado conmigo. Me sacudía y retorció y los cristales se me clavaban en la espalda. Tenía los bolsillos tan repletos de cristales que no paraban de caer. Entonces, sentí la presión entre las piernas y la polla tan dura que me iba a estallar. Vi su coronilla, arriba y abajo, pero no me atreví a mirar porque sabía que era ella, no quería verla. Ancas me la estaba chupando. Grité que no lo hiciese, que parase, y al hacerlo los cristales caían por todas partes y desbordaban de mi nicho hasta lo más profundo del pozo.

*

Me despertó Elas, dando toques en mi costado con la puntera de su bota. Al principio me pareció una imagen divina, enviada a repartir justicia y castigo. Sentí un cosquilleo en la entrepierna cuando sonrió y pronunció mi nombre. Después me tendió la mano y yo me quedé tirado a sus pies, mirando aquel apéndice enguantado como quien mira una araña peluda.

—¿Estás bien? —preguntó—. No tienes buen aspecto.

Me puse en pie de un brinco y me sacudí la camisa. ¿Sabéis esa sensación cuando despiertas en mitad de la noche y pronuncias palabras a medias que nada tienen que ver con lo que está ocurriendo? Es como si tu cabeza fuese por libre y te obligase a la sinceridad sangrante. Te sientes tan incomprendido cuando el otro te mira sin entender. Y, sin embargo, tú insistes. Parpadeas, te aclaras la garganta e insistes en hacer visibles los mecanismos tras la máscara.

—¿Me ha costado mucho? —la interrogué. Ella no dijo nada y su mano quedó tendida hacia mí, detenida en el aire—. No podía correrme. Es culpa mía. No podía correrme.

El primer disparo me pilló por sorpresa y me llevé las manos a la cabeza. Los matones de Piszkos entraban en tromba en Santuario. Me recordaron a una panda de perros salvajes, de esos que vagan por las grutas del extrarradio. Un

hermano Gago solía atemorizarnos con la idea de que vendrían a llevarnos durante el descanso reglamentario. Recuerdo compartir nicho con Ancas y escondernos bajo las mantas. ¿Los escuchas? Aúllan en la distancia, allá abajo, y vendrán a por ti en cualquier momento. Una madre reprendía a Gago por meternos miedo, aunque más tarde descubrí que era cierto, que los perros de las cavernas existen, que son ciegos y calvos y que husmean en las basuras y se llevan a los niños por la noche. Aquella horda de matones modificados me hizo pensar en ellos. Sus gruñidos y gritos. Mitad hombres, mitad máquinas. Y también en los niños que había allí dentro, en lo que fuese que sintieron cuando comenzó el tiroteo.

Después se escucharon más disparos, aunque ya no me pillaron por sorpresa. Sin embargo, encogí los hombros y traté de disimular lo mejor posible. Una multitud de curiosos se reunió cerca. El escándalo de la batalla resonaba por todas partes. Boquiabiertos, silenciosos ante lo que estaba pasando. Elas parecía ignorar al público y prestaba atención a la entrada de Santuario, con el cejo prieto, como desvelando cada sonido de cristales, cada chillido, completando una escena que era mejor no presenciar.

—Se lo han ganado, ¿verdad? —dije yo. Ella se volvió y arrugó la nariz, sin entender—. Las polillas. Se lo han ganado.

Elas bufó y sonrió con un gesto leve y despreocupado. Después regresó a la puerta de la gruta. Yo la miré de pies a cabeza. Era mucho más alta que yo. Me pellizqué el mentón. Debió de percibir algo en mí y miró a las decenas de curiosos que se agolpaban en el túnel.

—No te preocupes —dijo—. Los guardias del prefecto no aparecerán hasta dentro de un buen rato. Los culpables están en otra parte. Tenemos testigos.

Cabeceé. No sabía qué hacer con las manos: en los bolsillos, bajo los sobacos, a la espalda...

—¿No te molesta un poco? —pregunté—. Quiero decir... Ya sabes.

Elas arrugó la boca y levantó una ceja.

—Eso de Santuario y... —expliqué—. Bueno, son mujeres que cuidan las unas de las otras. Ya sabes.

Parpadeó un par de veces. Abrió la boca y la cerró al instante. Como si hubiese tendido una trampa a sus propias palabras.

—No sé a qué te refieres —dijo.

Una explosión sacudió las paredes y el suelo tembló bajo nuestros pies. Cortinillas de polvo y grava cayeron aquí y allá.

—¿Y tú? —preguntó.

Los últimos en entrar a Santuario fueron Clavos y Entiendes, los matones más colgados y psicóticos que yo haya visto jamás. Siempre hacían pareja. Entiendes era el inteligente y el que controlaba el cotarro. Sus piernas habían pasado a mejor vida y también parte de su cara, que cubría con una máscara de planchas remachadas. Se movía sobre un montón de chatarra con ruedas del que tiraba Clavos. Una masa de músculos que caminaba como si sufriese ataques o calambres todo el tiempo, ladrando y dando salivazos a diestro y siniestro. Entiendes controlaba a Clavos a base de latigazos y lo retenía con una soga y un bocado metálico que llagaba su boca. Clavos tenía la carne sembrada de cuchillas y agujas por todas partes y solo sabía hacer dos cosas: gruñir y matar. La mayor parte del tiempo se dedicaba a la primera, hasta que Entiendes enfilaba a algún pobre desgraciado, restallaba su látigo y Clavos se lanzaba a darse un festín de sangre y tripas.

—No sé —murmuré, pero tenía los labios reseco y mi voz apenas se escuchó.

*

Hasta aquí mi periplo para convertirme en lo que soy. Lo que viene a continuación sí es carne de poesía barata. Había sufrido un proceso de transformación que culminó conmigo convertido en un asalariado del hampa. Y no uno cualquiera. Pasé a ser la mano derecha de Elas, que era la mano derecha de Pizkos, así que eso me dejaba a mí como... no sé, ¿la puta uña con la que se saca los mocos Pizkos? Fuera lo que fuese, pasé a encontrarme bajo el techo del tipo más poderoso del subsuelo. Pero no solo eso. Ya he dicho que esto es carne de poesía barata. Y es que me transformé cual crisálida que pasa de un estado anterior a un estado posterior y altera, no solo su físico, sino el propósito de su propia existencia. Eso me ha recordado a las polillas.

Pobres polillas. Los matones de Pizkos acabaron con ellas y con una docena más de mujeres que vivían en Santuario. Tras el asalto, parte de la gruta se derrumbó y tuvo que ser abandonada. La batalla duró apenas una hora, pero a mí se me hizo eterna. Creo que puedo llamarla batalla, aunque no lo fuese realmente. Para que eso ocurra tienen que enfrentarse dos facciones enemigas y las mujeres que se ocultaban en Santuario eran en su mayor parte artesanas, comerciantes, maestras de una escuela para los jóvenes de las galerías vecinas y putas que habían escapado de sus dueños y fundado una cooperativa. También estaban las polillas, pero en calidad de refugiadas y acogidas. Asumieron el riesgo y perdieron, eso es lo que ocurrió.

Cuando sacaron los cuerpos no quise mirar, aunque confirmaron que eran ellas. Sus pedazos requemados y sanguinolentos por lo menos. Lo poco que quedaba de la banda de las polillas estaba allí, amontonado sobre una lona sucia. Creo que reconocí a Ancas, tendida, de espaldas, con los brazos rígidos y cubiertos de hollín. Por una parte, le había salvado la vida cuando le recomendé esconderse en el agujero de Pocho. Huir con las otras no era, como quedó demostrado, la mejor decisión. De todas formas, ¿qué esperanza de vida tenían aquellas pandilleras adolescentes que decidieron retar a sus mayores? Ya la habían superado con creces. Asumieron el riesgo y perdieron.

*

Las noches siguientes no pude pegar ojo. Mi espalda no se acostumbraba al colchón de lana en el que dormía ahora. Disponía de toda una habitación para mí solo, con un catre y un arcón que cerraba con un candado. Era tan amplia que podía echarme a través en el suelo y los dedos apenas me rozaban el techo cuando levantaba los brazos. Tenía dos mudas de ropa y acceso a los baños de agua caliente. Y lo mejor de todo: una puerta con llave. ¿Qué más podía pedir?

Trabajé codo con codo con Elas y los suyos. Mis funciones quedaban un tanto indeterminadas. Hacía lo que ella me ordenaba, que normalmente era dar recados y llevar agua desde la fuente hasta las casas de Pizkos. También

repartía el almuerzo a los muchachos. Así los llamaba *los muchachos*, aunque eran tres veces más grandes que yo y mascaban vidrios rotos. A veces los acompañaba en alguna recolecta o extorsión. Íbamos a las casas de apuestas, unos cuantos sicarios y yo, y los corredores y charlatanes se cagaban los pantalones. Era una gozada estar de aquel lado de la pandilla y no entre los que se acurrucaban contra los muros y murmuraban una disculpa al pasar. Pronto me conocieron todos y, supongo que por la cercanía a Elas, me saludaban de forma efusiva. *¡Eh, Veintiuno! Veintuno, ¿qué tal todo? ¡Veintiuno, eres grande! Veintiuno, bebe con nosotros.* Si hay algo en este mundo que no aguanto son los hipócritas y en casa de Pizkos los encontré a patadas. De hecho, la hipocresía era el combustible que movía las cosas allí arriba. Aquella gente podía darte palmaditas en la espalda mientras te acompañaban al pozo de reciclaje. Es algo que habita en las sonrisas de los sicarios y en esa manera suya de balancearse cuando hablan. *¡Eh, Veintiuno! ¿Cómo era esa historia de aquel pringado al que obligasteis a comer su propia mierda?* Y reían de la forma en que lo hace una piraña de la noche, con una triple fila de dientes, o como un motor que no arranca. Rodeado de aquellos mastodontes hipertrofiados y sus músculos hidráulicos comencé a no sentirme tan seguro como antes. ¿Era porque me había convertido en uno de ellos? ¿O me veían como una anécdota? Elas no participaba de aquellos pequeños espectáculos. *¡Eh, Veintiuno! Cuéntanos otra historia.* Me subían en volandas a una mesa y yo inventaba algo para ellos: que si la madre de Gru era una retroexcavadora en la que se meó un perro ciego; que si los sacerdotes no folian contra la voluntad de nadie, sino contra la pared, contra el muro, contra el altar...; que si el prefecto algún día pondría orden en el pozo, cuando despertase de la borrachera. Después me vitoreaban y todo era reír, beber y magrearse con las chicas de Pizkos. Cuando regresaba a mi habitación, tambaleándome, cerraba por dentro con llave.

*

No mucho después, organizaron una fiesta. No recuerdo el motivo exacto.

Elas me asignó los preparativos. Me presentó ante los esclavos y les dijo que me tenían que hacer caso en todo. Después me dejó al cargo. Trabajamos todo el día, limpiando y disponiendo tableros y tapices que cubrían las paredes. Montamos una tarima y un púlpito para la ceremonia religiosa. Fue agotador, aunque valió la pena. Elas estaba muy satisfecha cuando vio el resultado y cómo había quedado la gruta. Con la penúltima campanada, llegaron algunos hombres y mujeres del prefecto, sacerdotes, funcionarias con galones y medallas y monjes con hábitos limpios y sombreros de paja. También miembros de los gremios y cirujanos, y unas pocas brujas y tipos raros de tribus profundas o bandas marginales. Nadie me invitó, pero tampoco me echaron a patadas, así que me dediqué a ir de aquí para allá, como un carroñero de las sobras. Se sirvió mucha cerveza roja y también anguilas y estofado. Más tarde hubo una ceremonia mecánica. Los monjes se untaron el cuerpo en aceites y danzaron alrededor de una gran mesa sobre la que habían dispuesto viandas de todo tipo. Yo nunca había visto tanta comida junta. Juro que era incapaz de reconocer la mayor parte de los platos. Sin embargo, nadie comía nada. Llegó un momento en que tuve los bolsillos llenos de pan y dulces y fruta confitada y me pareció una estupidez seguir robando. Aparecieron bailarinas y esclavos y todos danzaron en círculos. Los monjes tocaban unos tambores de piel que colgaban de sus caderas. Repicaban las campanillas de sus tobillos. Todo el mundo bebía y mascaba *kif*. Carbón viejo ardía en los pebeteros. Resultaba difícil no unirse al baile. *Turn, turn, turn*. El ritmo de los tambores te agarraba las tripas y, sin quererlo, dabas saltitos sobre las puntas de los pies. *Turn, turn, turn*. ¿Conocéis esa sensación? El que no ha vivido algo así no sabe lo que es bueno. El suelo temblaba. Lo notaba bajo la piel, en los huesos, tras las costillas. *Turn, turn, turn*. Mi corazón desapareció, intimidado. Todo el mundo cerraba los ojos, sonreía y se contoneaba al ritmo. *Turn, turn, turn*. Al poco, descubrí que violaban a un chico contra un muro. Lo rodearon y tiraban de él como si fuesen a comérselo además de follarlo. Muchos otros miraban y se pasaban las pipas de unos a otros. Hacía un calor horroroso. *Turn, turn, turn*. Los bailarines se quitaban la ropa y la arrojaban al aire. Yo hice lo propio. Desconocidos me metían *kif* en la boca, me ofrecían *savia* en platos de porcelana. No rechacé nada. Bailábamos al unísono, como un manto de cuerpos desnudos. Sobre una mesa,

un tipo hundía la cabeza entre las piernas de una chica. Ella se retorció de placer. Lo extraño es que no pude comprender lo que veía. Mi consciencia era incapaz de interpretar aquellos cuerpos enredados, como el de un insecto con tetas y labios carnosos. Se extraviaron las líneas fronterizas y todo se mezclaba de forma viscosa. Estaba empapado en sudor y me lamí los labios. Follaban a mi alrededor, por todas partes: en el suelo, sobre la mesa, entre la comida. Me vaciaron un jarro de vino en la cabeza y comencé a gritar. No era el único. Levanté los brazos mientras buscaba a Elas entre el amasijo de cuerpos desnudos, pero no la vi por ninguna parte.

*

Todo fue bien hasta ese momento. He vuelto a esa escena muchas veces en mi memoria. Allí plantado, desnudo, en el centro de aquella orgía de sudor y drogas, gritando el nombre de Elas. Y en mi recuerdo lo veo todo desde fuera, dando vueltas alrededor, como en un torbellino sobre los bailarines, las brujas, los sicarios, los monjes y su música. Hasta que veo —mejor dicho, presiento— a Papi Pizkos en la oscuridad, observándolo todo. Y me pregunto, sé que no debería hacerlo, pero me pregunto: ¿existe? ¿Realmente existe o es solo una necesidad inventada por nuestra decadencia? Quizá alguien pensó que debería existir el amo del hampa que controla el tráfico de personas, la prostitución, las drogas y el juego. Quizá pensaron que necesitábamos que existiera. Porque, ¿ha sido visto alguna vez? ¿Y el prefecto? ¿Y si el Gobierno es también una estafa? ¿Y si son una creación de la misma persona? Siempre había pensado que nos gobernaba un hatajo de psicópatas y corruptos, pero ¿y si no eran más que un engaño? Las mentiras son necesarias para el normal funcionamiento del mundo. ¿Qué haríamos sin mentiras? Probablemente yo no estaría aquí y vosotros tampoco. A todo el mundo le gusta una falacia de vez en cuando. Es como cagar. Una vez lo echas fuera ya no es tu problema. Te das la vuelta y miras el pastel y piensas: joder, es increíble que todo eso estuviese dentro de mí. ¿Quién no lo ha hecho alguna vez? Buen viaje mierda mía, serás muy feliz aquí fuera. Te das la vuelta y

desapareces. Total, ¿a quién le importa? Solo es una mierda. Así es todo el tiempo. Una trola piadosa, para que todo siga funcionando. La culpa es del hampa o del Gobierno o, mejor todavía, de ambos. Mentir y caer en la cuenta de que es cierto, todo es cierto. Y ahora, desde este nuevo punto de vista, miro atrás y me digo: joder, es increíble que todo eso estuviese dentro de mí. Así que los monjes tocaron su música y todos los demás nos dedicamos a bailar como posesos. Mientras, yo gritaba: ¡Ancas! ¡Ancas!

*

Mucho después de que acabase la fiesta, me encontré fumando *bok* con todos los sicarios de Pizkos. En realidad no eran todos, pero sí los que todavía parecían personas normales y no jodidos monstruos salidos de una chatarrería. Estaba Cuco y también Raus, Molino, Bultos y... no importa, de verdad. La cuestión es que allí estábamos, tumbados en el suelo aquí y allá, fumando y hablando sin parar. Había recuperado mis pantalones y mi saco, convertido en un jirón irreconocible que decidí utilizar a modo de turbante. Tenía el cuerpo dolorido y la boca tan pastosa y maloliente como el culo de un viejo. Hablábamos de cualquier cosa, yo qué sé, de lo que nos venía en gana. Contaban anécdotas e historietas y, creedme, los sicarios son poco locuaces, pero sus historias son la monda. Normalmente acaban con la muerte de algún pobre desgraciado que pasaba por allí, pero eran muy divertidas. Entre pipa y pipa, esnifábamos *savia* y todo nos daba vueltas, por lo menos a mí. Fue un rato muy agradable; el momento ese en que sientes el cerebro presionarte el coco por dentro, como si quisiese salir y echar a correr y perderte de vista. ¡Ja! Y tú te haces otra pipa y un par de toques de polvo negro y lo pones en vereda. Estilo domador de truchas. Ya sabéis que una cosa lleva a la otra y que el *bok* me suelta la lengua. Lo que no sabéis —y yo tampoco en aquel momento— es que Elas estaba allí y escuchó uno de los discursos más lúcidos y memorables que haya tenido en esta triste vida mía y, probablemente, el último.

*

Hoy me he dado cuenta de una cosa, ¿sabéis? Ahí, en la fiesta, bailando y todo eso. He tenido una epifanía. ¿Qué ocurre? Capullos, un... no sé cómo explicarlo. Me dado cuenta de una cosa importante. Ha estado bien. Ha estado muy bien, sí. Pero pensaba, sí, pensaba que, después de todo, vivimos en el pozo. Todos vivimos en el puto pozo. No os ofendáis. ¿Sabéis lo que quiero decir? Llevo aquí un tiempo y me gusta vuestro rollo. Pero joder, es el mismo rollo, aunque con medios. Porque yo siempre he pensado que lo único que diferencia a unos de otros son los medios de los que se dispone. La raíz de todo es la misma, y eso nos vuelve a todos un poco iguales, ¿no creéis? Vosotros, todos vosotros. Miraos bien, con vuestros implantes y arreglos y tantos... músculos y todo eso. Iguales que yo y que mis amigos los drogatas de la parte baja. Iguales en un montón de cosas. También en la miseria porque, al fin y al cabo, vosotros y los demás, todos estamos bajo tierra, unos más profundo que otros, pero enterrados. Le he dado bastantes vueltas a eso. Y, ¿sabéis una cosa? Por lo menos, nosotros estamos enfadados todo el puto tiempo. Quiero decir, el resto, los de abajo. Estamos tan jodidos que solo nos queda la mala leche. Joder, estamos cabreados a todas horas, con todo el puto mundo. Pero aquí arriba hacéis como si no pasase nada. Es como que se evita el tema, ¿sabéis? Se pasa de puntillas sobre la realidad. Supongo que resulta más fácil excusarse cuando tienes un montón de pringados por debajo, pero no le veo el mérito, la verdad. Es como si las ratas se diesen aires frente a los gusanos. Joder, lo digo en serio, está genial ser una rata, ¿sabéis? Pero carajo, todos coméis la misma puta basura. En cierta manera, me recordáis a mis colegas de la casa del humo. ¿Os he hablado de ellos? Joder, eran la peor panda de perdedores de todo el pozo central. No os ofendáis. Por nada en concreto. Quiero decir... no tienen nada que ver con vosotros, pero sus aspiraciones eran tan... inexistentes. Y yo, joder, yo quiero hacer algo con mi vida, lo que pasa es que todavía no sé qué. Jajaja. ¿Podéis creerlo? No tengo ni idea de qué hacer. Y ayer en la fiesta, joder, no entendí un carajo. Lo digo en serio. ¡No entendéis nada! Estoy totalmente fuera de onda. ¿Qué coño está pasando? Os juro que me largaría si no fuese porque siempre he pensado que

mejor ser rey en tu casa que esclavo en la de otros. ¿Os gusta eso? Rey en tu casa, esclavo en la de otros. Que le den a la superficie. Es cierto, me recordáis mucho a los fumetas de allí abajo. Yo no podría. Os juro que me tiraba al primer pozo de reciclaje. Y encima, joder, encima tragáis la misma mierda y ni siquiera os preguntáis qué es lo que está pasando. No pongas esa cara, Cuco. ¿Qué estáis haciendo? ¿Cuándo van a cambiar las cosas? Sois como peones de Pizkos. Tragáis mierda a paletadas a cambio de migajas. ¿Es que no lo veis? No os enfadéis, es coña; venga, es coña. ¿Sabéis qué me comería yo? A Elas. Cada vez que la veo me imagino su coño frente a mi nariz. A veces habla y no escucho una palabra. Solo imagino su chocho palpitante y cálido y a mí mismo dándole arriba y abajo con la lengua; hundiría la cara en su coño y, joder, podría pasar así el resto de mi vida. Hurgar con los dedos en ella. Os juro que me saca de mis casillas. ¿Alguien se la ha follado? Me hubiese gustado chuparla el otro día. Lo hubiese hecho hasta caer muerto, sí. ¡Mirad. Me estoy empalmando! Tíos, por la primera y no la última fiesta juntos. Levantad las copas, venga tíos. Dejad de comer mierda y comed más coños y pollas, joder. Comed coños y pollas.

*

Eso fue lo que dije y no me mataron. ¿Podéis creerlo? Sin embargo, me quedé sin habitación, sin arcón de madera ni puerta con cerradura. Cuando, más tarde, me arrastré hasta mi cuarto, Elas me esperaba con un par de los suyos y no se anduvo con rodeos.

—A Papi no le gustan tus privilegios, Veintiuno —dijo—. Quiere que te hagas un hueco por ti mismo.

—¿Por mí mismo? —balbuceé.

No añadí ni una palabra y ella tampoco. En parte porque iba tan colocado que era incapaz de articular ningún fonema entendible, pero también porque sabía que estaba allí durante mi perorata y me avergoncé como un mocosito. Me condujo hasta la cueva en que vivían el resto de matones y me asignaron un camastro desvencijado con un colchón de paja. El lugar apestaba a pies y la

humedad manchaba todas las paredes.

—Oye, Elas —murmuré de forma lastimosa—. Después de lo que hice por vosotros...

—Y te lo agradecemos, Veintiuno. Por eso eres uno de los nuestros.

—Sí, sí. No me estoy quejando, pero solo quiero que sepas que lo que dije fue cosa del *bok*. Cuando fumo se me suelta la lengua y no pienso lo que digo. Ya sabes que me gusta hacer reír a los demás. Soy Veintiuno, cuento historias. Además, tú y yo hacemos buena pareja. Me dijiste que necesitabas un ayudante. ¿No estás contenta con mi trabajo? ¿Hay algo que te haya disgustado? Puedo ser útil si me das la confianza adecuada. ¿Sabes lo que quiero decir? Mi potencial está por descubrir. Y os entregué a las polillas. Eso tiene que contar para algo. No quiero desmerecer al resto, pero no puedes dejarme en esta pocilga con esta panda de matones descerebrados. Y menos después de haber tenido una habitación propia. Deja que al menos me traiga mi colchón de lana. Tengo la espalda delicada y...

—Veintiuno —me interrumpió.

—¿Qué?

—Cierra la puta boca.

Dio media vuelta y salió de allí. Era mujer de pocas palabras, la verdad. Observé desaparecer su esbelta figura en el corredor abierto en la piedra. Dejé caer el petate junto a la cama. Una cucaracha huyó despavorida, pasó entre mis piernas y correteó hasta acabar bajo la bota de uno de los sicarios que observaba la escena. Sentí un murmullo rugiente que crecía en las tinieblas de la gruta. Hacerme un hueco por mí mismo. Eso no era lo que había previsto. Todavía se veía a Elas a lo lejos, casi desaparecida entre las lámparas de gas.

—¡Hablamos mañana! —exclamé.

No volví a verla nunca más.

*

En adelante mis funciones se redujeron a pulular por allí y tratar de pasar

desapercibido. Llenaba los cántaros de agua y también repartía el almuerzo, pero nadie me dirigía la palabra. Ya no hacían gracia mis chistes y Gru casi me mata cuando mencioné a su madre. Al regresar a la cueva, alguien se había cagado en mi catre. Fumé un par de pipas en un rincón y acabé dormitando junto a los cubos de basura. Cuco me dio una patada en el culo cuando me descubrió y me preguntó si no me daba vergüenza, aunque yo no sabía exactamente a qué se refería. Recuerdo ese primer día como una interminable caída al vacío. Me ordenaron sacar la basura y quemarla en un bidón oxidado. Aproveché para deshacerme de la paja y el mojón de mi cama. Cuando acabé, me acosté temprano y, al despertar, me habían robado los zapatos. Solicité un encuentro con Elas, pero andaba ocupada y me hicieron esperar hasta que me cansé y salí a dar una vuelta. Acabé de nuevo oculto y fumando solo en un rincón. Todo se vino abajo tan rápido. ¿Cómo es posible? Creo que aquello que dije los enfrentó de alguna manera a sí mismos y también a Pizkos y su autoridad. Debería saber que es fácil para los idiotas rebelarse contra aquellos que les muestran la verdad. Con otras palabras: nadie quiere a los listillos. Así que las bromas dieron paso a los golpes y mis tareas comenzaban y acababan con un fustazo y una amenaza. Desapareció mi cinturón y también mi manta. Me redujeron la ración y pasé a comer un puré frío a base de sobras y pan húmedo. A primera hora debía llenar cada palangana de agua nueva, también las vasijas y comprobar el aljibe que suministraba a la parte alta de la casa. Después corría —los pies descalzos, heridos— a repartir el almuerzo y más me valía no equivocarme con las raciones; siempre con la mirada en el suelo, evitando las lentes de los peores de ellos, aquellos que ya no conservaban más que unos pocos músculos hiperdesarrollados y que rugían cuando pasaba frente a la mesa. Sabía que, en cualquier momento, saltaría el fusible o se quemaría un circuito en alguno de sus sistemas y me matarían por una nimiedad como silbar la canción equivocada. Fue una larga caída que acabó en la fuente en la que comenzaba mi jornada. Una mañana cualquiera, abandoné la vasija y escapé a casa.

*

Acababa de sonar la décima campana así que no había nadie en la cueva. A pesar de todo me asomé con disimulo y cuidado, por si algún un hermano había perdido su trabajo y andaba por allí. Nuestra gruta había cambiado poco en todo aquel tiempo. Moscas, restos de comida en la mesa, manchas de aceite y unas pocas velas casi consumidas. En el polvo del suelo se adivinaban las pisadas y roderas de la familia de camino al trabajo. Eché un vistazo a los restos del desayuno. Con una cuchara de palo aparté a un lado un trozo de pan mohoso untado en grasa. No hace mucho, Ancas y yo hubiésemos luchado como gatos en celo por él. Sin embargo, Ancas estaba muerta. Me volví y fui hasta su nicho. Tomé la cortina, pero no la corrí al instante. Aparté la mirada antes de hacerlo, por lo que pudiera pasar. El hedor de la carne quemada, su carne. Cuando miré, retuve la respiración. No había nadie. Ni siquiera estaban sus cosas. Alguien había recogido sus muñecas de trapo. Quizá Gago las cambió por una mamada o una cerveza fría. Mi nicho también estaba vacío. Salté dentro y corrí la cortina. El colchón era tan incómodo como recordaba, quizá peor. Suspiré y cerré los ojos. Habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo. ¿Qué podría hacer ahora? Regresar a casa de Papi Piskos, con todos sus matones, ya no me pareció la mejor opción. Me imaginé dentro de poco, con el cuello roto, en un pozo de reciclaje. No podía dejar mi futuro en manos de aquellos mastodontes y su inestable sentido del humor. Quizá escapar a la superficie. Tenía el montante para pagarme un topo, no uno de los fiables claro, pero sí uno de esos que te obligan a chuparle la polla y que te abandona a mitad camino. Es un riesgo que muchos asumen. Aunque, ¿qué iba a hacer yo en la superficie? Y ¿qué pasaba con todo ese rollo de rey en tu casa y esclavo en...? ¿Qué mierda era eso? Yo no era rey en ninguna parte, ni siquiera era el rey de mi propio culo.

Decisiones trascendentes frente al muro de la vida. La cosa no pintaba bien. Las circunstancias van por libre y obligan a seguir adelante, de la forma en que lo hace el agua en una canal. ¿Recordáis cuando dije que me hubiese gustado regresar a aquel momento en mi nicho, borracho y colocado, antes de que Ancas corriese la cortina? ¿Lo recordáis? Pues allí estaba, echado, fabulando con mi encuentro con Pocho y los adictos de la casa del humo; Lazo tan guapo y bien parecido y después, en aquel agujero, con la cara como un rábano; y Ñam, pobre Ñam que perdió la cabeza. Sin proponérmelo, el

recuerdo fue atrás y atrás hasta ese lugar oscuro en que guardamos cosas sin valor, la bisutería emocional del pasado. No mentí cuando dije que mi infancia se esfumó hace tiempo. Por lo que a mí respecta nunca fui niño. Es algo de lo que suelo alardear sin sonrojarme. Y sin embargo, allí tendido, una escena apareció en mi memoria, nítida y llena de colores. La memoria y sus malas pasadas; sabéis lo que quiero decir, ¿verdad?; una de esas cosas que en tu cabeza aparece diáfana y por la que pondrías la mano y la polla si hace falta en el fuego, pero que tu sentido común te dice que no puede ser, que algo falla y no es del todo cierto.

Mi visión retrató el día en que un padre y una madre trajeron a Ancas a la cueva. Yo me escondí en mi nicho. Estaba asustado. Escuchaba los berridos de aquella cosa viscosa y arrugada envuelta en paños y no tenía ni idea de qué pensar. No era una rata, ni una alimaña, ni tampoco un pequeño cerdito calvo. Y Ancas lloraba, joder, cómo lloraba. Así que me deslicé hasta el cajón en que la guardaban, decidido a cerrarle la boca y pellizcar su pequeño hocico hasta que se pusiese colorada y luego granate. Era fea. ¡Tan fea! Y ese timbre era un cable de acero que arañaba vidrios en tu cabeza. Una madre debió de leerme la mente, porque me interceptó con un bofetón y caí de culo. No hubo ni una palabra. Abrí la boca, dispuesto a escupir algún insulto y recibir más palos. Ancas se unió con sus berridos a la normalidad de nuestro hogar. Sin embargo, para sorpresa de todos, un padre se interpuso y, como de costumbre el tiempo se detuvo. Unos hermanos observaban todo de soslayo. Una madre calló y me miró con su ojo sano de esa forma en que solía hacerlo, desprovista de pena, piedra dura de una veta única. Lo que vino a continuación no pude comprenderlo nunca, ni siquiera ahora. Estoy convencido de que el miedo cegó mi entendimiento, como lo hace ahora, quizá como lo ha hecho durante todos estos ciclos. A los pies de un padre me sentí tan minúsculo, tan impotente. Y él tomó a Ancas con su mano retráctil y la puso en mis brazos. Me quedé estupefacto, como quien coge una bomba de relojería o un bicho venenoso. Sin embargo, ella se calló. ¿Podéis creerlo? La mocosa hija de puta se calló. Recogí las rodillas, apreté aquel pequeño fardo contra el pecho y se durmió. Un padre largó un suspiro que nacía de lo más profundo de su motor. Después se sentó a la mesa y me dejó con ella.

Esa fue la escena que recordaba, tendido en mi viejo nicho, cuando un

padre apareció y abrió la cortina de repente.

*

Sonreí. Creo que lo hice, aunque no estoy seguro porque, antes de lo que se tarda en parpadear dos veces, un padre estampó su puño en el centro de mi cara. Fue como si una *retropicadora* hidráulica me hubiese sacudido en toda la frente. La cabeza me rebotó de tal manera que por un instante pensé que había reventado como un huevo podrido. Podéis imaginar mi desconcierto. Cuando recuperé el sentido me encontré volando por los aires, sobre la mesa, dirección a la alacena del fondo de la gruta. No me rompí ningún hueso de milagro, pero los estantes astillados me abrieron un par de cortes bastante feos y la sangre manchó mi camisa. Platos y cazuelas de peltre repicaron en el suelo. Levanté los brazos en señal de rendición, es probable que incluso suplicase con un gemido ininteligible. No sirvió de nada. Un padre me cogió por la pechera y me acorraló contra el muro. Los pies no me tocaban el suelo. Acercó su rostro recosido al mío. Un torrente de sangre desbordó mis cejas. Tras el telón sangriento vi el cepo de sus dientes y las lentes mecánicas, ajustándose para enfocarme; vi cada poro viejo de su piel vieja; las pequeñas cicatrices y las manchas tumorales en el cuello y en la quijada; y el rugido que arrancaba profundo, en su motor de combustión interna. Busqué una excusa o una disculpa de forma atropellada. Mis jadeos estallaban en burbujas de sangre y saliva. Su expresión cambió, se ablandó, como si fuese de manteca tibia o queso fundido. No sé por qué, pero lo hizo. Nunca me había puesto una mano encima, esa es la verdad. No puedo culpar al viejo de eso. Ni para pegarme tuvo tiempo.

Lancé una patada a su vientre. Intenté darle entre las piernas, pero no acerté. Me soltó y rodé a un lado. No mostró sorpresa ni dolor alguno. Supongo que ya no había nada ahí abajo que valiese la pena excepto los pistones y una docena de bielas bien engrasadas. Me escabullí entre sus pies y escapé a toda prisa. Antes de llegar a la puerta me puse en pie y di media vuelta. Lo amenacé con el dedo en alto. Él no hizo la menor intención de dar

un paso hacia mí.

—¿Qué has hecho?! —grité—. ¿Qué mierda has hecho?!

Y escapé hacia las profundidades del pozo.

*

Lo que pasó después también forma parte de mi historia, aunque cierro los ojos y aparece desde fuera, como si acompañase a Veintiuno y viese todo lo que le pasa una y otra vez, siempre lo mismo, hasta este momento. Es, en realidad, esa sensación pegajosa y frustrante que se siente cuando se intenta recordar un sueño al despertar. Sabes que ha ocurrido, pero eres incapaz de atar cabos y aclarar la vista. Todo se ve borroso, hasta los sonidos. ¿Es eso posible? Os juro que mi voz se transformó, se volvió otra. El eco de aquellas palabras me persiguió por las grutas subterráneas del pozo. *¿Qué has hecho? ¿Qué es lo que has hecho?*

Quizá fue el golpetazo en la cabeza. Di tumbos de un lado a otro hasta que me detuve en un pequeño manantial y me aclaré la sangre del pelo y la cara. Resollaba como si hubiese fumado una pipa de serrín húmedo. Grité. En realidad fue una especie de balbuceo nervioso mientras sacudía y pellizcaba todos los bolsillos de mi saco. Había perdido todos mis cristales. Debió de haber ocurrido cuando un padre me despanzurró contra la alacena. Di contra la piedra y los pies me resbalaron poco a poco hasta quedar sentado en el suelo, con las piernas extendidas y las manos a los costados. No había sido buena idea regresar a casa. ¿Por qué carajo hice algo así? Preguntas y más preguntas. Cada vez tenía más claro que ese era el único propósito de este lugar, enterrar las preguntas que nadie quiere responder. Como si al hacerlo desapareciesen. Todo vuelve. Arrojan los cadáveres a los pozos de reciclaje y vuelven hechos gusanos y moscas y gas que enciende las lámparas y atrae a los mosquitos que te chupan la sangre y ponen sus huevos en los cuerpos hinchados que enviamos a reciclar. También vuelven los fantasmas. Todos esos desgraciados convertidos en reflejos translúcidos, en susurros que no deberían estar ahí. Todavía me pregunto por qué hice todo aquello, pero ¿quién no se pregunta

cada día eso? Quizá mi problema no era la incapacidad de soportar la existencia de esas preguntas, sino mi propia torpeza a la hora de mentirme a mí mismo. Si todos podían hacerlo, ¿por qué yo no? No hay más idiota que aquel que se tiene por listo. Y eso era yo, un idiota que pretendía volver atrás en el tiempo. ¿Hasta dónde? ¿Por qué detenerme en aquel momento en mi nicho, borracho y colocado, cuando todo iba mal, aunque no tan mal? ¿Por qué no volver hasta el momento de mi nacimiento, incluso antes? Regresar a un estado embrionario, en el carburador de una madre y después, entre explosiones y cilindros que suben y bajan, regresar a un estado unicelular, disgregarme, desconceptualizarme y convertirme en la aguja de presión del sistema reproductor de un padre, en una válvula de apertura y cierre de la válvula, en un error humano, una mala idea, un polvo rápido y violento en la noche de bodas. Que Dios bendiga vuestras juntas tóricas.

*

Si por lo menos tuviese algunos cristales para colocarme. Eso era lo único que rondaba mi cabeza mientras deambulaba sin rumbo fijo. Con drogas todo se ve de otra manera. Como el pozo, es igual y diferente en todas partes y es fácil perderse cuando no se presta atención. ¿Cómo no vamos a colocarnos a todas horas en este lugar? Mejora el estado de ánimo, ayuda a no cometer locuras y cargarte al primero que te lleve la contraria. Si por lo menos tuviese algo con que colocarme. Caminaba a toda prisa, casi al trote, mientras mantenía una conversación conmigo mismo de lo más entretenida. Hui de los susurros que me llamaban y de las malas ideas. Regresa con Elas y pide disculpas. Ve a casa, un padre estará sentado a la mesa con tu pequeña fortuna frente a él, dile que te dé lo que es tuyo. Tírate de cabeza por el pozo principal y acaba con todo de una vez. Si había algo que odiaba de todo aquello, era que tenía que soportar mi victimismo totalmente sobrio.

—¿Veintiuno? —dijeron frente a mí.

Levanté la mirada a pesar de que había reconocido la voz. Tenía que verlo con mis propios ojos.

—¿Pocho?

*

Era él y estaba vivo. Con peor aspecto si eso es posible, más macilento, costroso, giboso y tísico que nunca, pero vivo. Balbuceé su nombre mientras me ponía en pie y él me recibió con una sonrisa podrida y babosa que cayó fulminada al instante.

—Estás vivo, hijo de puta —dije.

—Pues claro —añadió—. ¿A. qué viene eso?

—Las polillas te mataron.

—¿A mí?

—Ellas me lo dijeron. Y también la gente de Papi Pizskos.

Dio un paso atrás. Le tembló el labio inferior.

—No jodas con Pizskos, Veintiuno —dijo—. No quiero saber nada de ellos.

—Te robaron los cristales que habías sacado de casa de Pizskos.

—Ah, no —amagó una risa y se cubrió la boca—. De eso nada.

—Tenías que estar muerto.

—Oye, para ya.

—Ellos creen que estas muerto.

—¿En serio?

—Pero estás vivo. Estás vivo.

—¿Quieres decir que todos creen que estoy muerto? ¿Ya no me buscan?

—Oh, mierda.

Sentí un repentino mareo y tuve que regresar atrás en busca de la estabilidad de la pared. Que Pocho estuviese vivo no iba a resultar de ayuda en mi reconciliación con Elas y los muchachos. Intenté recordar el motivo por el que habían acabado con las polillas. Ancas dijo *por el negocio*. ¿Qué negocio? En ese momento la besé y salí de allí. Esa fue mi despedida de un hermano. ¿Qué negocio le habían robado las polillas al hampa? También dijo que dejaba la banda y se iba con Lazo. Los vi juntos aquel día. Juntos. Con su

plan para pagarse un topo a la superficie. El topo que los llevaría lejos del pozo. Las polillas eran su topo, joder.

Por mi parte, yo no había podido cumplir con las exigencias del puesto de trabajo que antes ocupaba Pocho. Básicamente pon que necesitaban a alguien más tonto. Quizá al principio resultaba más gracioso y entretenido, pero a la larga me convertí en un inconveniente para todos. Fui tan inteligente que ni siquiera pude hacer como él y largarme con mi jubilación a cuestras.

La risa de Pocho apareció a borbotones, casi parecía una tos nacida en el estómago que se obligaba a vomitar fuera. Creo que nunca había visto nada tan obsceno como las carcajadas de Pocho en aquel momento. Me puse en guardia, espantado, y eso debió de parecerle tan hilarante que comenzó a carcajearse mientras me señalaba con el dedo. Tomé la postura de una *arañagato*, agazapado en las grietas de la roca mientras él reía y reía como un trilero loco. Supongo que estuvimos así un buen rato: él, dando palmadas y recuperando aire entre ahogos; yo, manteniendo la compostura, testigo a la fuerza de mi ridículo. Hasta que todo cambió. Lo sé porque lo he visto otras veces. El silencio se desliza poco a poco; ninguno de los dos éramos conscientes de la necesidad de una resolución violenta; es algo que llega a cuentagotas, como un reloj de agua en una caverna solitaria.

Tap.

Mi aprensión y pánico dejaron lugar a la rabia.

Tap.

Pocho dejó de reír. El brazo que señalaba mi vergüenza se retrajo.

Tap.

Bajé la nariz. Lo miré desde las cejas.

Tap.

Pensó que sabía lo que yo pensaba. Dio un paso atrás.

Tap.

Salté sobre él.

Tap.

*

Alguien me dijo una vez: *Veintiuno, en una pelea, lo más importante es mantener los pies separados y las rodillas un poco flexionadas para no acabar en el suelo.* Nunca he sido bueno haciendo caso a los consejos. Tampoco en las peleas. De hecho, en aquel momento, cuando agarré a Pocho por las solapas y ambos comenzamos un baile artrítico en que dimos vueltas y más vueltas, pensé: ¿Cuál de los dos ha recibido más palizas en su vida? Hasta aquel momento, yo hubiese dicho que él. Nada más había que ver su cuerpo contrahecho, los hombros caídos, paticorto, de cabeza enorme y mentón diminuto. Y eso sin contar con la mirada ausente de toda inteligencia, su voz gangosa y extraño caminar. Pocho no había hecho más que recibir palizas desde que nació. Puede parecer información privilegiada en una casa de apuestas, pero la verdad es que tenía mucha experiencia al respecto y eso es algo con lo que no había contado. Digamos que ofrecí a Pocho la posibilidad de desempatar con la vida y resarcirse. Quería matarlo, es cierto. ¿Por qué no? Después de todo, estaba muerto para todos los que alguna vez lo habían conocido. Hubiese sido un acto de justicia acabar con él y arrojarlo a cualquier pozo de reciclaje. Sin embargo, todo salió mal.

Se escabulló de mi presa y también esquivó el gancho de izquierda que lancé cuando vi que escapaba. Espantado por mi ataque, chillaba como un cerdo acorralado. Por mi parte, visto que no podía herirlo, me dediqué a insultarlo a voz en grito y a declarar mis intenciones. *¡Te mataré, hijoputa! ¡Te voy a matar!* De un zarpazo lo atrapé por la oreja. Se inclinó y me plegué sobre él. Di un codazo a su espalda y un par más cuando sentí sus pocos dientes en la parte interior del muslo. Salté a la pata coja mientras lo empujaba, intentando alejarlo de mí sin éxito. Giramos alrededor hasta que me pellizó los huevos y ambos caímos a tierra. Los párpados se me inundaron de lágrimas. Creo que supliqué que me soltara. No estoy seguro. Cuando abrí los ojos, Pocho estaba sentado sobre mi pecho. Levantaba un puño en alto con un canto rodado de buen tamaño. Algo había cambiado en él. Ya no había pánico en su mirada. Tampoco había odio en la mía. Intenté cubrirme la cara con los brazos.

No recuerdo mucho más. Cuando recuperé el sentido, los oídos me pitaban. Sentía el pulso en los labios y en las mejillas. Podía adivinar la sombra de mis propios párpados, abotargados y enormes. Escupí una pulpa

viscosa y algunos dientes. A un lado, el pedrusco manchado de sangre, trozos de piel y pelo. Pocho, en pie, aunque lejos, más allá de aquel pitido constante, dijo:

—Ni una palabra a Pizkos de que me has visto, Veintiuno. Ni una palabra.

Intenté responder sin levantar la vista y mi propia voz magullada me impresionó. Levanté el pulgar. Al momento, un chorro salado y tibio me dio en la cabeza. Él se reía. Me escocían las heridas y la carne despellejada. Fue una meada larga y sostenida. A mí al menos me lo pareció.

*

Conseguí arrastrarme hasta la galería principal y quedé tendido junto al muro, en una zona poco iluminada entre faroles. Había bastante trasiego en hora punta. Sobre todo, mineros y funcionarios de bajo nivel que ascendían de vuelta a casa. Algún sacerdote pasó dando voces. Mi consciencia bailaba al son de una lengua neblinosa que iba y venía con un zumbido persistente. Algo se había roto allí dentro. Era incapaz de ver nada con el ojo derecho. Palpé, tan delicado como pude, una pulpa gelatinosa bajo la ceja abotargada y supuse que aquel puré era lo que quedaba de mi bonito globo ocular. En general, mi cara se había hinchado como un tumor supurante y eso me recordó a Lazo y el estado lamentable en que lo dejaron los matones de Pizkos. Por lo menos, a él lo golpearon profesionales y no un saco de mierda como Pocho. Fui consciente de que la cosa estaba realmente mal cuando un desconocido me miró como si le hubiesen servido su propia polla para cenar y hubieran olvidado la salsa. Estaba jodido de verdad. Ponerme en pie me llevó un buen rato. El primer paso fue el más difícil. Caminé sin separarme del muro, siempre a mi izquierda, tanteando con los dedos en la roca, guiándome por los destellos cegadores de las lámparas.

¿Alguien ha probado a caminar alguna vez sin rumbo? No me refiero a dar un paseo o ir de aquí para allá. Yo no tenía ni idea de a dónde me dirigía desde mi encuentro con un padre. Me movía a pasos tan cortos y dubitativos que casi no avanzaba y, cuando te acaban de machacar la cabeza con una

pedra, creedme, es una suerte ir poco a poco. Lo malo es que cada paso te preguntas: ¿a dónde carajo voy? Y tratas de recordar el lugar ese en que solías sentirte seguro y que llamabas hogar, pero no lo recuerdas, ya no existe tal cosa en tu memoria. Con los sesos hechos papilla los pensamientos van y vienen. Escuchaba la letanía nasal de mi propia voz, supongo que dando reproches a diestro y siniestro, buscando excusas y suplicando perdón. Tal vez estaba llorando, puede ser. Cada sombra en el ángulo muerto de mi visión se convirtió en una amenaza y me cubría con el brazo de fantasmas que saltaban sobre mí y me llamaban por el nombre. Los golpes de Pocho surtieron el mismo efecto que sacudir una colmena. Que cunda el pánico. Todos esos Veintiuno estaban libres y asustados. Era el principio del fin.

En la galería principal pasé desapercibido entre la multitud. La mayoría caminaba a mi lado, con la cabeza en sus asuntos, en todas esas cosas tan importantes. Eso es la vida, perseguir la sombra de los demás —un túnel, otro túnel— hasta que se acaba y ya no hay más de nada. Vas de aquí para allá, eso es fácil, porque los pies hacen todo el trabajo —primero el derecho, después el izquierdo—. Moverse no tiene mérito. Lo complicado es llegar a alguna parte. Aunque, después de todo, vivimos en el pozo, ¿no? ¿Quién puede decir que llega a ninguna parte? Unos arriba, otros abajo, pero todos de mierda hasta el cuello. Ropa limpia, botas de piel, puchero de nabo, hoja de *bok* para fumar... todo mentira, hermanos y hermanas, porque estamos en el pozo. Pero, olvidemos los formalismos. Al carajo con todos. Esta es mi historia y yo soy lo que importa. Digamos que estaba en el punto de salida, aunque con menos amistades y la cabeza tan magullada como el culo de un chapera. Quizá con menos posibilidades, muy pocas. Creo que, a esas alturas, la realidad era un pasadizo que se estrechaba como un embudo. ¿Qué puedes hacer? ¿Volver atrás? Por favor, eso es imposible, nadie puede volver atrás. Como mucho se puede huir hacia delante. Más tarde, cuando la realidad se convierte en chismes y noticias de última hora, la gente se pregunta: ¿cómo se le ocurrió semejante tontería?, ¿qué clase de locura es esa? ¿No se daba cuenta de que no hacía más que complicar las cosas? Y se quedan tan anchos los muy hipócritas. ¿Qué esperaban que hiciese? ¿Es que no habéis prestado atención a lo que dije? Esto no es una partida de *baladre* en la que puedes guardar el comodín hasta el final. Aquí, si te equivocas, no hay posibilidad de redención.

Mala suerte, vuelva a la casilla de salida. *Oh, no, el pozo de reciclaje.* Era una broma, una maldita broma. Y cuando lo vi a él, lo comprendí.

*

Uñas dormía en un recodo de la galería. Algo más adelante el camino se ensanchaba. A un lado, el puente que conducía a las grutas de los mineros en que vivía mi una familia. Al otro, la escalinata hasta el túnel que comunicaba con la zona alta: las casas de los funcionarios, el prefecto y también Pizkos y el hampa. Me detuve. Estaba sediento. Las heridas de la cara me palpitaban. Apenas podía soportar el roce de mis dedos en la piel. Los grandes hornos bombeaban al ritmo que sentía mi corazón en cada magulladura. *Cabum. Cabum. Cabum.* Me acerqué al viejo con mi ojo sano por delante. Roncaba, abrazado a las rodillas, tendido de costado bajo una manta raída. Quizá estuviese borracho. No lo sé. La verdad es que nunca lo había visto beber. Eso es lo que pensé. Me acerqué con disimulo arrítmico y eché mano a su paraguas, que estaba apoyado en la pared tras él. Era un artefacto de caña y papel fino teñido de colores, con algunos desgarrones aquí y allá. El pomo era suave, desgastado hasta tomar la forma de los dedazos de Uñas. Fue como robar un tesoro de los tiempos antiguos. No sé por qué lo sentí así. Una parte de mí sabía que pertenecía a la superficie y eso lo imbuía de cierto poder, de aquello que los más viejos *mecanistas* llaman magia. Inútil en el pozo, pero que otorgaba un rango especial que necesitaba a toda costa.

El viejo vagabundo despertó y, con un rápido movimiento, lo atrapó por la punta. Abrió mucho los ojos. Supongo que, visto así, debí de parecerle algún tipo de monstruo deforme nacido en las profundidades. Mi rostro abotargado, cubierto de moratones y costras, los labios rotos, un ojo hecho papilla... soltó el artefacto y yo aullé de forma salvaje, como hacen los caníbales de las cavernas cuando van a la guerra. Uñas retrocedió y se ocultó bajo la manta, temblando. Se cubrió con la mano, aunque me miró entre los dedos desplegados. Y ahí me reconoció y sonrió, pero ambos habíamos cambiado. Uñas se había convertido en un viejo desnutrido, condenado a vagar y morir en

algún rincón. Y yo, en pie, era... ¿quién sabe? Quizá una representación divina que habitaba más allá del bien y del mal, tras una máscara grotesca que oculta el mundo entero, todo lo que podría llegar a ser y no fue nunca.

—No puedes... —tartamudeó—. No puedes hacer eso.

Esgrimí el paraguas como si fuese un zapapico y él se encogió contra el muro. Saliva sangrienta me borbotaba entre los dientes rotos con cada rugido. Sí, joder. El dolor dio un paso atrás, hinché el pecho y reí. Estallé en una repentina carcajada mellada que acabó con un ataque de tos. Uñas apareció de entre sus dedos. Murmuró algo que no entendí. Me largué a la carrera, cojeando como un tullido al que alguien hubiese prendido fuego. Entre mis resuellos perrunos escuché los gritos de Uñas.

¡No puedes hacer eso, Veintiuno! ¡No puedes hacer eso!

*

Se acabó. No hay mucho más que contar. ¿Sorprendidos? ¿Esperabais este final? Creo que no. Ha sido culpa mía. Supongo que las cosas acaban como empiezan, tres días después del verdadero final. Porque si tuviese que acabar esta historia, sería hace algún tiempo, cuando los sicarios de Pizkos me respetaban —o, por lo menos, fingían algo parecido al respeto—, dormía en un colchón de lana, tenía un arcón y una puerta con cerrojo. Así que olvidad todo lo ocurrido tras ese momento y quedaos con estas dos palabras: final feliz. Veintiuno triunfa pese a todas las dificultades y se convierte en el aguador de la casa de Pizkos. Vendió a su una hermana, a sus amigos, abandonó a su una familia, cierto. Y ahí está el resultado. ¿Podéis verlo? Tendido en su cama, borracho y colocado, con los pies cruzados, la camisa abierta y una pipa humeante en la mano. ¿No era eso lo que quería? Salir de la mugre, conservar las partes blandas del cuerpo y, ante todo, no convertirse en aquello que los otros habían planeado para él. Final feliz.

Sin embargo, he infringido una norma esencial durante el proceso: conté más de lo necesario. El final feliz se convirtió en un simple capítulo del nudo de mi historia y fui más allá. Por primera vez he sido fiel a lo sucedido.

Podríamos haber cerrado este relato con Veintiuno en su cama y dejar el resto a la imaginación de cada uno, pero no. El relato, como la vida, continúa y todo se desmorona. Llegados a este punto, supongo que el propósito es hacer comprensible lo ocurrido, convertir en real el final, porque todo acaba, excepto el pozo que, como ya dije *es infinito*.

La lógica y las expectativas demandan el gran final: la muerte. Pero ¿por qué? Por primera vez, yo no la deseo. Es cosa vuestra, de la moral que os susurra al oído: alguien debe ser castigado o recompensado. Y si lo primero es para otros y lo segundo para vosotros, mejor que mejor. ¿Me equivoco? Queréis muerte. Así que, debo esforzarme por vestirla con un nombre pronunciable y entendible, camuflada de necesidad narrativa y todo eso, darle un sentido y quizá, si me apuras, un mensaje. La gran mentira que pondrá colofón a esta sarta de invenciones. Porque la muerte no tiene sentido ni lógica. Debéis comprender eso y también que la historia comienza o acaba según mi capricho. Ya os lo dije, sois mi única esperanza. No podéis cerrarme todas las puertas.

Negociemos. Segundo final: Veintiuno huye con el paraguas de Uñas y se pierde en las profundidades del pozo para no emerger jamás. ¿Mejor? ¿Satisfechos? No hay que ponerse tan escrupulosos. Después de todo, final y principio son una mera formalidad. Nadie podía sospechar que esto acababa aquí y ahora, a pesar de que todas las historias acaban igual. Solo es cuestión de tiempo.

Aunque ya dije que el pozo es infinito. No solo en el espacio. Y todas esas pequeñas trampas de la vida, esos túneles y galerías que tomáis como si fuesen cobijo de algo o alguien, como si pudiesen protegeros, cada escalinata y puente colgante, no llevan a otra parte ni a un lugar mejor porque todo está aquí abajo. Queréis muerte, comprendo, como si eso pudiese otorgaros la razón, sonreír con la boca escorada y pensar: lo sabía.

Pues lo siento mucho, pero no, no lo sabías, no sabes nada. Puedo inventar muchas cosas. Hace rato que lo estoy haciendo y ni siquiera os habéis dado cuenta. Se me da bien. Sí, eso haré. Y cuando llegue el final, te preguntarás: ¿qué carajo ha ocurrido? Porque puedo escapar fácilmente, escurrirme en los desagües de esta vida mía que pasa ante mis ojos por última vez y mentir o decir la verdad y vosotros creeréis lo que os venga en gana porque solo os

importa una cosa: la muerte. No contéis conmigo para el espectáculo. Podéis señalarme con el dedo y contemplar mis entrañas boquiabiertos. ¿Os gusta lo que veis? ¿Es lo que esperabais? Miradme bien. Traed a vuestros hijos, preparad el sacrificio, que aprendan el precio a pagar en el pozo.

¿Sabéis una cosa? Bien mirado, podría haber comenzado en este punto, ahora mismo. Eso no lo sabías, de ninguna manera podías preverlo. Sí, ¿por qué no? Esto no acabará así. Este es el trato. Yo contaré mi historia, la de verdad, y vosotros escucharéis os guste o no, porque es una historia de drogatas y marginados, de sexo, violencia y muerte.

*

Tuerto Tres se despereza en la oscuridad. Los efectos de los hongos todavía destellan en su ojo sano. Siente, con cada relampagazo, una vaharada de licor de raíces y pétalos de *hojarana negra*.

—Vamos al mundo, amigo —dice a su paraguas, y se abre paso en la tiniebla del fango como una criatura antigua de las que no salen en los tratados de biomecánica.

En su rostro todavía perduran las huellas de la última paliza, convertidas en manchas de mostaza y cortes mal cicatrizados. Se embadurna el pelo con arcilla azul y él en su pecho desnudo dibuja grotescas imágenes con yeso y tiza. En torno a los pezones, dos ojos sin párpado y, en el centro, una lengua que desciende desde su garganta hasta la boca abierta que es su ombligo. Alrededor del cuello, un cordel con huesos, campanillas y restos de chatarra que ha ido recogiendo por ahí. *Vamos al mundo, amigo*, repite como parte de un ritual con el que comienza cada día desde hace un tiempo. Y así salta a la galería principal y saluda a todos con los que se cruza. El paraguas desplegado gira sobre su hombro, dibujando un arco iris de papel. Levanta mucho las rodillas al caminar y marca el ritmo con los brazos, casi se podría decir que participa en un solitario desfile. Nadie le presta atención. Hombres y mujeres pasan a su lado camino de la mina, desnutridos y harapientos, cabizbajos, y él reparte sonrisas y codazos.

¡Buen día! ¡Buen día! —exclama—. ¡No olvidéis vuestras plegarias ni haceros una paja!, ¡jajaja!

Se hace a un lado cuando aparecen los sacerdotes y se inclina con una reverencia. Ellos levantan *el Manual* y arengan a la multitud y le perdonan la vida con un gesto avinagrado. Son tipos bien formados, fuertes, que se afeitan hasta el último pelo del cuerpo y visten hábitos de tejido áspero. A su lado, Tuerto Tres es un guiñapo sucio que bizquea y saca la lengua cuando lo amenazan bastón en alto. Pero todo queda ahí, en amenazas y poses de mimo, en maldiciones y carcajadas.

¡Jajaja! ¡Hombres de Dios, os amo como la herrumbre al hierro! ¡Jajaja!

El pozo está infectado de vida y emergen cuerpos pálidos por todas partes. Tuerto Tres cabalga esa espuma infecciosa de galería en galería, de un lugar a otro. Pasa por el mercado, donde algunos tenderos lo espantan y otros le regalan pequeños obsequios; también por los vertederos, conoce a hombres y mujeres carroñeras; esquiva a los perros salvajes y también a los pandilleros malhumorados; inventa canciones y rimas con los nombres de aquellos que lo invitan a un trago de *bas*; gente que ríe, gente que no. Un río de famélicos niños corre tras él y, cuando se detiene, giran a su alrededor y exclaman su nombre: *¡Tuerto Tres! ¡Danos algo, Tuerto Tres!* Esquiva sus pellizcos y toma una postura de esgrima con el paraguas. Insisten hasta que el tuerto saca un puñado de semillas saladas, trocitos de grasa seca y cualquier cosa que haya recolectado y los arroja al aire. Desaparece con un trote danzarín mientras los niños se pelean por la cosecha.

Observa desde los rincones y se oculta bajo los puentes. Estudia con sus tres ojos a la multitud y su tránsito eterno —de una parte a otra, arriba y abajo—, mientras mastica hongos y piensa que no piensa, que sus pocos dientes erosionados mastican también recuerdos. Los convierte en una pasta amarga que la lengua pasa de un lado a otro, de izquierda a derecha, mientras rumia, como un murciélago lanudo en los contrafuertes de un pasadizo colgante. Piensa que no piensa, recuerda que no recuerda. Y paladea esa masa grumosa que ha empapado en su saliva. Con esfuerzo, traga. La siente resistirse tras la nuez, hincar las zarpas en su garganta. Comienza una digestión que puede durar, ¿quién sabe? Una vida; todas las vidas. Para acabar como una cagada que alguien pisará de camino al trabajo. *¡Jajaja!* Ríe de forma siniestra esta vez,

oculto en las sombras, masticando su memoria y su propia cara. Cada día, una y otra vez, hasta no dejar nada.

En un día cualquiera, uno como todos los anteriores, Tuerto Tres regresa al túnel mugriento en que se resguarda de los peligros del pozo. Ante un pequeño espejito de metal pulido, pinta en su frente un ojo vigilante que sustituye al que cierra cuando duerme. Después se acomoda en un montón de paja y retales, bajo una manta raída y demasiado corta. Ya solo queda esperar el sueño, que siempre llega tarde y a tandas tartamudas, mientras sus labios bisbisean incansables conversaciones por cuenta propia. Sin embargo, no es un día cualquiera, es el último. Al igual que en la vida, las partes interesantes siempre están al principio y al final. Lo que pasa por el medio es prescindible.

Despierta con una descarga eléctrica que lo hace brincar y darse con un recodo de la gruta en la cabeza. En ese momento soñaba que una rana se había comido a su madre. Estaba allí mismo, junto a él: un batracio enorme de cuya boca asomaban dos pies descalzos. Alguien cantaba. Escuchaba una canción amortiguada en las tripas de aquel bicho de ojos húmedos y fríos que ni siquiera tenía hambre. Era una canción familiar, casi podía recordar la tonada. Se esforzaba por hacerlo, pero todo era en vano y el fracaso lo entristecía. En ese momento le dan con la punta electrificada de una porra, porque a los guardias no les importan sus sueños.

—¿Eres tú el que llaman Veintiuno? —pregunta uno de los guardias del prefecto.

Él chilla y se lleva las manos a la cabeza. Un nuevo golpe de porra lo hace sacudirse y gritar más fuerte.

—¡Contesta! —insiste el guardia—. ¿Eres tú el que llaman Veintiuno?

—Pueden llamarme muchas cosas —responde, enojado—. Pero tú no me llames.

Los guardias del prefecto visten largos capotes de esparto y máscaras de piel curtida que tiñen de rojo. Intercambian un gesto y uno de ellos le da un golpe con la puntera de su bota.

—En pie —ordena—. Vendrás con nosotros.

—No cuentes con eso, pichafloja —objeta Tuerto Tres, aunque ahora, al despertar tiene cuatro ojos—. Tu voz me suena a... ¡Ay!

La punta de la porra relampaguea y él se cubre con un brazo entumecido al

tiempo que se pone en pie.

—¡Vosotros vendréis conmigo! —exclama antes de desfilarse afuera con los guardias tras él.

Mucho antes de llegar, descubre la multitud congregada. Ahora comprende todo y un destello de preocupación que se apresura a borrar aparece en su rostro. Es Día de Juicios. Han montado un mercadillo y tenderetes de comida. También hay un sacerdote que aprovecha para soltar su sermón y al que hacen callar cuando se acerca Tuerto Tres. Nunca había estado antes en el Tribunal de la caldera. Es una gruta amplia a la que asoman balcones y palcos. El tuerto trata de disimular, pero no puede evitar sorprenderse. En lo alto, una nube de insectos revolotea en torno a los hongos iridiscentes y las frondosas lianas que cuelgan. Una masa bulliciosa lo recibe y se abre a su paso. El saluda y levanta el paraguas. Nadie responde a sus sonrisas y carantoñas. El fondo de la gruta es un púlpito a base de vigas remachadas y maderos, rematado por cinco silos de metal. Las paredes están cubiertas por tuberías y mangueras en cuyas juntas silban algunos vaporosos escapes aleatorios. Tuerto Tres continúa con su danza juguetona hasta que uno de los guardias lo empuja al interior de una jaula en la que esperan dos docenas de reos.

Ojos de espectro caen sobre él. Tuerto Tres sonríe y trata de abrirse paso, pero es imposible.

—¿También tú? —dice uno de los prisioneros, como si ver al tuerto preso fuese la confirmación de su propia cadena perpetua.

—¡Siempre yo! —exclama él.

El prisionero murmura a otro.

—Buena limpieza están haciendo —dice—. Estamos jodidos.

—¿Sois inocentes? —pregunta Tuerto Tres.

Todos lo miran sin pestañear y solo uno amaga una risita nerviosa.

—No temáis —concluye—. Yo hablaré con ellos.

—Es Día de Juicios, idiota —replica otro de los prisioneros—. ¿Ves a todos esos ahí detrás? ¿Qué crees que esperan? Quieren sangre y castigos. Justicia. Y condenados que colgar de sus propias tripas en los puentes de ahí fuera.

—Estamos jodidos —añade el primero.

El tuerto se acaricia la barba y las arrugas de su frente guiñan su cuarto

ojo.

Un silencio aplastante, solo roto por los escapes de vapor y la electricidad estática sobre algunos circuitos, anuncia la llegada del juez. Unos pocos monjes lo asisten en su conexión física con el entarimado que preside la sala. Viste una toga remendada y un birrete carmesí, tan pequeño como una manzana podrida. Su rostro es una verruga en la que han encastrado dos lentes ahumadas, desdentado como un gusano al que alguien ha hervido demasiado tiempo. Se asoma a la tribuna con un siseo, de la misma forma en que lo hace un nido de serpientes ciegas. Tuerto Tres, aferrado a los barrotes como el resto de prisioneros, descubre que en lugar de piernas, el juez está unido a todo aquel armatoste a través de dos docenas de tubos de goma y cañerías retráctiles. Manosea unos papeles de bordes desgastados y los baraja adelante y atrás. Cuando se detiene en uno, da tres golpes de maza antes de llamar:

—¡Veintiuno! —exclama con una voz tan áspera que hiere al escucharse, como si la misma carcoma pudiese pronunciar ese nombre—. Traed a Veintiuno.

Los guardias abren la puerta enrejada y los goznes aúllan aterrorizados.

—¡Qué salga Veintiuno! —ordenan.

Nadie se mueve. Al momento, miradas nerviosas saltan de un prisionero a otro.

—¡Veintiuno! —grita el guardia y da un golpe con la porra en los barrotes. Los harapientos prisioneros se encogen bajo el abanico de chispas.

Nadie se mueve. Todos miran alrededor y se señalan los unos a los otros hasta que el guardia, exasperado, da un brinco dentro y echa mano al cuello de Tuerto Tres.

—Tú serás el primero —masculla antes de arrojarlo fuera.

Tuerto Tres tropieza y es llevado hasta la tarima a empujones.

—¡Qué suerte! —exclama cuando se recompone. El público estalla en una carcajada. Cuando levanta el paraguas y saluda, algunos lo reconocen y dicen su nombre.

—¿Eres tú Veintiuno? —lo interroga el juez.

El duda y se traba al descubrir a su interlocutor.

—He sido muchas cosas —responde tras carraspear—. Y también he sido otras tantas.

Un murmullo crece en la sala. Busca sobre su hombro. Nadie esquiva sus ojos.

—Durante este proceso serás el acusado —explica el juez.

—¡Lo acepto con valentía! —exclamó él—. ¡No me haré a un lado!

El tuerto estalla en una carcajada y el público lo acompaña al instante.

—Acusado de asesinato —añade el juez. Las risas se convierten en una parodia de murmullo temeroso. El tuerto imita las alas de una gallina con los brazos y cloquea por la sala.

—El asesinato es algo muy serio —brama el juez.

—¿Y qué hay de la muerte? —replica Tuerto Tres—. ¿Testificaré a mi favor? ¡Jajaja! Yo no maté a nadie, ¡fue ella!

Una lluvia de basura y escupitajos caen sobre él. Abre el paraguas y se cubre. La gente ríe. El juez ordena callar a la multitud y también al público en los palcos. Sus piernas silban y dan latigazos sobre la tarima. Los galvanómetros se sacuden con la subida de presión. Unos pocos monjes articulan los controles, abren y cierran las llaves de paso y conmutadores.

—¡Muérdete la cola! —grita el tuerto, pero nadie le escucha.

—Se te acusa del asesinato de aquel que llamaban Ñam —anuncia el juez—. ¿Qué puedes decir en tu defensa?

Durante un breve instante, Tuerto Tres parpadea y duda hasta que recupera la sonrisa.

—Que no lo conocí nunca —dice—. Ni él a mí.

El juez muestra un cepo de dientes grandes como lápidas y gruñe.

—¡Traed al testigo! —ordena.

Se inclina, no mucho, lo suficiente para estudiar al tuerto desde todos los ángulos. Parece inofensivo, menos loco de lo que se dice, menos de todo. El sigue con la mirada esas mangueras que nacen de los silos y que atraviesan la roca y desaparecen en las galerías y túneles. Piensa que son uno, el pozo y el juez, que son, exactamente, lo opuesto a lo que es él. Amputados por diferentes motivos y con diferentes consecuencias. Los guardias traen a un hombre con ellos.

—¿Es él? —pregunta el juez al testigo.

La multitud calla, expectante. Un hombre se adelanta de entre el público. Tiene las manos en grilletos y también los pies. La nariz hinchada, los ojos

magullados y sangre seca en la pechera. Tras la pregunta del juez, frunce el ceño y encoge los hombros. No dice nada. Un coágulo oscuro se descuelga sobre su boca y él lo recoge con la manga de su camisa. Toma aire y suspira.

—¿Es él? —insiste el juez.

El público se impacienta y el testigo da un par de pasos al frente. Tuerto Tres le ofrece el perfil y levanta el mentón, mete barriga, sonrío.

—¡No tenemos todo el día! —exclama el juez. Algunas quejas se escuchan al fondo.

—Él me compró el trabuco, sí —declara el traficante de armas.

Un repentino griterío estalla en la sala. Muchos abuchean al traficante de armas y lo acusan de falso testimonio. El juez amenaza a diestra y siniestra sin mucho éxito. Tuerto Tres recibe empujones y un par de golpes. Mira a todas partes, confundido, sin saber muy bien qué decir.

—¡Amigos! —suplica a voz en grito—. ¡Amigos, calma!

El paraguas cae a sus pies y, en la trifulca entre los guardias y la gente, es pisoteado. Levanta los brazos hacia el juez, aunque habla para todos.

—¡Soy inocente! —exclama—. ¡Os equivocáis de hombre! ¡Soy inocente!

El juez golpea su mazo y se abre paso en el tumulto.

—¿Niegas los cargos?

—Todo. Lo niego todo. Tó no soy Veintiuno, ni estoy loco. No he matado a nadie. Estaban muertos cuando llegué. Niego que conozca a este hombre o que comprara un trabuco. Niego a ese tal Ñam y a mi un padre, que no ha podido venir porque está trabajando. Al vendedor de patatas podridas y al chulo que me pegaba en el colegio. No creo que exista el prefecto ni ese libro de la ley y, si existe, seguro que nadie lo ha leído. Niego la superficie, no tengo nada que ver con eso. Es todo falso. Inventado. Un cuento para asustar a los críos. Es todo una broma. ¡Una jodida broma!

El juez duda. El público desde los palcos grita: *¡Es inocente! ¡Su nombre es Tuerto Tres el danzarín! ¡Es inocente!* Y algunos detrás que insisten: *¡Matadlo! ¡Hay que colgarlo!* Entre ellos el traficante de armas y los otros presos que esperan su turno, aferrados a los barrotes. El tumulto es ensordecedor. Fuera han comenzado algunas peleas. Y solo es la primera sentencia. El juez se lleva la mano a la frente y la desliza hasta la nuca. El birrete le cae al suelo. Será un Día de Juicios muy animado y van con retraso.

Seguro que acaba con una batalla campal, botellas y cantos rodados por los aires, heridos y algún muerto. Habrá que pedir refuerzos a la prefectura, se dice.

—¿Señoría? —pregunta un monje sobre el hombro del juez—. ¿Tiene un veredicto?

No hay tiempo que perder. Tres golpes de mazo. La sentencia se dicta al instante porque hay más acusados esperando y el público está ansioso. Muerte. Y lo llevan en volandas a la galería principal mientras aúlla: *¡Es un error! ¡Es un error, hijos de puta!* Tocan tambores y campanas y danzan a su alrededor en su camino al catafalco. Suben la escalinata, dan palmas y lanzan alabanzas al dios de la mecánica. Algunos monjes se unen a la comitiva y sacuden en alto sus flagelos.

¡Yo no soy Veintiuno!

Los niños, atraídos por el jolgorio, se cuelan entre sus mayores y buscan un lugar privilegiado para no perderse detalle de la ceremonia. Llegados al puente alto, la guardia abre paso al cirujano *mecanista*. Cien ojos hambrientos a su alrededor.

¡Es un error! ¡Mi nombre es Tuerto Tres! ¡Soy inocente!

El hombre no tiene más que una herramienta. Es un pequeño cuchillo curvo, del tamaño del pulgar. Puede hacer muchas cosas con él. *Aguantadlo bien; que no se mueva.* Abre una incisión a un lado del vientre. Una cortina de sangre se descuelga de forma tímida.

¡Soy inocente! ¡No podéis hacerme daño! ¡No tenéis permiso!

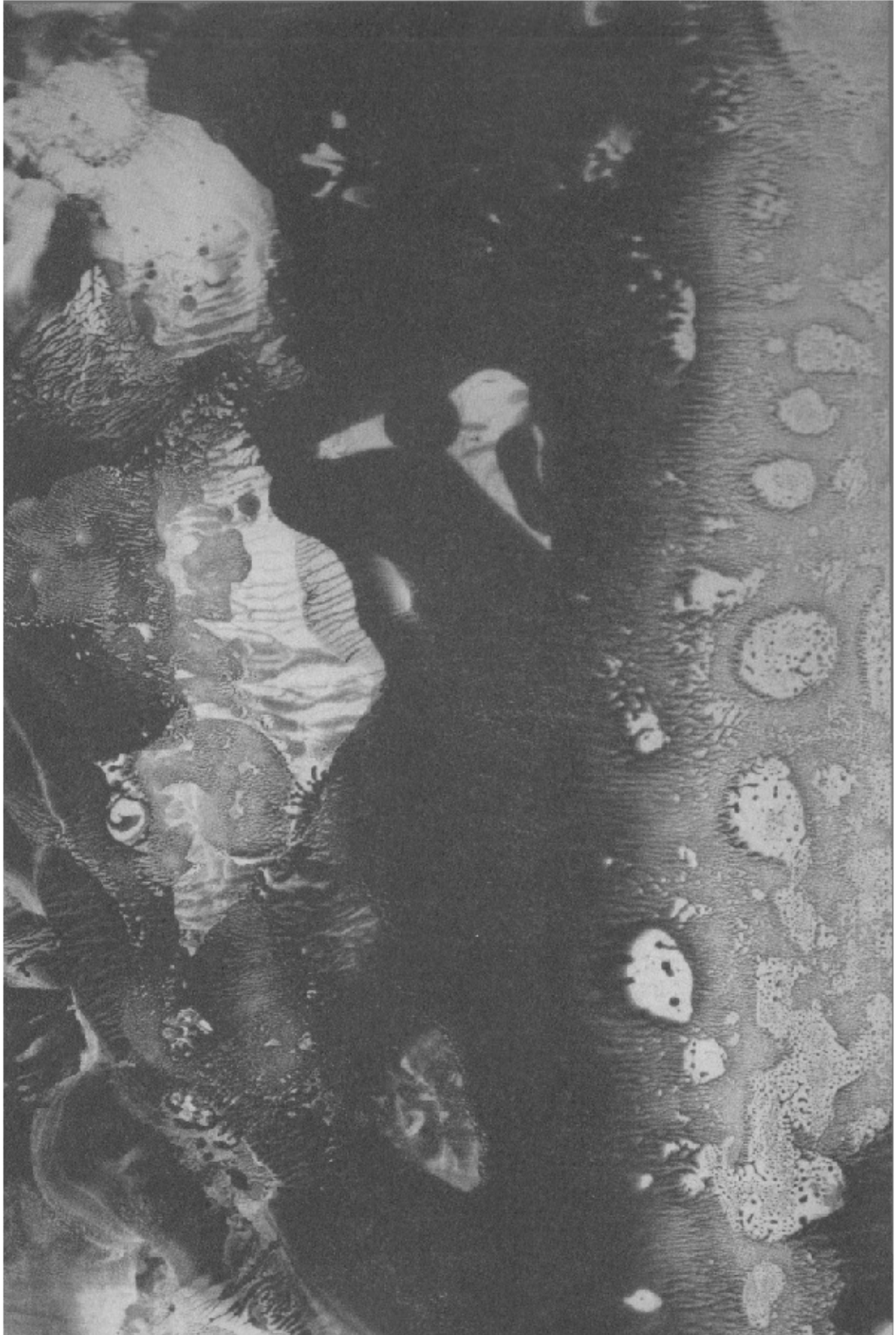
Otro corte al otro lado y la carne se abre con el beso del filo. El hombre guarda su pequeño cuchillito en el cinto e introduce los dedos en la herida. Tuerto Tres se revuelve y convulsiona. Una veintena de manos lo reducen contra el suelo. Suenan tambores y campanas y los pies descalzos contra el suelo de piedra. El cirujano extrae las tripas del tuerto sin ningún cuidado, a tirones, y los intestinos aparecen como un tejido plomizo y viscoso que se libera. Sus gritos se ahogan en un gorgoteo cuando lo levantan en volandas por segunda vez. El matarife enrolla el intestino alrededor de su cuello. *¡Esperad! ¡Esperad!* Dicen los que saben de esto. Hay algo de hábito en ello. No es la primera vez. *¡Esperad! ¡A un lado! ¡Haced hueco para los otros!*

Lo asoman a la baranda y Tuerto Tres ve la profundidad abismal del pozo.

Siente el vértigo y el bombeo constante de la oscuridad, desde el fondo, el rumor de los *mecatactos* que excavan y excavan. ¿Qué buscan? ¿Por qué lo hacen?

¡Esperad! ¡Bajadlo poco a poco! Así, poco a poco. Hay un breve momento de ingravidez en que gira. Ya no se retuerce. Las fuerzas lo han abandonado de repente. Todo el mundo aplaude. Acaba de comenzar el Día de Juicios y queda mucho espectáculo por delante. El balanceo tensa esa soga hecha de sí mismo y, quizá por la presión, se le afloja el culo y algo se rasga. El público levanta los brazos y ríen y danzan bajo la repentina lluvia de sangre y mierda.

A Gordon Alles





GUILLEM LÓPEZ (Castelló, 1975) es uno de los principales referentes en lo que a género fantástico se refiere. Su obra transita entre la ficción especulativa contemporánea, la literatura extraña y la fantasía oscura.

Publicó sus primeras novelas, *La guerra por el norte* (Ajec. 2010) y *Dueños del destino* (Ajec. 2011) en el territorio de la fantasía épica con una gran acogida por parte de público y crítica.

Tras su colaboración en diversas antologías de relato y un libro de aforismos, *Piensaciertos* (Algón. 2013), publicó su tercera novela: *Challenger* (Aristas Martínez. 2015) en la que retrata una multitud de universos que se entrecruzan la mañana en que tuvo lugar el accidente del transbordador espacial. Reseñada en decenas de webs y prensa escrita, fue elegida por la revista Quimera como una de las mejores novelas publicadas en 2015 e incluida por la publicación Weird Fiction (USA) entre lo más destacado del año anterior. Merecedora del premio Kelvin 505 a mejor novela de ciencia ficción publicada en español y también del premio Ignotus a mejor novela que concede la AEFCT en su reunión anual. *Challenger* fue publicada en Italia, de la mano del sello Eris Edizioni, durante la primavera de 2017.

Su cuarta novela, *La polilla en la casa del humo* (Aristas Martínez. 2016), que retrataba el ascenso y caída de un marginado en un mundo subterráneo y oscuro, ha sido definida como un clásico instantáneo del género en castellano. Distinguida con el Premio Ignotus de la AEFCT como mejor novela de género fantástico publicada en 2016. También fue nominada al premio Celsius a mejor novela de género fantástico que otorga la Semana Negra de Gijón y el premio Kelvin 505 que organiza el Festival Celsius 232 en Avilés.

Durante la Eurocon 2016 de Barcelona fue galardonado con el Spirit of Dedication de la European Science Fiction Society en la categoría de mejor autor.

Unos meses después, publicó *Arañas de Marte* (Valdemar. 2017), en la que dibujaba un drama familiar con el telón de fondo del funcionamiento cuántico del cerebro humano y una invasión alienígena desde la quinta dimensión. En ella explora el camino de la ficción especulativa oscura, lo extraño y el horror del vacío como horizonte ineludible. Nominada al Premio Kelvin 505 que organiza el Festival Celsius 232 de Avilés y al Premio Ignotus de la AEFCT, en la categoría de mejor novela de género escrita originalmente en castellano.

El último sueño (Minotauro, 2018) es su sexta novela. Una fantasía industrial que retrata los últimos días de una ciudad corrupta y decadente. Pandilleros, huérfanos sin futuro y una huida desesperada en el borde del abismo.

En abril de 2019 publicará su séptima novela, titulada: *Lago negro de tus ojos*, de la mano de Alianza Editorial, en su sello Runas. En ella retrata el retorno a su pequeño pueblo de una periodista que trata de esclarecer una desaparición, años después de que cientos de extrañas lagunas que comunican con otro lugar del sistema solar apareciesen por toda la superficie terrestre.